

El secreto de  
Wilhelm Storitz

---

Julio Verne

## Capítulo I

*Y tan pronto como puedas, apresúrate a venir, mi querido Enrique; te aguardo con impaciencia. Por lo demás, el país es magnífico, y esta región de la Baja Hungría es muy a propósito para despertar el interés de un ingeniero; aunque no sea más que desde este punto de vista, no te pesará haber hecho el viaje. Tuyo,*

MARCOS VIDAL

Así terminaba la carta que recibí de mi hermano el 4 de abril de 1877. Ningún signo premonitorio señaló la llegada de esta carta, que llegó a mis manos del modo habitual, es decir, por la mediación sucesiva del cartero, del portero y de mi criado, el último de los cuales, sin sospechar siquiera toda la trascendencia de su acción, hubo de presentármela en una bandeja, con su acostumbrada tranquilidad.

Análoga fue la tranquilidad mía, mientras abría la carta y la leía de cabo a rabo, hasta

estas últimas líneas transcritas, que sin embargo, contenían, en germen, acontecimientos verdaderamente extraordinarios en los que iba a verme mezclado.

¡Tal es la ceguera de los hombres! ¡Así es como va tejiéndose, sin cesar, y sin notarlo, la trama misteriosa de su destino!

Mi hermano acertaba en sus presunciones; no me pesa haber llevado a cabo este viaje, pero, ¿hago bien en contarlo? ¿No es una de esas cosas que es preferible callarlas?

¿Quién llegará a dar crédito a una historia tan extraña, que ni el más audaz de los poetas se habría atrevido a escribir?

Pues bien, ¡sea lo que quiera! Me decido a correr todos los riesgos; se me crea o no, cedo a una irresistible necesidad de revivir toda aquella serie de sucesos extraordinarios, cuyo prólogo viene a hallarse constituido, en cierta manera, por la carta de mi hermano.

Mi hermano Marcos, de veintiocho años de edad a la sazón, había alcanzado ya éxitos sumamente lisonjeros como pintor de retratos.

El más acendrado y afectuoso cariño nos unía; por mi parte había alguna dosis de amor paternal, ya que tenía ocho años más que Marcos; casi niños aún, nos habíamos visto privados de nuestros padres, y yo, el primogénito, tuve que ser el encargado de educar a Marcos; y, como éste mostraba excelentes aptitudes y disposiciones para la pintura, le impulsé hacia esa profesión, en la que debía llegar a obtener éxitos tan halagüeños como merecidos.

Pero he aquí que, de pronto, Marcos se hallaba en vísperas de casarse.

Hacía ya algún tiempo que residía en Raab, una importante ciudad de Hungría meridional; las semanas pasadas en Budapest, la capital, donde había hecho gran número de retratos, muy generosamente pagados, le permitieron apreciar la acogida de que son objeto los artistas en Hungría; luego, una vez termi-

nada su estancia, había descendido felizmente por el Danubio, desde Budapest a Raab.

Entre las primeras familias de la ciudad, citábase la del doctor Roderich, uno de los más renombrados médicos de Hungría. A un patrimonio bastante considerable unía una importante fortuna adquirida en el ejercicio de su profesión. Durante las vacaciones que todos los años se concedía, y que empleaba en hacer viajes a Francia, Italia o Alemania, los clientes ricos deploraban vivamente su ausencia; también la lamentaban los pobres, a quienes jamás negaba su asistencia y cuidados, pues su caridad no desdeñaba a los más humildes, lo cual le conquistaba naturalmente la estimación de todos.

La familia Roderich se componía del doctor, de su esposa, de su hijo el capitán Haralan, y de su hija Myra.

No pudo Marcos tratar a esta familia sin sentirse impresionado por la gracia y la belleza de la muchacha, lo cual había prolongado indefinidamente su estancia en Raab. Pero si Myra

Roderich le había agradado, no es mucho atreverse a decir que él por su parte

había agradado a Myra Roderich.

Habría de concedérsele que lo merecía, pues Marcos era -¡lo es todavía, gracias a Dios!- un joven encantador y arrogante, de una estatura algo más que mediana, los ojos de un azul intenso, cabellos castaños, frente de poeta, la fisonomía feliz de un hombre a quien la vida se ofrece bajo sus más risueños aspectos, el carácter dúctil y maleable y el temperamento de artista fanático de las cosas hermosas.

En cuanto a Myra Roderich, no la conocía yo más que por las apasionadas descripciones

de las cartas de Marcos, y ardía en deseos de verla.

Más vivamente que yo, deseaba mi hermano presentármela; instábame a que acudiera a Raab, como jefe de la familia, y no se contentaba con que mí estancia durase menos de un mes. Su prometida -no cesaba de repetírmelo- me aguardaba con impaciencia, y tan

pronto como llegara, se fijaría la fecha del matrimonio; pero antes quería Myra haber visto, pero visto con sus propios ojos, a su futuro cuñado, del que tanto bueno se decía -¡así, en verdad, se expresaba ella, al parecer! Es lo menos que se puede pedir, el juzgar por uno mismo a los miembros de la familia en que se va a entrar. Decididamente, no pronunciaría el sí hasta después de que Enrique le hubiera sido presentado por Marcos.

Todo esto me lo contaba mi hermano en sus frecuentes epístolas con mucho empeño y encarecimiento, y yo percibía claramente que se hallaba perdidamente enamorado de Myra Roderich.

Dije antes que no la conocía más que por las entusiastas frases de Marcos; y, sin embargo, toda vez que mi hermano era pintor, fácil le hubiera sido tomarla por modelo, ¿no es cierto?, y trasladarla a la tela, o cuando menos al papel, en una postura graciosa y con sus mejores atavíos; así habría podido yo admirarla

visualmente. Pero Myra no quiso nunca; era en persona como ella quería aparecer a mis ojos, aseguraba Marcos, quien entre paréntesis y a lo que yo me figuro, no debía haber insistido mucho en hacerla cambiar de opinión.

Lo que uno y otro querían indudablemente obtener era que el ingeniero Enrique Vidal diera de lado a sus ocupaciones y corriera a mostrarse en los salones de la casa Roderich en clase de invitado predilecto.

¿Era preciso tanto para decidirme? No, en verdad; en manera alguna habría dejado yo que mi hermano se casara sin encontrarme presente a su matrimonio. En un plazo, pues, bastante breve comparecería ante Myra Roderich, antes de que hubiera llegado a convertirse en cuñada mía.

Por lo demás, según indicaba la carta, experimentarían yo gran placer y provecho no pequeño en visitar aquella región de Hungría, que es el país magiar por excelencia, cuyo pasado es tan rico en hechos heroicos y que, re-



belde a toda fusión con las razas germánicas, ocupa un puesto de consideración en la historia de la Europa central.

En cuanto al viaje, he aquí en qué condiciones hube de resolverme a efectuarlo: a la ida, mitad en silla de posta y mitad por el Danubio, y a la vuelta, en silla de posta tan sólo.

Ese magnífico río está perfectamente indicado para el viaje, aun cuando no me embarcaría hasta llegar a Viena. De ese modo, si no recorría las setecientas leguas de su curso, vería al menos la parte más interesante, a través de Austria y de Hungría, hasta llegar a Raab, cerca de la frontera serbia, término de mi ansiado viaje.

Me faltaría tiempo para visitar las ciudades que el Danubio baña con sus aguas al separar la Valaquia y la Moldavia de la Turquía, después de haber franqueado las famosas Puertas de Hierro: Viddin, Nicópolis, Roustchouk, Silistria, Braila, Galatz, hasta su triple desembocadura en el Mar Negro.

Parecióme que tres meses habrían bastado para el viaje, según lo proyectaba. Emplearía un mes entre París y Raab. Myra Roderich tendría a bien no impacientarse en demasía y dignaríase conceder ese plazo al viajero. Tras una estancia de igual duración en la nueva patria de mi hermano, lo restante del tiempo estaría consagrado al regreso a Francia.

Puestos en orden y despachados algunos negocios urgentes, y habiéndome procurado los papeles y documentos que me pedía Marcos, me preparé para la marcha. Mis preparativos, sumamente sencillos, no exigirían mucho tiempo, no pensaba abrumarme con numeroso equipaje; no llevaría conmigo más que un pequeño baúl, donde colocaría el traje de etiqueta que hacía necesario el solemne acontecimiento que me llamaba a Hungría.

No tenía yo por qué inquietarme del idioma del país, siéndome el alemán familiar desde un viaje que hice a través de las provincias del Norte. Por lo que hace a la lengua ma-

giar, tal vez no experimentase gran dificultad en comprenderla; por lo demás, el francés se habla bastante en Hungría, entre las clases elevadas sobre todo, y mi hermano no se había visto nunca apurado en este particular más allá de las fronteras austriacas.

«Siendo usted francés, tiene derecho de ciudadanía en Hungría», dijo en otro tiempo un posadero a uno de nuestros compatriotas, y con esta frase tan cordial se hacía intérprete

de los sentimientos del pueblo magiar respecto a Francia.

Escribí, pues, a Marcos, contestando a su última carta, rogándole manifestase a Myra Roderich que mi impaciencia era igual a la suya y que su futuro cuñado ardía en deseos de conocer a su futura cuñada; añadía que iba a partir sin pérdida de tiempo; pero que no me era posible precisar el día de mi llegada a Raab, toda vez que eso dependía de los azares e incidencias del viaje, daba, con todo, seguridades a

mi hermano de que en modo alguno me detendría en el camino.

Así, pues, si la familia Roderich lo deseaba, podía, sin más dilaciones, proceder a señalar la fecha del matrimonio para los últimos días de mayo.

«Les suplico -decíales a modo de conclusión-, que me cubran de maldiciones, si cada una de mis etapas, no se halla marcada por el envío de una carta indicando mi presencia en tal o cual ciudad; escribiré algunas veces, las precisas para que la señorita Myra pueda evaluar el número de leguas que me separarán aún de su ciudad natal. Pero en todo caso anunciaré en tiempo oportuno mi llegada, a la hora y si es posible al minuto preciso. »

La víspera de mi partida, el 13 de abril, acudí al despacho del subjefe de policía, con

quien me unía una cordial amistad, a despedirme y recoger mi pasaporte. Al entregármelo, me encargó saludase afectuosamente a mi hermano, a quien conocía por su reputación y per-

sonalmente, y de cuyos proyectos de matrimonio se hallaba enterado.

-Sé, además -agregó-, que la familia del doctor Roderich, en la que va a entrar su hermano, es una de las más respetables de Raab.

-¿Le han hablado a usted de ella? - pregunté.

-Sí, ayer precisamente, en el baile de la Embajada de Austria.

-Y, ¿quién le dio a usted esos informes?

-Un oficial de la guarnición de Budapest que hizo amistad con su hermano Marcos, durante la estancia de éste en la capital húngara, y de quien me ha hecho los mayores elogios. Su éxito fue muy lisonjero y la acogida que recibió en Budapest volvió a encontrarla en Raab, lo cual nada debe tener de sorprendente para usted, mi querido Vidal.

-Y ese oficial, ¿no ha sido menos caluroso en los elogios a la familia Roderich? - pregunté.

-En efecto. El doctor es un sabio en toda la extensión de la palabra; su renombre es grande en el reino austrohúngaro. Ha sido objeto de toda clase de distinciones, y en resumen, es una buena boda la que va a hacer su hermano, pues según tengo entendido, la señorita Myra Roderich es una muchacha lindísima.

-No le sorprenderá, mi querido amigo, que le diga que mi hermano Marcos la encuentra así, y que me parece muy enamorado de ella.

-Mejor que mejor, y ya me hará usted el obsequio de transmitir mis felicitaciones y mis fervientes votos a su hermano, cuya dicha tendrá el supremo don de despertar muchos celos... Pero -vaciló de pronto mi interlocutor- no sé si cometeré una indiscreción...

diciéndole...

-¡Una indiscreción! -repetí.

-Sí... La señorita Myra Roderich... Después de todo, mi querido Vidal, es muy posible que su hermano no haya sabido nada.

-Explíquese usted, pues le confieso que no sé en absoluto a qué puede referirse.

-Pues bien; parece, lo que nada, por otra parte, tiene de extraño, que la señorita Roderich había sido ya muy solicitada, y especialmente por un personaje que, dicho sea de paso, no es un cualquiera. Esto es, por lo menos, lo que me ha contado mí oficial de la Embajada.

-¿Y ese rival?

-Fue despedido por el doctor Roderich.

-Entonces no hay por qué preocuparse por ello; por otra parte, si Marcos hubiese conocido un rival, me habría hablado de él en sus cartas, y nada me ha dicho, lo cual parece indicar que la cosa no tienen apenas importancia.

-En efecto, mi querido Vidal; pero como las pretensiones de ese personaje a la mano de la señorita Roderich hicieron bastante ruido en Raab, preferible es que se halle usted informado...

-Indudablemente, y ha hecho usted muy bien en prevenirme, toda vez que no se trata de simples rumores sin consistencia.

-No, los informes son muy serios...

-Pero el asunto no lo es -respondí-, y eso es lo principal.

En el momento de despedirme, pregunté:

-A propósito, ¿pronunció ante usted el oficial ese, el nombre del rival rechazado?

-Sí.

-¿Y se llama?

-Wilhelm Storitz.

-¿Wilhelm Storitz...? ¿Es hijo del químico, o del alquimista?

-Justamente.

-¡Caramba! Pues es el nombre de un sabio a quien sus descubrimientos han hecho célebre ya. ¿No murió?

-Sí, hace algunos años; pero su hijo vive.

-¡Ya!



-Y hasta, según mi comunicante, el tal Wilhelm Storitz es un hombre de temer.

-¿De temer? ¿Por qué?

-No sabría decir por qué; pero a creer al oficial de la Embajada, el tal individuo no es un hombre como los demás.

-¡Caramba! -exclamé alegremente-. ¡He aquí una cosa interesante! ¿Por ventura nuestro infeliz enamorado tendría tres piernas, o cuatro brazos, o aunque no sea más que un sexto sentido?

-No me lo han precisado -respondió riendo mi interlocutor-; me sentí, con todo, inclinado a suponer que el juicio se refería a la parte moral más bien que a la parte física de Wilhelm Storitz, de quien, si no me equivoco, convendría de todas maneras desconfiar.

-Se estará en guardia, mi querido amigo, por lo menos hasta el día en que la señorita Myra Roderich se haya convertido en la esposa de Marcos Vidal.

Dicho esto y sin inquietarme gran cosa por el asunto estreché cordialmente la mano del subjefe de policía y regresé a mi casa a terminar mis preparativos de viaje.

## Capítulo II

Salí de París el día 14 de abril, a las siete de la mañana, en una berlina tirada por caballos de posta, contando con emplear unos diez días en llegar a la capital de Austria.

Pasaré rápidamente por esta primera etapa de mi viaje, que no se vio señalada por ningún incidente digno de mención; por otra parte, las regiones que entonces hube de recorrer comienzan a ser demasiado conocidas para ser dignas de una descripción en toda regla.

Estrasburgo fue mi primer alto formal. Al salir de esta ciudad, me asomé por la porte-

zuela, y las altas veletas de la catedral aparecieron ante mi vista, bañadas por los rayos del sol.

Muchas noches pasé mecido por la canción de las ruedas, aplastando la grava del camino, por esa fatigosa monotonía que acaba por adormecerle a uno mejor que el silencio; sucesivamente atravesé Oos, Badén y algunas otras ciudades; después, dejé atrás a Stuttgart y Ulm, en Wurnich. Cerca ya de la frontera austríaca, un alto más prolongado me detuvo en Salzburgo y por fin, el día 25 de abril, a las seis y treinta y cinco de la tarde, los caballos, cubiertos de espuma, se detenían ante la mejor hospedería de Viena.

Sólo treinta y seis horas, contando entre ellas dos noches, permanecí en esta capital. A mi regreso era cuando pensaba visitarla detenidamente.

Viena no está atravesada ni bordeada por el Danubio. Por ello tuve que hacer una legua aproximadamente de camino en carruaje

para alcanzar la orilla del río, cuyas complacientes aguas iban a llevarme hasta Raab.

La víspera había comprometido el pasaje en la gabarra Dorotea, que se dedicaba al transporte de pasajeros. Había allí de todo un poco, alemanes, austríacos, húngaros, rusos e ingleses. Los pasajeros ocupaban la popa, pues la proa estaba destinada a las mercancías, hasta el extremo de que nadie habría podido encontrar allí un sitio.

Mi primer cuidado fue el procurarme una cama en el dormitorio común. No había que pensar en colocar allí un baúl y tuve que dejarlo al aire libre, cerca de un banco, y en él

proyectaba sentarme a menudo durante el viaje sin dejar de velar por mi propiedad con el rabillo del ojo.

Con el doble impulso de la corriente y de un viento bastante vivo, descendía rápidamente la gabarra, hendiendo con su proa las amarillentas aguas del hermoso río, aguas que,

diga lo que quiera la leyenda, parecen teñidas de ocre más bien que de azul.

Nos cruzamos con numerosos bajeles, con sus velas tendidas a la brisa y transportando los productos de la campiña que hasta donde la vista puede alcanzar se extiende a una y otra margen. Pasamos asimismo al lado de una de esas inmensas almadías, verdaderos trenes flotantes formados por un bosque entero, en los que se edifican aldeas acuáticas, alzadas a la partida y derribadas a la llegada, y que recuerdan las prodigiosas jangadas brasileñas del Amazonas.

Luego y caprichosamente diseminadas, las islas se sucedían unas a otras, grandes o pequeñas, alzándose apenas del agua algunas, hasta el extremo de que la mayor parte se verían sumergidas con sólo que el nivel del río subiese unas cuantas pulgadas. Las miradas se recreaban en la contemplación de aquellas islitas tan verdes, tan frescas, con sus líneas de

árboles y arbustos y tapizadas con sus humildes hierbecillas salpicadas de flores.

Así fuimos cruzando ante pueblecitos edificados a la orilla misma del río. A veces, parece que el movimiento y los remolinos de los barcos les hacían oscilar sobre su base.

Más de una vez pasamos por debajo de una cuerda tendida entre ambas orillas a riesgo de que se engancharan en ella las jarcias de nuestra embarcación.

Durante el primer día, dejamos atrás Fischamenan y Rigelsbrun, anclando la Doro-tea, al llegar la noche, en la desembocadura del March, un afluente del lado izquierdo, que desciende de la Moravia, muy cerca de la frontera del reino magiar; en este sitio pasamos la noche del 27 al 28 de abril, para emprender de nuevo la marcha al amanecer, arrastrados por la corriente a través de los territorios donde en el siglo XVI hubieron de batirse franceses y turcos con tanto encarnizamiento.

Finalmente, después de una corta escala en Petronel, en Altenbourg y en Hainbourg, después de franquear el desfiladero de la Puerta de Hungría y después de abrirse ante ella el puente de barcas, la gabarra llegó al muelle de Presburgo. Allá hicimos escala.

Una parada de veinticuatro horas, precisa para el movimiento de mercancías, me permitió visitar esta ciudad, digna de la atención de los viajeros. Tiene verdaderamente todo el aspecto de hallarse edificada sobre un promontorio; no experimentaría uno la menor sorpresa si fuese el mar el que se extendiera a sus pies, bañando las olas su base, en vez de las mansas y apacibles aguas de un río. Por encima de la línea de sus magníficos muelles se dibujaban las siluetas de casas construidas con una notable regularidad, y de un hermoso estilo.

Pude admirar la catedral, cuya cúpula termina con una corona dorada, numerosos hoteles, y hasta algunos palacios que pertenecen a la aristocracia húngara; hice luego la as-

censión de la colina en que se alza el castillo, y visité aquella vasta construcción cuadrangular, flanqueada de torres en sus ángulos como una ruina feudal; tal vez pudiera uno lamentar el haberse encaramado tan alto, si una vez allí, la vista no se perdiera sin obstáculos sobre los magníficos viñedos de los alrededores y la llanura infinita por la que se desliza majestuoso el Danubio.

Más allá de Presburgo y en la madrugada del 30 de abril, la Dorotea cruzó a través de las puszta. Viene a ser ésta la estepa rusa, la sabana americana, cuyas llanuras inmensas se extienden por toda la Hungría central; un territorio sumamente curioso, con sus prados de pastos cuyo fin no se percibe, que recorren algunas veces en un golpe tendido innumerables caballadas, y que proporciona alimento a rebaños de bueyes y de búfalos formados por millares de cabezas.

Allí se desarrolla en sus múltiples zig-zag el auténtico Danubio húngaro; aumentado



ya su caudal con el de muchos y muy caudalosos tributarios procedentes de los pequeños Cárpatos y de los Alpes Estirios, adquiere la importancia de gran río, después de haber sido apenas más que un arroyo en su paso por Austria.

Remontaba yo con la imaginación el curso de este río hasta sus lejanas fuentes, casi en la frontera francesa, en el Gran Ducado de Badén, limítrofe de la Alsacia, y no podía menos de pensar que las lluvias de Francia eran las que le suministraban sus primeras aguas.

Al día siguiente pude detenerme y descubrir la célebre ciudadela de Kromorn, levantada en el siglo XV por Matías Corvino, y donde tuvo lugar el último acto de la insurrección.

No conozco nada más hermoso que el abandonarse a la corriente del Danubio en esta parte del territorio magiar. De continuo curvas caprichosas, bruscos recodos que hacen variar por completo la perspectiva y el paisaje, islas bajas, medio sumergidas, y sobre las cuales

revolotean grullas y cigüeñas: en la puszta en toda su magnificencia, ya en praderas lujuriantes, ya en colinas que ondulan en el horizonte; allí prosperan los viñedos mejores de Hungría; puede estimarse en más de un millón de pipas, a las cuales contribuye el Tokav, la producción de este país, que figura, después de Francia, España e Italia, en la lista de las regiones vinícolas. Dícese que esta cosecha se consume casi por entero en el país. No ocultaré, sin embargo, que pude darme la satisfacción de vaciar algunas botellas en las posadas de la ribera; ¡tanto peor para los bebedores magiares!

Debe notarse que los métodos y procedimientos de cultivo van mejorando de año en año en esta región. Sin embargo, queda todavía mucho por hacer; sería menester abrir una red de canales de riego que le asegurasen una fertilidad constante, plantar muchos millares de árboles y disponerlos con arte y simetría de modo que pudieran constituir una barrera contra los vientos perjudiciales. Así, los cereales

no tardarían en duplicar y hasta triplicar sus rendimientos.

Por desgracia, la propiedad no se encuentra lo bastante dividida en Hungría. Los bienes de mano muerta son en ella considerables y hay dominios de veintiocho millas cuadradas más extensos todavía, que sus propietarios no han podido explorar jamás en toda su extensión; los pequeños cultivadores no poseen ni siquiera la cuarta parte de ese vasto territorio repartido por otra parte en pequeñas parcelas.

Es probable que semejante estado de cosas, tan perjudicial al país, cambie gradualmente, y tan sólo por la lógica obligada que encierra el porvenir. Por lo demás, el campesino húngaro no es en modo alguno refractario al progreso; está lleno de buena voluntad, de valor y de inteligencia; tal vez se halla demasiado contento con su suerte y de sí mismo; menos, sin embargo, de lo que lo está el campesino germánico; entre ambos hay la diferencia de que si el

primero cree poder aprenderlo todo, el segundo cree saberlo todo.

En Gran, situado en la orilla derecha, fue donde noté un cambio en el aspecto general. A las planicies de la puszta sucedieron largas y numerosas colinas, extremas ramificaciones de los Cárpatos y de los Alpes Nórdicos que oprimen el río y le obligan a atravesar estrechos desfiladeros. Gran es la sede del obispo primado de Hungría, y sin duda, la más envidiada de las diócesis del Globo, si es que los bienes de este mundo poseen atractivos para un prelado católico; el titular de esta sede, cardenal, primado, legado, príncipe del Imperio y Canciller del Reino, posee una renta que excederá de un millón de libras.

Más allá de Gran vuelve a comenzar la puszta. Hay que reconocer que la Naturaleza es muy artista; practica en grande la ley de los contrastes; tras los variados aspectos del paisaje entre Presburgo y Gran, ha querido que el paisaje sea aquí triste, sombrío, monótono.

En este viaje, la Dorotea viose obligada a elegir uno de los dos brazos que forman la isla de San Andrés y por lo demás son uno y otro practicables a la navegación; tomó por el brazo de la izquierda, lo cual me permitió ver la ciudad de Waitzen, dominada por media docena de campanarios y con una iglesia construida en la orilla misma del río y que se refleja en las aguas en medio de grandes masas de verdura.

Más adelante, el aspecto del país comenzó a modificarse. La animación sucedió a la calma. Era evidente que nos aproximábamos a una capital, ¡y qué capital! Doble, como ciertas estrellas, y si estas estrellas no son de primera magnitud, resplandecen al menos con gran brillo en la constelación húngara.

La gabarra rodeó una última isla; Buda aparece en seguida e inmediatamente Pest; y en esas dos ciudades, inseparables como dos hermanas gemelas, era donde del 3 al 6 de mayo iba yo a tomar algún reposo, consagrándome a visitarlas y recorrerlas detenidamente.

Entre Buda y Pest, entre la ciudad turca y la ciudad magiar, pasan las flotillas de barcas, especie de galeotas con un mástil de bandera en la proa y dotadas de un largo timón,

cuya barra se alarga de un modo desmesurado; ambas orillas se hallan transformadas en muelles que bordean casas sobre las cuales se alzan veletas y campanarios.

Buda, la ciudad turca, se halla situada en la orilla derecha; Pest en la izquierda, y el Danubio, sembrado siempre de islas cubiertas de verdor, forma la cuerda de la semicircunferencia; del lado de ésta se encuentra la llanura, por donde la ciudad ha podido y podrá continuar extendiéndose. Por la parte de Buda hay una sucesión de colinas de forma de bastiones que coronan la ciudadela.

De turca que era, Buda tiende a convertirse en húngara y, hasta fijándose y observando bien, en austríaca. Más militar que comercial, falta en ella la animación que prestan los

negocios. No debe admirarnos que la hierba crezca en sus calles y bordee sus aceras.

Por habitantes, cuenta, sobre todo, con soldados, quienes diríase que circulan por una ciudad que se encontrara en estado de sitio; en muchos lugares ondea el pabellón nacional, cuya tela flota al viento; es, en suma, una ciudad muerta colocada frente a una ciudad tan viva y bullidora como Pest, de tal suerte que muy bien pudiera decirse que el Danubio se desliza entre el pasado y el porvenir.

No obstante, si bien es cierto que Buda posee un arsenal y que no faltan en ella los cuarteles, también pueden ser visitados muchos palacios de muy buen aspecto. No dejé yo de experimentar cierta impresión ante sus viejas iglesias y su catedral, que se convirtió en mezquita bajo la dominación otomana; seguí por una amplia calle, cuyas casas con terrazas como en Oriente están rodeadas de verjas; recorrí los salones del Ayuntamiento y contemplé la tum-

ba de Bull-Baba, que visitan numerosos peregrinos turcos.

Pero ocurrióme a mí lo mismo que acontece a la mayor parte de los extranjeros, y Pest me ocupó la mayor parte del tiempo; no fue, se me puede dar crédito, tiempo perdido, porque, en realidad, dos días no son suficientes para visitar la capital húngara, la noble ciudad universitaria.

Conviene, en primer término, escalar la colina situada al sur de Buda, a la extremidad del barrio de Taban, con objeto de obtener una vista panorámica de ambas ciudades.

Desde este punto se descubren los muelles de Pest y sus plazas rodeadas de hermosos palacios; el aspecto de Pest es magnífico y grandioso, y no sin razón se le ha preferido muchas veces al de Viena.

En la campiña circundante, sembrada de villas, se extiende la inmensa llanura de Rakos, donde en otro tiempo celebraban los caballeros húngaros, con gran solemnidad, sus



reuniones o dietas nacionales.

No puede dejarse de visitar enseguida el Museo, con sus cuadros y estatuas, las salas de Historia Natural y de antigüedades prehistóricas, las inscripciones, las monedas, las valiosas colecciones etnográficas que contiene.

Es preciso visitar después la isla Margarita, con sus bosques, sus praderas, sus baños alimentados por una fuente termal y, asimismo, el jardín público, Stadtwaldchen, regado por un arroyuelo practicable para las embarcaciones pequeñas, con sus hermosas umbrías, sus tiendas, sus juegos, y en el cual bulle una animada y señoril muchedumbre, entre la que se encuentra un gran número de tipos notables.

La víspera de mi partida entré en una de las principales hospederías de la ciudad con objeto de reposar un instante; la bebida favorita de los magiares, vino blanco mezclado con una agua ferruginosa, me había refrescado

agradablemente, e iba a continuar mis excursiones por la ciudad, cuando mis miradas fueron a tropezar con un periódico desplegado.

Lo cogí maquinalmente y el siguiente título, «Aniversario Storitz», escrito con gruesos caracteres góticos, atrajo enseguida mi atención.

Este nombre era precisamente el que había pronunciado ante mí el subjefe de policía, era el nombre del famoso alquimista alemán, así como el del desahuciado pretendiente de Myra Roderich; no podía abrigar dudas a este respecto.

He aquí lo que leí:

*«Dentro de veinte días, el 25 de mayo, se celebrará en Spremberg el aniversario de Otto*

*Storitz. Puede afirmarse que la población se trasladará en masa al cementerio de la ciudad natal del ilustre sabio.*

*»Sabido es que este hombre extraordinario ha ilustrado Alemania con sus maravillosos trabajos,*

*con sus sorprendentes descubrimientos y con sus prodigiosos inventos, que tanto han contribuido al progreso de las ciencias físicas.»*

No exageraba en verdad, el autor del artículo. Otto Storitz era con justicia célebre en el mundo científico; pero lo que me dio más que pensar fueron las líneas siguientes:

*«Nadie ignora que, mientras vivió, Otto Storitz pasaba, a los ojos de ciertas gentes inclinadas a lo maravilloso, por ser un tanto brujo; uno o dos siglos antes nada habría tenido de extraño que se hubiera visto detenido, condenado y quemado en la plaza pública; añadiremos que después de su muerte, gran número de personas, dispuestas evidentemente a la mayor credulidad, le consideran aún como un hechicero capaz de sortilegios y encantamientos, habiendo poseído un poder sobrehumano. Lo que les tranquiliza es que parece haberse llevado sus secretos a la tumba; no hay que abrigar la esperanza de que para tales gentes, que jamás abrirán los ojos, Otto Storitz*

*continuará siendo un cabalista, un mago, un hechicero, un demoníaco.»*

Sea lo que quiera, pensé yo, lo importante es que su hijo haya sido despedido por el doctor Roderich; ¡todo lo demás me importa un comino!

La gacetilla terminaba con estos párrafos:

*«Debe, por lo tanto, esperarse que la muchedumbre, como todos los años, será considerable en la ceremonia del aniversario, sin contar con los amigos serios y respetables que han permanecido fieles al recuerdo de Otto Storitz. No es exagerado suponer que la población de Spremberg, tan supersticiosa, espera algún prodigio y desea ser testigo de él; según las impresiones que hemos podido recoger en la ciudad, el cementerio debe ser teatro de inverosímiles y extraordinarios fenómenos; nadie experimentaría la menor sorpresa si en medio del espanto general se alzase la piedra de la tumba y resucitase el sabio en toda su gloria.*

*»En opinión de algunos, Otto Storitz ni siquiera habría muerto en realidad, y el día de sus exequias se habrían celebrado falsos funerales.*

*»No nos detendremos en discutir semejantes necedades; pero como todo el mundo sabe, las supersticiones carecen de lógica y pasará mucho tiempo antes de que el buen sentido se haya impuesto y destruido esas ridículas leyendas. »*

No dejó de sugerirme la anterior lectura algunas impresiones pesimistas. Nada más cierto que la muerte y el sepelio de Otto Storitz y ni un instante siquiera merecía la pena detenerse a pensar en la posibilidad de que su tumba se abriese el día 25 de mayo y que apareciese, cual nuevo Lázaro, ante las atónitas miradas de la muchedumbre. Pero si la defunción del padre era indudable, no lo era menos que ese señor había dejado un hijo que estaba vivo y bien vivo, Wilhelm Storitz, rechazado por la familia Roderich; ¿no era de temer que este hecho oca-

sionase disgustos y contratiempos a Marcos y que suscitase dificultades a su matrimonio... ?

«Bueno -hube de decirme por fin, rechazando el periódico-, he aquí que empiezo a perder la chaveta: Wilhelm Storitz pidió la mano de Myra, mano que le fue negada, ¿y luego...? Pues luego no se le ha vuelto a ver, y toda vez que nada me ha dicho Marcos de semejante asunto, no veo la razón de que haya de concederle yo la más mínima importancia. »

Pedí tintero, pluma y papel y escribí a mi hermano, con objeto de anunciarle que al día siguiente saldría de Pest y que llegaría en la tarde del día 11 de mayo, ya que, a lo sumo, me encontraba a setenta y cinco leguas de Raab; hacía-le notar que hasta el momento mi viaje se había realizado sin incidentes ni retrasos, y que no veía ninguna razón para pensar que no hubiera de terminarse lo mismo; no me olvidaba de rogarle que presentase mis respetos a los señores Roderich y añadía para Myra la seguri-

dad de mi afectuosa simpatía, que Marcos tendría a bien transmitirle.

A las ocho de la mañana siguiente desamarró la Dorotea del muelle y se entregó a la corriente.

Innecesario será decir que, a partir de Viena, en cada una de las escalas había habido renovación de pasajeros. Los unos habían desembarcado en Presburgo, en Gran o en Budapest, en tanto que se habían embarcado otros en dichas ciudades; sólo cinco o seis dos ingleses entre ellos, habían embarcado en la capital austríaca con ánimo de llegar hasta el mar Negro.

En Pest, como en las escalas anteriores, había, pues, recibido la Dorotea nuevos pasajeros; uno de éstos llamó especialmente mi atención, tan extraño hubo de parecerme su aspecto.

Era un hombre de unos treinta y cinco años aproximadamente, alto, de un rubio intenso, de aspecto duro, mirada imperiosa: un

hombre, en suma de los menos simpáticos; su actitud revelaba al hombre altivo y desdeñoso; en diversas ocasiones se dirigió al personal de a bordo, lo cual me permitió oír su voz seca, desagradable, y el tono de mando con que hacía sus preguntas.

Este pasajero no quería, al parecer, relacionarse con nadie, lo cual me importaba un ardite, ya que hasta entonces me había yo mantenido en una extrema reserva respecto de mis compañeros de viaje; el patrón de la Dorotea era el único a quien yo me había dirigido para pedirle algunos informes.

Observando bien a semejante personaje era forzoso convenir que se trataba de un alemán, originario, según todas las probabilidades, de Prusia; tenía la intuición de ellos, se sentía, como suele decirse, y todo llevaba en él el sello teutónico; imposible confundirle ni un instante con los valientes húngaros, con los simpáticos magiares, verdaderos amigos de Francia.



Al dejar Budapest, apenas si la gabarra marchaba más deprisa que la corriente; la brisa, sumamente leve, sólo le imprimía una muy débil y escasa velocidad, razón por la cual se hacía en sumo grado fácil la tarea de observar con todo pormenor los paisajes que a nuestras miradas se ofrecían. Después de haber dejado atrás la ciudad doble, la Dorotea, habiendo alcanzado la isla Czepel, que divide al Danubio en dos brazos, tomó por el de la izquierda.

Tal vez el lector se admire, en el supuesto de que tenga yo lectores, de la completa trivialidad de un viaje cuyas extrañas peripecias comencé yo mismo por indicar; si así fuese, tenga el lector un poco de paciencia; no tardará mucho en tropezar con tanto suceso extraño y raro como pueda desear.

Precisamente, en el momento mismo de rodear la Dorotea la isla Czepel, fue cuando se produjo el primer incidente de que conservo memoria; un incidente de los más insignificantes; ¿tendré ni siquiera el derecho de llamar

«incidente» a un hecho de tan poca importancia y por añadidura completa y totalmente imaginario, según pude comprobar inmediatamente? Como quiera que sea, he aquí lo acontecido:

Hallábame entonces a la popa del barco, en pie, cerca de mi baulito, en cuya tapa estaba pegado un papel en el que quien quisiera podía leer mi nombre, apellido, dirección y calidad; de codos sobre la borda dejaba errar beatíficamente mis miradas por la puszta que se desarrolla más allá de Pest y no pensaba en nada, lo confieso.

De pronto experimenté la vaga sensación de que alguien se encontraba detrás de mí.

Todo el mundo conoce, por haberla sentido, esa impresión vaga de que hablo y que experimentamos cuando somos mirados fijamente por una persona cuya presencia ignoramos; es éste un fenómeno mal o nada explicado y bastante misterioso; pues bien, en ese momento sentí yo una impresión de tal género.

Volvíme bruscamente. Próximo a mí no había nadie.

Tan clara y precisa había sido la impresión, que permanecí algunos minutos con la boca abierta y comprobando mi soledad; hubo de serme preciso rendirme a la evidencia, y reconocer que más de diez toesas me separaban de los pasajeros más próximos.

Burlándome de mi necia y ridícula nerviosidad, volví a mi primera posición y ningún recuerdo hubiera guardado de tan fútil incidente, si ulteriores acontecimientos, que a la sazón me hallaba muy lejos de esperar, no se hubiesen encargado de refrescar mi memoria.

Por el momento dejé de pensar en ello y mis miradas volvieron a dirigirse hacia la puzta, que se extendía ante nosotros con sus curiosos efectos de espejismo, sus largas llanuras, sus verdosos prados, sus tierras de cultivo, más ricas en las proximidades de la gran ciudad. Entretanto, por el río continuaba desarrollán-

dose el rosario de las islas bajas, casi sumergidas.

Durante aquella jornada del 7 de mayo hicimos unas veinte leguas siguiendo los múltiples repliegues del río bajo un cielo inseguro que nos dio más horas húmedas que secas; a la caída de la tarde nos detuvimos para pasar la noche entre Duna Pentel y Duna Foldrar. La jornada del día siguiente fue semejante a la anterior desde todos los puntos de vista, y de nuevo hicimos alto en plena campiña, unas diez leguas más allá de Batta.

El 9 de mayo, con tiempo sereno, partimos con la certeza de llegar a Mohacz antes de la noche. Hacia las nueve, en el momento de ir a entrar en la sala, salía el pasajero alemán.

Poco faltó para que tropezáramos y quedé sumamente sorprendido de la mirada tan singular que me dirigió; era la primera vez que el azar nos colocaba frente a frente y, sin embargo, no tan sólo había insolencia en aquella mirada, sino que, sin duda, estaba yo so-

ñando, hubiera jurado que había también odio en ella.

¿Qué quería aquel individuo? ¿Me odiaba sencillamente por ser yo francés? Se me ocurrió, en efecto, el pensamiento de que habría podido leer mi nombre sobre la tapa del baúl, y hasta sobre la placa de mi saco de viaje, depositado en una de las banquetas; tal vez fuera esto lo que me valía aquellas miradas de enojo.

Pues bien, si él sabía y conocía mi nombre, yo estaba firmemente resuelto a no hacer nada por averiguar el suyo, toda vez que el personaje me interesaba muy poco.

La Dorotea hizo escala en Mohacz, pero demasiado tarde para que me fuera posible ver de esa importante ciudad otra cosa que dos campanarios que se elevaban por encima de una gran masa inundada ya de sombras; des embarqué, con todo, y tras una excursión de una hora volví a bordo.

Embarque de algunos pasajeros y partida al amanecer del 10 de mayo.

Durante esta jornada, el alemán se cruzó varias veces conmigo en el puente, afectando mirarme con una expresión que decididamente me causaba fuerte desagrado; no soy de aquellos a quienes gusta buscar querellas a las gentes, pero tampoco me place lo más mínimo que se me observe con semejante enojosa y descor-tés persistencia. Si aquel impertinente tenía algo que decirme, ¿por qué no me lo decía? No es con los ojos como

se habla en tales casos, y si él no comprendía el francés, yo por mi parte habría sabido responderle en su idioma.

Sin embargo, si había de llegar el caso de que me viera obligado a interpelar al teutón, era preferible que previamente hubiese yo obtenido algunos informes acerca de él.

Pregunté al patrón de la gabarra si conocía a aquel viajero.

-No -me contestó.

-¿Es alemán? -interrogué.

-Sin la menor duda, señor Vidal, y hasta me figuro que lo es dos veces, porque debe de ser prusiano.

-¡Caramba! ¡Es demasiado con serlo una sola! -dije yo; respuesta poco digna, lo concedo, de un hombre culto, pero respuesta que pareció ser del agrado del capitán, que era de origen húngaro.

Durante la tarde, la barca evolucionó a la altura del Zombor, demasiado alejada de la orilla izquierda del río para que fuera posible verla bien. Es una ciudad muy importante,

situada como Szegedin en esa vasta península formada por los dos cursos del Danubio y del Tisza, uno de sus más importantes afluentes.

Al otro día, siguiendo las numerosas sinuosidades del río, la gabarra se dirigió hacia

Vukovar, construida sobre la orilla derecha; pasamos entonces a lo largo de la frontera

de la Eslavonia, donde el río modifica su dirección Norte-Sur para correr hacia el Este; allí

se extendía también el territorio de los Confines Militares. De trecho en trecho veíanse numerosos cuerpos de guardia en comunicación entre sí, merced a ir y venir de los centinelas, que ocupaban cabañas de madera o garitas de ramas de árboles.

Este territorio se halla administrado militarmente; todos los habitantes, designados con el nombre de grenzer, son soldados; las provincias, los distritos, las parroquias se borran para dejar el puesto a los regimientos y a las Compañías de ese ejército particular. Bajo la denominación de Confines Militares compréndase el territorio que se extiende desde el Adriático hasta las montañas de la Transilvania, abarcando un área de seiscientas diez millas cuadradas cuya población, de unas once mil almas, se halla sometida a una severa disciplina.

Data esta institución de antes del actual reinado de María Teresa, y tiene su razón de ser no tan sólo contra los turcos, sino también co-



mo cordón sanitario contra la peste; allá se van los unos y la otra.

A partir de Vukovar dejé de ver al alemán a bordo; sin duda había desembarcado en esta ciudad; me vi de esta suerte libre de su presencia, lo que me evitó toda clase de explicaciones con semejante individuo.

Otros pensamientos ocupaban a la sazón mi espíritu; dentro de muy breves horas llegaría el barco a Raab; ¡qué alegría el volver a ver a mi hermano, de quien hacía más de un año me encontraba separado, estrecharle entre mis brazos, charlar ambos de cosas tan interesantes para nosotros y conocer a su nueva familia!

Hacia las cinco de la tarde comenzaron a aparecer en la orilla izquierda algunas iglesias, coronadas las unas por cúpulas y dominadas las otras por campanarios que se recortaban sobre un cielo por el que corrían rápidas nubes.

Eran los primeros anuncios de una gran ciudad: era Raab.

Tras el último recodo del río apareció ésta por entero, pintorescamente asentada al pie de altas colinas, una de las cuales soportaba el viejo castillo feudal, la acrópolis tradicional de las viejas ciudades de Hungría.

Impulsada por la brisa, la gabarra se acercó al desembarcadero y ancló.

En este preciso momento fue cuando sobrevino el segundo incidente de mi viaje.

¿Merece ser esta vez referido...? El lector juzgará de ello.

Me hallaba de pie, cerca de la banda de babor, contemplando la línea de los muelles, en tanto que la mayor parte de los pasajeros se acercaban a la salida, donde pululaban numerosos grupos, entre los cuales contaba yo que se encontraría esperándome mi hermano Marcos.

Pues bien, al tratar de descubrirle con la mirada percibí cerca de mí, muy claramente pronunciadas en lengua alemana, estas inesperadas palabras:

-Si Marcos Vidal se casa con Myra Roderich, ¡desdichada de ella y desdichado de él...!

Di rápidamente media vuelta... ¡Estaba solo en aquel lugar; y no obstante, alguien acababa de hablarme...! ¡Sí, se me había hablado, y aun iría más lejos, la voz con que se me habló no me era desconocida!

Sin embargo, ¡no había nadie, lo repito, nadie...! Era evidente que me equivoqué, y

aquella frase amenazadora fue producto de mi imaginación; una especie de alucinación y nada más. Preciso era que mis nervios no anduviesen bien para jugarme aquellas pasadas en dos días. Estupefacto, miré de nuevo a mi alrededor... No, no había nadie...

¿qué otra cosa podía hacer sino encogerme de hombros y desembarcar?

Y esto fue lo que hice, abriéndome, no sin esfuerzo, paso a través de la bulliciosa muchedumbre que llenaba el desembarcadero en su totalidad.

### Capítulo III

Como suponía, Marcos me aguardaba en el desembarcadero y nos abrazamos con efusión.

-¡Enrique, mi querido Enrique! -repetía, trémula la voz, los ojos húmedos, sin que por eso dejara de expresar su fisonomía la mayor dicha.

-¡Mi querido Marcos! -decía yo por mi parte-. Deja que te abrace de nuevo.

Luego, tras las primeras efusiones, exclamé de pronto:

-¡Vamos, en marcha! ¿Supongo que me llevarás a tu casa?

-Sí, al hotel Temesvar, a diez minutos de aquí, en la calle del Príncipe Miloch... pero no sin haberte presentado antes a mi futuro cuñado.

No me había fijado hasta entonces en un oficial que se mantenía detrás de Marcos; era un capitán y llevaba el uniforme de la Infantería de los Confines Militares; de estatura

algo más que mediana, hermosa presencia, bigote y barba de color castaño, con el aspecto altivo y aristocrático del magiar, pero con una mirada benévola y sonriente, lo que le hacía simpático.

-El capitán Haralan Roderich -dijo Marcos. Estreché la mano que me tendía el capitán.

-Señor Vidal -me dijo-, me considero sumamente feliz de verle y no puede usted imaginarse cuánto placer ha de causar a toda mi familia su llegada, que ha sido esperada con tanta impaciencia.

-¿Incluso a la señorita Myra? -pregunté.

-¡Ya lo creo! -exclamó mi hermano-. Y no es culpa tuya, mi querido Enrique, si la Dorotea no ha hecho sus diez leguas por hora desde su partida de Viena.

Debo advertir que el capitán Haralan hablaba correctamente el francés, lo mismo que su padre, su madre y su hermana, que habían viajado por Francia; por otra parte, tanto mi hermano como yo conocíamos perfectamente el alemán y teníamos algunas nociones de la lengua húngara, por lo cual, lo mismo ese día que los sucesivos, pudimos conversar indiferentemente en esos tres idiomas, que muchas veces se mezclaban en nuestra conversación. Un coche cargó mi equipaje, el capitán Haralan y Marcos subieron conmigo y pocos minutos después nos deteníamos ante el hotel Temesvar.

Después de señalar la mañana del día siguiente para mi primera visita a la familia Roderich, quedé sólo con mi hermano, en una habitación bastante confortable, al lado de la que Marcos ocupaba desde su instalación en Raab.

Nuestra charla continuó hasta la hora de comer.

Mi querido Marcos, henos aquí, por fin, reunidos ambos en excelente estado de salud - dije-. ¿No es verdad? Si no me equivoco, nuestra separación ha durado un año largo.

-Sí, Enrique, y el tiempo me ha parecido largo, aun cuando la presencia de mi querida.

Myra haya contribuido poderosamente a hacer más breves para mí los últimos meses...

Pero estás ya aquí, y la ausencia no me ha hecho olvidar que eres mi hermano mayor.

-Tu mejor amigo, Marcos.

-Por eso, como comprenderás perfectamente, mi matrimonio no podía celebrarse sin que tú estuvieses presente, a mi lado... ¿No tenía yo, por otra parte, el deber de pedirte tu consentimiento?

-¿Mi consentimiento?

-Sí, como se lo habría pedido a mi padre, si viviese... Pero, lo mismo que él, tú no me lo negarás cuando la conozcas.

-La conozco ya por tus cartas y sé que eres feliz.

-Más de lo que pudiera decirte; tú la verás, la juzgarás y la querrás, estoy seguro de ello; es la mejor de las hermanas la que te doy.

-Y que yo acepto, mi querido Marcos, sabiendo de antemano que tú no puedes hacer más que una elección excelente; pero, ¿por qué no visitar al doctor Roderich esta tarde?

-No podrá ser hasta mañana. No creíamos que el barco llegase tan temprano y no te esperábamos hasta la tarde; sólo por un exceso de prudencia nos encontramos Haralan y yo en el muelle. ¡Ah, si mi querida Myra lo hubiera sabido! ¡Cómo lo va a sentir! Pero vuelvo a decírtelo, no eres esperado hasta mañana; la señora Roderich y su hija han dispuesto de la tarde, y mañana te presentarán todas sus excusas.

-Convenido, Marcos -respondí-, y toda vez que por unas cuantas horas nos pertenecemos hoy uno al otro, empleémoslas en charlar del pasado y del porvenir; en hacer un intercambio de los recuerdos que dos hermanos pueden haber almacenado en



un año de separación.

Marcos me hizo entonces el relato de su viaje desde que había salido de París, habiendo visto marcadas por el éxito más lisonjero todas sus etapas, su estancia en Viena y en Presburgo, donde las puertas del mundo artístico se habían abierto de par en par ante él.

Al fin y al cabo, no me dijo nada que yo ignorara o no presumiera; un retrato firmado por Marcos Vidal no podía menos de ser muy solicitado, disputado con ardor por los ricos magiares.

-No podía dar abasto, mi querido Enrique. ¡Encargos y hasta recomendaciones por todas partes! No me extrañaría -agregó mi hermano, riendo- que el día menos pensado me raptasen para ir a retratar a toda la Corte de Viena.

-¡Ojo, Marcos, ojo! Sería para ti un grave compromiso el tener que dejar Raab para trasladarte a la Corte.

-Declinaría la invitación lo más respetuosamente posible. Por ahora no puedo preocuparme de retratos, o más bien, acabo de terminar el último.

-¿El suyo, no es verdad?

-Sí, el suyo; y creo que no es el peor que ha salido de mis manos.

-¿Quién sabe? -dije-. Cuando un pintor se preocupa más del modelo que del retrato...

-En fin, Enrique, ya lo verás. Es cierto que, mientras pintaba, mi mirada no podía separarse de mi querida Myra; pero ella no lo tomaba a broma; no era al novio, sino al pintor, al que consagraba aquellas horas. Y mi pincel corría sobre el lienzo... ¡Y, con qué pasión! A veces me parecía que el retrato iba a animarse, a tomar vida, como la estatua de Galatea.

-Calma, Pigmalión, calma. Prefiero que me cuentes cómo fue que entraras en relación con la familia Roderich.

-Estaba escrito.

-No lo dudo, pero...

-Desde mi llegada, muchos salones de Raab me hicieron el honor de admitirme; nada podía serme más agradable, aunque no fuese más que para pasar las noches, siempre largas en una ciudad extraña; frecuentaba con bastante asiduidad esos salones, donde hallaba muy buena acogida, y en uno de ellos fue donde renové mi amistad con el capitán Haralan.

-¡Cómo!

-Sí, Enrique, porque le había encontrado ya muchas veces en Pest. Un oficial del mayor mérito, destinado a un brillante porvenir, y al propio tiempo el más amable de los hombres, y a quien, para ser un héroe en tiempo de las guerras de Matías Corvino, no le ha faltado más que...

-¡Que haber nacido en aquella época! -repliqué, riendo.

-Justo -repuso Marcos en igual tono-. En resumen, al volvernos a encontrar aquí, nos veíamos todos los días, y nuestras relaciones,

vagas al principio, no tardaron en estrecharse, trocándose en una franca y cordial amistad. Quiso presentarme a su familia, y yo acepté, tanto más gustoso cuanto que ya había encontrado a Myra en algunas reuniones y...

-Y no siendo la hermana menos encantadora que el hermano, tus visitas a casa de Roderich se multiplicaron -proseguí yo.

-Sí, Enrique, desde hace tres meses no he dejado de pasar una noche sin acudir a su casa. En vista de esto, si te hablo de mi querida Myra vas a creer que exagero.

-No, no exageras; cierto estoy de que no será posible exagerar hablando de ella; y hasta si quieres conocer mi opinión sincera, te confesaré que te hallo moderado.

-¡Ah, querido Enrique, cuánto la amo!

-Eso se advierte claramente; me satisface, por lo demás, el pensamiento de que vas a entrar en la más respetable de las familias.

-Y la más respetada -respondió Marcos-. El doctor Roderich es un médico muy

estimado y sus colegas le aprecian realmente; es al propio tiempo el mejor de los padres, y digno, sin disputa, de ser el padre...

-De su hija -interrumpí-; así como la señora Roderich es, sin duda, no menos digna de ser su madre.

-¡Ella! ¡Excelente señora! Adorada de todos los suyos, piadosa, caritativa, ocupándose siempre en buenas obras.

-¡Una perfección, vaya! Y que será una suegra como no se encuentra en Francia, ¿no es eso, Marcos?

-¡Tú siempre burlándote! En primer lugar, Enrique, aquí no estamos en Francia, sino en Hungría, en este país magiar, donde las costumbres han conservado algo de la severidad de otros tiempos, donde la familia es todavía patriarcal.

-Vamos, futuro patriarca..., porque tú lo serás a tu vez.

-Es una situación social como cualquier otra.

-Sí, ¡émulo de Matusalén, de Noé, de Abraham, de Isaac y de Jacob! En resumen, tu historia, a lo que me figuro, no tiene nada de extraordinario. Merced al capitán Haralan, pudiste tratar a su familia, que te dispensó la mayor acogida, lo cual no tiene por qué sorprenderme, conociéndote como te conozco; no pudiste ver a la señorita Myra sin quedar seducido por sus prendas físicas y morales.

-¡Justo!

-Las cualidades morales, para el novio; las dotes físicas para el pintor y éstas no se borrarán del lienzo, como aquéllas no se borrarán de tu corazón...; ¿qué te parece esta frase?

-Hermosa y exacta, querido Enrique.

-También es exacta tu apreciación; y para acabar, del mismo modo que Marcos Vidal no pudo ver a Myra Roderich sin prendarse de ella, por su parte, Myra Roderich no pudo ver a Marcos Vidal sin enamorarse de...

-¡Yo no digo eso, Enrique!

-Pero lo digo yo, aunque no fuera más que por el debido respeto a la verdad. Y el señor y la señora Roderich, aunque advirtiéndolo que pasaba, no pusieron el menor reparo; y Marcos no tardó en franquearse con el capitán Haralan; y a éste, que no le pareció mal la cosa, habló del asunto a sus padres, que a su vez, hablaron a su hija; luego, Marcos Vidal hizo oficialmente su petición, que fue favorablemente acogida, y la novela va a terminar como terminan tantas otras novelas del mismo género...

-Lo que tú, querido Enrique, llamas el fin -interrumpió Marcos-, es, a mi juicio, el real y verdadero comienzo.

-Tienes razón, Marcos, y yo me doy cuenta exacta del valor de las palabras... ¿Cuándo va a ser la boda?

-Se esperaba tu llegada para fijar definitivamente la fecha.

-Pues bien, cuando gustes... Dentro de seis semanas, o de seis meses, o de seis años.

-Mi querido Enrique, ya me harás, supongo, el favor de decir al doctor que el tiempo de un ingeniero es oro y que si prolongases demasiado tu estancia en Raab, el funcionamiento del sistema solar, dejando de hallarse sometido a tus sabios cálculos, correría graves riesgos de verse interrumpido.

-En una palabra, que sería yo responsable de los temblores de tierra, inundaciones y otros cataclismos análogos.

-Eso es. Y por consiguiente, la ceremonia no puede retrasarse más allá de...

-De pasado mañana, o hasta mañana mismo, ¿no es así? Estáte tranquilo, mi querido Marcos; diré todo lo que sea preciso y conveniente, aun cuando en realidad mis cálculos no sean tan necesarios como supones para el buen orden del Universo, lo cual me permitirá pasar un mes con tu mujer y contigo.

-¡Magnífico!

-Pero, ¿cuáles son tus proyectos? ¿Tienes intención de dejar Raab en cuanto te cases?



-He aquí una cosa que aún no está decidida, y tiempo tenemos de resolverla; no me ocupo más que del presente; en cuanto al porvenir se limita para mí a mi matrimonio; nada existe más allá.

-¡El pasado no existe ya; el porvenir no existe aún; sólo cuenta el presente!

La conversación prosiguió en este tono hasta la hora de comer; luego, Marcos y yo, fumando un cigarro, nos fuimos de paseo por el muelle de la orilla izquierda del Danubio.

No era este primer paseo nocturno el que podía darme una idea de la ciudad; pero al día siguiente y los sucesivos tendría tiempo sobrado para visitarla más detenidamente y en compañía del capitán Haralan, más probablemente que en la de mi querido hermano.

Inútil es decir que no había cambiado el tema de nuestra conversación y que Myra Roderich siguió siendo el objeto de ella.

Una frase, no recuerdo cuál, trajo a mi memoria lo que en París, la víspera de mi par-

tida, me había contado el subjefe de policía. Nada en las palabras de mi hermano indicaba que su idilio hubiese sido turbado, aunque no fuera más que un día; y esto no obstante, si Marcos no tenía a la sazón rival, este rival había existido, ya que Myra Roderich se vio solicitada por el hijo de Otto Storitz; nada de extraño, por lo demás, había en que se hubiera pedido la mano de una muchacha linda y acomodada.

Como es natural, surgieron nuevamente ante mi espíritu las palabras que me había

figurado oír al desembarcar; persistí yo en creer que había sido objeto de una ilusión; y además, aun admitiendo que semejantes palabras hubieran sido realmente pronunciadas, ¿qué conclusión podía sacar de ellas, ya que no sabía ni me era dado saber a quién atribuir las? Me inclinaría a culpar de ello al antipático alemán que embarcara en Pest, pero tenía que renunciar a él, toda vez que aquel impertinente había dejado el barco en Vukovar; quedaba,

pues, tan sólo en ese caso la hipótesis de un bromista de mal género.

Sin dar a conocer a mi hermano ese incidente, creí deber informarle de lo que había sabido últimamente acerca de Wilhelm Storitz.

Marcos respondió al principio con un gesto de desdén de los más característicos; luego,

me dijo:

-Haralan me habló, en efecto, de ese individuo; hijo único, según parece, de ese Otto Storitz, que en Alemania tiene reputación de hechicero, reputación injustificada, por lo

demás, ya que ocupó realmente un lugar notable en las ciencias naturales e hizo importantes descubrimientos en física y química; pero la petición de su hijo fue rechazada por la familia Roderich.

-¿Antes, por supuesto, de que hubiera sido admitida la tuya?

-Cuatro o cinco meses antes, si no me engaño.

-¿Uno y otro hecho no tiene, pues, relación alguna?

-Desde luego.

-¿Supo Myra que Wilhelm Storitz había aspirado al honor de ser su marido, como dice en la canción?

-No lo creo.

-Y, ¿no ha hecho después nuevas gestiones?

-Nunca; debió comprender que no tenía ninguna probabilidad de éxito.

-¿Por qué? ¿Es que su reputación...?

-No; Wilhelm Storitz es un ser original cuya existencia es bastante misteriosa, y que vive muy retirado.

-¿En Raab?

-Sí, en Raab, en una casa aislada del bulevar Tekeli, donde no entra nadie; se le tiene por un muchacho extraño, he ahí todo; pero es un alemán y esto habría bastado para motivar

la negativa del doctor Roderich, porque los húngaros no sienten simpatía por los representantes de la raza teutona. Es una antipatía ya muy vieja...

-¿Te has encontrado con él?

-Algunas veces; y un día el capitán Haralan, en el Museo, me lo enseñó, sin que él pareciera advertirlo.

-¿Se encuentra actualmente en Raab?

-No puedo decírtelo con seguridad, pero creo que hace dos o tres semanas que no se le ha visto aquí.

-Sería preferible que hubiera dejado la ciudad.

-¡Bah! -dijo Marcos, encogiéndose de hombros-. Dejemos a ese individuo donde esté, y si alguna vez llega a haber alguna señora de Wilhelm Storitz, puedes estar seguro de que esa señora no será Myra Roderich, toda vez que...

-Sí -le interrumpí-, toda vez que será la señora de Marcos Vidal.

Siguió nuestro paseo por el muelle hasta llegar al puente de barcas que une la orilla

húngara con la servia; tenía yo un propósito al prolongar así nuestro paseo. Desde hacía unos instantes me parecía que éramos seguidos por un individuo que iba detrás de nosotros como si tratara de escuchar nuestra conversación. Quería saber a qué atenerme.

Hicimos un alto de algunos minutos en el puente, admirando el gran río que aquella

noche tan pura reflejaba por millares los astros del cielo, asemejándolos a peces de escamas brillantes y luminosas.

Me aproveché de aquel alto para inspeccionar el muelle de donde veníamos. A alguna distancia distinguí un hombre de mediana estatura y, a juzgar por su marcha pesada, de cierta edad ya.

Pronto dejé de pensar en ello. Abrumado a preguntas por Marcos tuve que darle informes acerca de mis propios asuntos y noticias de nuestros comunes amigos, del mundo artís-

tico con el que mantenía yo frecuentes relaciones; hablamos mucho de París, donde contaba él establecerse después de su matrimonio. Myra, al parecer, pensaba con alegría en volver a ver aquel París que ya conocía y en volverlo a ver en compañía de su esposo.

Informé a Marcos de que había llevado conmigo los papeles y documentos que me había pedido en su última carta. Podía estar tranquilo, no le faltaría ninguno de los pasaportes exigidos para el gran viaje matrimonial.

La conversación, en suma, recaía sin cesar acerca de aquella estrella de primera magnitud, la resplandeciente Myra, como la aguja imantada se vuelve hacia el Norte.

Marcos no se cansaba de hablarme de ella y yo no me cansaba de oírle. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba poder decirme todas aquellas cosas! A mí, no obstante, me correspondía ser razonable, si no quería que nuestra charla durase hasta el amanecer.

Emprendimos el camino de vuelta al hotel. Al llegar a él lancé una última mirada hacia atrás. El muelle estaba desierto. Si realmente había existido en otra parte que en mi imaginación, el que nos perseguía había desaparecido.

A las diez y media, nos encontrábamos Marcos y yo en nuestras respectivas habitaciones del hotel Temesvar.

Me metí en la cama y comenzaba a dormirme, cuando incorpóreme de pronto como por una brusca sacudida. ¿Ensueño...? ¿Burla? ¿Obsesión? Las palabras que había creído oír a bordo de la Dorotea me pareció volverlas a oír en mi somnolencia; sí, ¡aquellas palabras que contenían una amenaza para Marcos y Myra Roderich!

#### Capítulo IV

Al día siguiente, día solemne, hice mi visita oficial a la familia Roderich.



Álzase la casa del doctor en la extremidad del muelle Batthyani, esquina al bulevar Tekeli, el cual bajo diferentes nombres da la vuelta a la ciudad; es un hotel moderno, de una ornamentación rica y severa en el interior y amueblado con gusto que atestigua un sentido artístico muy refinado.

Delante de las habitaciones hay una galería de cristales adonde dan las puertas que conducen al despacho del doctor Roderich, a los salones y al comedor. Y todas estas habitaciones reciben la luz del muelle Batthyani, por las seis ventanas de la fachada y del bulevar Tekeli.

El primero y el segundo piso reproducen la misma disposición; encima del salón y del

comedor, los cuartos de los esposos Roderich; en el segundo el del capitán Haralan; encima del despacho del doctor, la alcoba y el tocador de Myra.

Conocía yo este hotel antes de haberlo visitado; durante nuestra conversación de la víspera, Marcos me lo había descrito sin dejar un detalle y pieza, sin olvidar la monumental escalera y la terraza circular, desde la que se domina la ciudad y el curso del Danubio. Hasta sabía, del modo más preciso, cuáles eran los lugares preferidos de Myra en las distintas habitaciones de la casa.

Sería la una de la tarde cuando Marcos y yo fuimos recibidos en la amplia galería de cristales construida ante el primer cuerpo del edificio.

Sobre un caballete vi y admiré el retrato de Myra, obra de una factura magnífica, digna del nombre que la firmaba, y que era para mí el más querido del mundo.

El doctor Roderich tendría unos cincuenta años, pero no se le hubiera calculado tal edad; era de elevada estatura, recto, de cabellos espesos y grisáceos, buen color y una vigorosa constitución sobre la que ninguna enfermedad

hacía presa. Reconocíase en él al verdadero tipo magiar en toda su original pureza, y en su persona había una especie de altivez y arrogancia natural, atemperadas por la expresión sonriente de su semblante.

Tan pronto como le fui presentado sentí, en su caluroso apretón de manos, que me encontraba en presencia del mejor de los hombres.

La señora Roderich, de cuarenta y cinco años de edad, conservaba numerosos restos de su gran hermosura de otros tiempos, rasgos regulares, ojos de un azul oscuro, una magnífica cabellera que comenzaba a blanquear, una boca finamente dibujada, dejando ver una dentadura intacta y un talle aún esbelto y elegante.

Marcos me había hecho de ella un retrato bastante fiel. Producía la impresión de ser una excelente mujer, dotada de todas las virtudes familiares, habiendo encontrado la felicidad completa al lado de su marido, y adornan-

do a sus dos hijos con toda la ternura de una madre prudente y previsora.

La señora Roderich dióme muestras de gran estima y afecto, de que quedé profundamente agradecido; considerábase, dijo, dichosa, por la llegada a su casa del hermano de Marcos Vidal a condición de que tuviera a bien considerarla como suya.

Pero ¿qué decir de la señorita Roderich? Se acercó a mí, sonriente, con la mano o más bien con los brazos abiertos. Sí, era efectivamente una hermana lo que iba a tener yo en aquella muchacha, una hermana que me abrazó, y a quien yo abracé sin ningún linaje de

ceremonias. Y estoy seguro de que Marcos, al contemplarlo, conoció el aguijón de la envidia.

-¡Yo todavía no he llegado a eso! - exclamó, suspirando.

-Porque no es usted mi hermano - replicó, riendo, mi futura cuñada.

La señorita Roderich era, en efecto, tal como mi hermano me la había descrito y tal como la representaba aquel lienzo que acababa yo de admirar: una joven de cabeza encantadora, coronada por una fina cabellera rubia, ojos de un azul oscuro rebosante de personalidad, la boca de un corte perfecto, labios sonrosados abriéndose sobre dientes de resplandeciente blancura, de estatura algo más que mediana, esbelta y elegante; era Myra la gracia personificada, de una distinción perfecta, sin gazmoñería ni afectación.

El capitán Haralan se encontraba allí arrogante con su uniforme y ostentando un parecido casi exacto con su hermana; habíame estrechado la mano tratándome como hermano, y podíamos considerarnos como verdaderos amigos, aun cuando nuestra verdadera amistad no datase sino de la víspera.

No me quedaba, por consiguiente, ningún miembro de la familia a quien conocer.

La conversación que en seguida se inició siguió rumbos caprichosos, pasando sin ningún orden de un tema a otro; se habló primeramente de mi viaje, de la navegación a bordo de la Dorotea, de mis ocupaciones en Francia, del tiempo de que me era dado disponer, de la hermosa Raab, que habría de visitar en detalle, del gran río que debería yo recorrer hasta llegar, por lo menos, hasta las Puertas de Hierro, de aquel magnífico Danubio cuyas aguas parecen impregnadas de rayos de oro, de todo el bello país magiar, tan lleno de recuerdos históricos, de la famosa puszta, que debería atraer a los curiosos del mundo entero, etc.

-¡Con cuánta alegría le vemos junto a nosotros, señor Vidal! -repetía Myra Roderich, juntando las manos con un gesto lleno de gracia-. Su viaje se prolongaba y no dejábamos de hallarnos algún tanto inquietos; no quedamos tranquilos hasta que se recibió la carta que usted escribió desde Pest.

-Soy muy culpable, señorita Myra -respondí-, muy culpable por haberme retrasado en el camino. Hace mucho tiempo que me encontraría en Raab, si hubiese tomado la posta de Viena; pero los húngaros no me habrían perdonado nunca el haber desdeñado el Danubio, del que, con mucha razón, tan orgullosos se muestran, y que merece la fama de que universalmente goza.

-¿Nuestro río?

-Sí, señorita.

-En efecto, señor Vidal -aprobó el doctor-. El Danubio es nuestro glorioso río y nos pertenece, en verdad, a nosotros desde Presburgo hasta Belgrado.

-Le perdonamos a usted, en gracia al Danubio, señor Vidal -dijo la señora Roderich-, pues al fin y al cabo, se encuentra usted ahora entre nosotros, y nada retrasará ya la dicha de estos dos muchachos que nos son tan queridos.

Mientras hablaba, la señora Roderich fijaba enternecida miradas sobre su hija y sobre

Marcos, unidos ya en su corazón; lo mismo hacía por su parte el doctor Roderich; en

cuanto a «los dos muchachos» se comían recíprocamente con los ojos, como suele decirse; y por lo que a mí se refiere, puedo asegurar que estaba literalmente conmovido ante la dicha y la tranquilidad de aquella venturosa familia.

No había que pensar en salir aquella tarde; si bien el doctor hubo de verse obligado a volver a sus habituales ocupaciones, la señora Roderich y su hija no tenían ningún asunto que les obligara a salir de casa; en compañía recorrí el hotel y admiré todas las hermosas cosas que encerraba.

-¿Y la torre? -exclamó Myra-. ¿Piensa el señor Vidal que va a terminar su primera visita al hotel sin que se haya encaramado antes a nuestra torre?

-Seguramente no, señorita Myra -respondí-; ni una sola de las cartas de Marcos dejaba de hablarme de esa torre en términos de



gran encomio, y, a decir verdad no he venido a Raab más que con el objeto de subir a ella.

-Tendrán ustedes que hacer la ascensión sin que yo les acompañe -dijo la señora Roderich-, pues resulta demasiado pesada para mí.

-¡Oh, madre, son ciento sesenta peldaños solamente!

-Y ¿te parece poco?

-Muy poco.

-Para tu edad, sí, hija mía; pero yo no la tengo ya.

-Tu edad, madre mía, no sale siquiera a cuatro escalones por año -dijo el capitán Haralan-; pero quédate y nos reuniremos de nuevo en el jardín.

-¡En marcha hacia el cielo! -dijo Myra.

Lanzóse ella la primera, y apenas si podíamos seguirla, tal era su ligereza; en pocos minutos alcanzamos la terraza, desde la que se ofreció a nuestras miradas un panorama magnífico y grandioso.

Hacia el Oeste, toda la ciudad y sus arrabales dominados por la colina de Wolkang, coronada por el viejo castillo en el que se ve ondear al viento la bandera húngara; hacia el Sur, el sinuoso curso del Danubio, de ciento setenta y cinco toesas de anchura, surcado incessantemente por las embarcaciones que lo remontan o desciende por él, y más allá, las lejanas y brumosas montañas de la provincia serbia; al Norte, al puszta con sus bosques, sus llanuras, sus tierras de cultivo, sus praderas, precedido todo por innumerables casas de campo.

Permanecí absorto ante aquel espectáculo, admirable, de tan varios aspectos, y que se extendía hasta los últimos confines del horizonte.

Mi futura cuñada creyó deber darme algunas explicaciones, haciéndolo con exquisita amabilidad y gracia.

-Ese -dijo- es el barrio aristocrático, con sus palacios, sus hoteles, sus plazas, sus esta-

tuas. De ese otro lado, bajando, señor Vidal, podrá usted divisar el barrio comercial, con sus calles rebosantes de gente, sus mercados... y el Danubio, pues siempre hay que volver a nuestro Danubio, que está bastante animado en este momento. Y la isla Svendor, completamente verde, con sus bosquecillos y sus prados esmaltados de flores.

-¡Es hermosísimo!

-Supongo que mi hermano no se olvidará de llevarle a la isla Svendor.

-Tranquilízate -respondió el capitán Haralan-; no perdonaré nada para que el señor Vidal visite todos los rincones de Raab.

-Y nuestras iglesias -repuso Myra-. Vea usted nuestras iglesias con sus campanarios.

Y tendrá usted ocasión de escuchar los domingos las armonías de nuestras campanas. Y nuestro Ayuntamiento con su patio de honor entre los dos cuerpos de edificio, su elevada techumbre y sus grandes ventanales...

-Mañana mismo -dije- lo visitaré, si el capitán no tiene nada que objetar.

-Nada absolutamente, mi querido señor.

-Y bien, caballero -interrumpió Myra volviéndose hacia Marcos-, ¿qué es, si puede saberse, lo que con tanta atención está usted contemplando mientras yo enseño a su hermano el Ayuntamiento?

-La catedral y su masa majestuosa, sus torres, su fachada, su aguja central, que se eleva hacia el cielo como para llevar hasta él la oración y las súplicas de los fieles, y ante todo y sobretodo su monumental escalera.

-¿La escalera? -exclamé yo.

-La escalera, sí, la escalera.

-¿Y por qué -inquirió Myra- tanto entusiasmo por esa monumental escalera?

-Porque ella conduce, precisamente bajo la cúpula, a cierto sitio del coro -respondió

Marcos mirando amorosamente a su novia, cuyo lindo rostro se coloreó con un leve sonrosado-, a un sitio donde...

-¿Dónde qué? ...

-Donde yo espero oír de sus labios la más grande y la más hermosa de todas las palabras del mundo, aun cuando no conste más que de una sílaba.

-¡Bah, bah, de aquí a entonces! ...

Tras una larga parada en la terraza, volvimos a descender al jardín, donde nos aguardaba la señora Roderich. Paseando unas veces y sentados otras, transcurrió alegremente el tiempo, hasta el regreso del doctor a la hora de la comida.

Como era natural, aquel día me senté por primera vez a la mesa de la familia Roderich, pasando luego la velada nosotros solos.

Varias veces la señorita Myra se sentó ante el clavicordio, y acompañándose de él cantó con voz agradable y exquisito gusto esas originales melodías húngaras, odas, elegías,

epopeyas, baladas que no pueden escucharse sin emoción.

La velada, en suma, fue una delicia, que se hubiera prolongado hasta una hora bastante avanzada de la noche, si el capitán Haralan no hubiera dado la señal de la partida,

disolviéndose aquella gratísima reunión.

Cuando estuvimos de regreso en mi habitación del hotel Temesvar, Marcos me dijo:

-¿Había yo exagerado? ¿Crees tú que haya en el mundo otra muchacha?

-¡Otra! -hube de responder-. ¡Pero si estoy tentado de preguntarte y preguntarme si habrá otra verdaderamente una, si existe en realidad la señorita Myra Roderich!

-¡Ah, mi querido Enrique, la adoro con toda mi alma!

-¡Pardiez! He ahí una cosa que no me sorprende en absoluto, mi querido Marcos. No te consideraría como mi hermano si hubiese sido de otro modo.

Nos acostamos enseguida, sin que ni la más leve nubecilla hubiera venido a ensombre-

cer aquella feliz y tranquila jornada tan íntima y familiar.

## Capítulo V

Desde la mañana siguiente comencé a recorrer Raab en compañía del capitán Haralan.

Mientras tanto, Marcos habría de ocuparse de dar los pasos necesarios para la celebración de su boda, cuya fecha había sido, por fin, señalada para el primero de junio, o sea pasados unos veinte días.

El capitán Haralan tenía que hacerme los honores de su ciudad natal, mostrándomela en todos sus detalles y pormenores; no me hubiera sido posible encontrar un guía más concienzudo, más erudito y conocedor del país, y de más acabada cortesía.

Aun cuando la idea se me ocurrió una infinidad de veces y con una obstinación que

no dejaba de asombrarme a mí mismo, no le hablé una sola palabra de aquel Wilhelm Storz; por su parte, el capitán Haralan permaneció mudo a este respecto, siendo, por consiguiente muy probable que jamás se hablara entre nosotros acerca de tal personaje.

Como acontece con la mayor parte de las ciudades de Hungría la de Raab ha tenido

sucesivamente diversos nombres. Estas ciudades pueden exhibir una fe de bautismo en cuatro o cinco idiomas: latín, alemán, eslavo, magiar; una fe de bautismo tan complicada casi como la de sus príncipes, grandes duques y archiduques.

-Nuestra ciudad no tiene la importancia de Budapest -me dijo el capitán Haralan-; su

población, sin embargo, es de más de cuarenta mil almas, y, merced a su industria y a su comercio, ocupa un lugar prominente en el reino de Hungría.

-Es una ciudad bien magiar -observé yo.



-Indudablemente, tanto por sus hábitos y costumbres como por los trajes de sus moradores. Si puede decirse con algún asomo de verdad que en Hungría son los magiares los que han fundado el Estado y los alemanes los que levantaron las ciudades, semejante afirmación tiene muy poco de exacta en lo que se refiere a Raab. Sin duda hallará usted en la clase mercantil individuos de raza germana, pero constituyen una ínfima minoría.

-Ya lo sabía, como sabía asimismo que los naturales de Raab están muy orgullosos de su ciudad, pura de toda mezcla extraña.

-Los magiares, por lo demás, a los que no hay que confundir con los hunos como se ha hecho con demasiada frecuencia -añadió el capitán Haralan- forman la cohesión política

más fuerte y poderosa, y desde este punto de vista Hungría es superior a Austria.

-¿Y los eslavos? -pregunté.

-Los eslavos son aún menos numerosos que los alemanes.

-Y ¿cómo son, en suma, considerados estos últimos en el reino húngaro?

-Bastante mal; por la población magiar sobre todo, porque es manifiesto que las personas de origen teutón viven entre nosotros como desterrados de su verdadera patria.

Me pareció que el capitán Haralan no experimentaba un gran afecto hacia los austríacos.

En cuanto a los alemanes, es de fecha muy remota que data su antipatía de raza entre ellos y los magiares; esta antipatía se traduce bajo mil formas y hasta los refranes la expresan de una manera bastante brutal a veces:

*Eb a nemet kutya nelkul*, dice uno de esos refranes.

Lo cual significa: «Dondequiera que hay un alemán, hay un perro.»

Despojados de la gran parte de exageración que encierran esos proverbios, demuestran por lo menos, que no reina muy buena inteligencia entre los individuos de ambas razas.

La ciudad de Raab se halla edificada con bastante regularidad, salvo en su parte baja, a orillas del río; los barrios afectan una rectitud casi geométrica.

Por el muelle y la calle de Esteban I, el capitán Haralan me condujo al mercado Colomán a la hora en que se encuentra más concurrido y animado.

Dejando el mercado, en el que abundan los diversos productos del país y donde pude observar con toda comodidad y a mi gusto el campesino en su traje tradicional, el capitán Haralan me hizo atravesar un dédalo de calles estrechas con tiendas a uno y otro lado, con sus curiosas muestras colgantes. Luego, el barrio se ensancha hasta llegar a la

plaza Kurtz, una de las mayores de la ciudad.

En medio de esta plaza aparece una lindísima fuente de mármol y bronce, sobre la cual se destaca la estatua de Matías Corvino, héroe del siglo XV, rey a los quince años, que

supo resistir los ataques de los austríacos, de los bohemios y de los polacos, y salvó a la cristiandad europea de la barbarie otomana.

Era esta plaza verdaderamente hermosa; a un lado se alza el Palacio del Gobernador,

con sus elevados muros, que han conservado el carácter de las antiguas construcciones del Renacimiento. En el cuerpo principal hay una escalera de hierro y una galería con estatuas de mármol. La fachada cuenta con numerosas ventanas con vidrios antiguos. En el centro se eleva una especie de torrecilla, en la que ondea la bandera nacional.

Habíamos hecho alto en la plaza Kurtz.

-He aquí el Palacio -me dijo el capitán Haralan-. Dentro de unos veinte días acudirán a él Marcos y Myra para comparecer ante el gobernador, y solicitar su permiso, antes de trasladarse a la catedral.

-¿Cómo ha dicho usted?

-Digo que, antes de celebrar el matrimonio religioso, tendrán nuestros hermanos que

venir aquí y solicitar la venia del Gobernador.

-¿Su venia, para qué? -pregunté sorprendido.

-Para poder casarse.

-¿Y qué tiene que ver con eso el Gobernador, una autoridad civil?

-Se trata de una costumbre local muy antigua. No puede celebrarse ningún matrimonio sin que previamente se haya obtenido el permiso de la más alta autoridad de la ciudad.

Esta autorización, por lo demás, constituye por sí sola un lazo bastante estrecho entre aquellos a quienes se otorga. No puede decirse que sean desde ese momento verdaderos esposos, pero no son ya meramente novios o prometidos, y en el caso en que un

obstáculo inesperado se opusiera a su matrimonio, les sería imposible casarse con otro.

-Es bastante raro todo eso, y le confieso que no tenía de ello la menor sospecha y nada tampoco me había dicho Marcos sobre el particular.

-Pues es de creer que esté enterado.

-Es curioso, muy curioso.

-Cada pueblo tiene sus costumbres y sus tradiciones, que, en mi concepto, son muy respetables, aun cuando las nuevas condiciones de la vida y de los tiempos las hagan innecesarias y hasta tal vez un tanto anacrónicas.

-Exacto; es un punto en el que me hallo de completo acuerdo con usted.

Mientras me explicaba esta singular costumbre, el capitán Haralan me llevaba por la calle Ladislao.

Esta calle va a terminar en la catedral de San Miguel, un monumento del siglo XIII en el que aparece mezclado y confundido lo románico y lo gótico, y cuyo estilo arquitectónico carece de pureza. Tiene, no obstante, esta catedral,

cosas muy hermosas y dignas, seguramente, de llamar la atención de los inteligentes: su fachada flanqueada de dos torres, su cúpula, el retablo, el gran rosetón que atraviesan los rayos del sol poniente, y su ábside, en fin, con sus múltiples arbotantes.

-Más adelante tendremos ocasión de visitar el interior todo lo detenidamente que sea menester -observó el capitán Haralan.

-Como usted guste y disponga -repliqué-. Usted es mi guía, y estoy dispuesto a seguirle donde crea conveniente llevarme.

-Pues entonces subamos hasta el Castillo; luego daremos la vuelta a la población por los bulevares y llegaremos a casa a la hora del almuerzo.

-¿No hay peligro de que nos retrásemos?

-Ya procuraremos que no sea así.

-Bien, en usted confío, y suya será la responsabilidad si nos hacemos esperar más de lo debido en el hotel Roderich.

-Y yo acepto esa responsabilidad.

Posee Raab algunos templos de los ritos luterano y griego, sin ningún valor arquitectónico, y muchas otras iglesias, porque los católicos se encuentran en mayoría considerable. El reino de Hungría pertenece principalmente a la religión apostólica romana, aun cuando Budapest, su capital, sea, después de Cracovia, la ciudad que encierra mayor número de judíos. Allí, lo mismo que sucede, por otra parte, en muchos sitios, la fortuna de los magnates ha pasado casi por entero a manos de los judíos.

Al dirigirnos hacia el Castillo tuvimos que atravesar un arrabal bastante animado a la sazón en el que pululaban y se oprimían vendedores y compradores.

En el instante preciso en que llegábamos a una plazuela, ocurría allí un pequeño tumulto, cuyo alboroto no podía explicarse suficientemente por el barullo de las transacciones.

Algunas mujeres que habían abandonado sus puestos respectivos rodeaban a un hom-



bre, un campesino, que acababa de rodar por tierra y se levantaba con gran esfuerzo.

El hombre parecía presa de la más viva cólera:

-Les digo que me han golpeado. Que alguien me ha empujado, haciéndome caer.

-¿Y quién iba a golpearte? -replicó una de aquellas mujeres-. Te hallabas solo en el momento. Yo te estaba viendo perfectamente. No había nadie en este sitio.

-Sí -afirmaba el hombre-, recibí un empujón aquí en pleno pecho. ¡Yo lo he notado perfectamente, qué demonio!

-¡ No es posible, hombre, te digo que no había nadie!

-Posible o no, yo digo lo que me ha pasado.

El capitán Haralan, que interrogó al campesino, obtuvo de él la siguiente explicación del caso:

«Avanzaba tranquilamente, cuando de pronto experimentó una violenta sacudida,

como si un hombre vigoroso hubiera chocado rudamente contra él, sacudida tan sumamente violenta, que se había visto derribado sin poderlo remediar. En cuanto a decir quién había sido el agresor, érale de todo punto imposible, porque al levantarse no había visto a nadie a su lado. »

¿Qué parte de verdad contenía este relato? ¿Había recibido realmente el campesino un choque tan brutal como imprevisto?

Un empujón no se produce así como así, sin que haya nadie que empuje, aunque no fuese más que el viento; y la atmósfera estaba perfectamente tranquila.

Una sola cosa resultaba cierta, y era que se había producido una caída, y una caída, de verdad; bastante inexplicable.

De ahí el alboroto que a nuestra llegada a la plazuela hubimos de escuchar.

Decididamente, era preciso que el individuo que había figurado como víctima hubiera padecido una alucinación, o que estuviera bo-

racho. Un borracho se cae por sí solo nada más que en virtud de las leyes de la caída de los cuerpos.

Tal fue, indudablemente, la opinión general, aun sabiendo que el campesino aseguraba que no había probado una gota de vino; mas, a pesar de sus protestas, nadie le dio crédito, y la policía hubo de invitarle con alguna rudeza a que prosiguiese su camino.

Terminado el incidente, seguimos por una de las calles ascendentes que se dirigen hacia el Este de la ciudad. Hay allí un intrincado cruzamiento de calles y callejuelas, verdadero laberinto del que un extranjero no podría salir.

Llegamos, por fin, ante el Castillo, sólidamente edificado sobre una de las cimas de la colina de Wolkang.

Era realmente la fortaleza de las ciudades húngaras, la acrópolis, el "Var", para servirnos de la denominación magiar, la ciudadela de la época feudal, tan amenazadora para los

enemigos de fuera, hunos o turcos, como temida por los vasallos del señor.

Altas murallas, almenadas, con barbacanas y saeteras, flanqueadas de macizas torres, la más elevada de las cuales dominaba toda la región circundante.

El puente levadizo, tendido sobre el foso cubierto de millares de arbustos silvestres, nos condujo a la poterna y nos permitió el acceso a la fortaleza.

El grado del capitán Haralan nos abrió, naturalmente, las puertas del viejo castillo, cuyo valor e importancia militares no son, en verdad, muy grandes. Los pocos soldados que

lo guarnecían hicieron a mi amigo los honores militares que le correspondían, y una vez en la plaza de armas, el capitán Haralan me propuso subir a la torre, que ocupa uno de sus ángulos.

Nada menos que doscientos cuarenta peldaños tiene la escalera de caracol que lleva a la plataforma superior; dando la vuelta en tor-

no del parapeto, mis miradas pudieron abarcar un horizonte más extenso que el de la torrecilla del hotel Roderich. Calculé en unas siete leguas la parte visible del Danubio, cuyo curso oblicuaba entonces hacia el Este en la dirección de Neusatz.

-Ahora, mi querido Vidal -díjome el capitán Haralan-, que ya conoce usted la ciudad, puede ver cómo se extiende por entero a nuestros pies.

-Y lo que he visto -respondí -me ha parecido sumamente interesante, aun comparándolo con Budapest y Presburgo.

-Me satisface en gran manera esa opinión suya, y cuando haya terminado usted de visitar a Raab y se haya familiarizado con sus hábitos, con sus costumbres y con sus originalidades, no me cabe la menor duda de que conservará de ella un excelente recuerdo.

-Seguro estoy, aunque no sea más que juzgando por lo que yo he podido ver y admirar en su ciudad natal.

-Nosotros, los magiares, amamos mucho nuestras ciudades, y las amamos con un amor verdaderamente filial. Aquí, por otra parte, las relaciones entre las diversas clases sociales revelan una perfecta armonía y buena inteligencia. La clase acomodada socorre y atiende mucho a los humildes y desheredados, cuya cifra va decreciendo de año en año gracias a las instituciones de caridad. A decir verdad, encontrará usted aquí muy pocos pobres, y en todo caso la miseria es socorrida en cuanto se la conoce.

-Lo sé, como sé, asimismo, que el doctor Roderich no desdeña acudir frecuentemente en ayuda de los pobres, y sé también que la señora Roderich y la señorita Myra están al frente de varias instituciones de beneficencia.

-Mi madre y mi hermana no hacen sino lo que deben hacer las personas de su clase y

situación. En mi concepto, la caridad es el más imperioso de los deberes.

-Sin duda -dije-; ¡pero hay tantas maneras de entender su cumplimiento!

-Ese es el secreto de las mujeres y una de sus misiones aquí en la tierra.

-Sí, la más noble, seguramente.

-En fin, nosotros residimos en una población tranquila, en una ciudad pacífica, turbada apenas, o nada, por las pasiones políticas, aun cuando sea, sin embargo, muy celosa de sus derechos y de sus privilegios; privilegios y derechos que defendería tenazmente contra toda intromisión del poder central. No reconozco a mis conciudadanos más que

un defecto...

-¿Y es ?...

-El de sentirse un poco inclinados a la superstición, y creer demasiado en la intervención de lo sobrenatural. Las leyendas en que andan mezclados aparecidos y fantasmas, evo-

caciones y brujerías les agradan y complacen mucho.

-Así, pues, aparte del doctor Roderich, pues un médico debe por naturaleza y definición, tener la cabeza firme, su madre de usted y su hermana...

- Sí, y todo el mundo con ellas. Contra semejante debilidad, porque es una debilidad, no he conseguido ningún éxito en mis empeños. Tal vez Marcos me ayude.

- ¡A menos que la señorita Myra no le pervierta!

- ¡Quién sabe!

- Tratándose de artistas no hay mucho que fiar.

- Ahora mi querido Vidal, tenga la bondad de asomarse al parapeto. Dirija sus miradas hacia el Suroeste. Allí, a la extremidad de la población, podrá ver la terraza de una azotea.

- Sí, en efecto, y me figura que debe ser la del hotel Roderich.



- No se equivoca usted; ahora bien, en ese hotel hay un comedor y en ese comedor va a servirse inmediatamente un almuerzo, y como usted es uno de los comensales...

- A sus órdenes, mi querido capitán.

- Pues bien, dejemos al "Var" en su soledad feudal, que hemos interrumpido durante un momento, y regresemos siguiendo la línea de los bulevares, con lo cual atravesará usted el norte de la ciudad.

Instantes después habíamos cruzado la poterna.

Más allá de un hermoso barrio que se extiende hasta las afueras de Raab, los bulevares, cuyo nombre cambia a cada una de las grandes calles que lo cortan, describen, en una longitud de más de una legua, tres cuartos de círculo que cierra el Danubio; se hallan

adornados por cuatro filas de árboles en la fuerza de la edad. De un lado hay jardines y arboledas, más allá de las cuales se descubre la campiña, y por el otro lado se suceden las casas

lujosas, precedidas la mayor parte de un patio, en el que se advierten grupos de flores y cuya fachada posterior da a frescos jardines.

A aquella hora circulaban ya por el centro de los bulevares lujosos coches y por los paseos laterales grupos de jinetes y de amazonas elegantemente vestidos.

Al dar la última vuelta, tomamos por la izquierda a fin de descender por el bulevar Tekeli, en dirección del muelle Batthyani.

Pocos pasos más adelante advertí una casa aislada en el centro de los jardines. De aspecto triste, como si hubiera estado desalquilada, con sus ventanas cerradas por persianas que no debían abrirse casi nunca, invadida la parte baja de los muros por el musgo y la hiedra, contrastaba de una manera extraña con los demás hoteles del bulevar, todos alegres y animados, llenos de vida.

No parecía que la casa estuviera habitada, en el caso, que se antojaba dudoso, de que fuera verdaderamente habitable.

-¡Qué cosa más extraña! -murmuré entre dientes. El capitán Haralan notó mi sorpresa, aunque sin oír mis palabras.

-¿Decía usted?

-Mostraba mi extrañeza a la vista de esa casa de tan triste y desolado aspecto y que seguramente debe de estar hace tiempo deshabitada.

-Pues se equivoca usted, mi querido Vidal.

-¡Cómo! ¿Quiere decir que no hace mucho tiempo alguien residió ahí?

-Sí. Y no sólo no hace mucho tiempo, sino que debe de estar ocupada en la actualidad.

-¿Y a quién pertenece esa morada?

-A un ente original.

-Pues afea bastante el bulevar, y desentona lamentablemente en él. Creo que la ciudad debería comprarla y demolerla.

-Y tanto más, mi querido Vidal, cuanto que una vez la casa demolida, su propietario abandonaría indudablemente la ciudad y se iría

al diablo, su muy próximo pariente, si hemos de dar crédito a las buenas comadres de Raab.

-¡Hombre! ... ¿Y quién es ese notable personaje?

-Un alemán.

-¿Un alemán?

-Sí; un prusiano.

-¿Cómo se llama?

En el momento en que el capitán iba a responder a esta pregunta, abrióse la puerta de la casa y dos hombres salieron. El de más edad, que parecía tener unos sesenta años, permaneció en la escalinata, en tanto que el otro atravesaba el patio y franqueaba la verja de la calle.

-¡Toma -murmuró mi compañero- está aquí! Le creía ausente.

El individuo al cual me refiero, al dar la vuelta, nos descubrió. ¿Conocía al capitán Haralan? No pudo caberme duda sobre el particular, pues ambos cambiaron una mirada de mutua antipatía, que era bastante elocuente.

Pero también yo le había reconocido, y en cuanto se alejó algunos pasos de nosotros exclamé:

-Es él.

-¿Conocía usted ya a ese hombre? -me preguntó el capitán, no sin dejar transparentar cierta sorpresa.

-Sin género alguno de duda -respondí-, he viajado con él desde Budapest a Vukovar a bordo de la Dorotea. No esperaba, lo confieso, encontrármelo en Raab.

-¡Y preferible sería que no estuviese!

-No parece que se encuentre usted en la mejor armonía con ese alemán.

-¿Y quién podría estar en buenas relaciones con semejante tipo? Yo, además, tengo

razones especiales para estar peor dispuesto que los demás hacia él; bastará que le diga a usted que ese individuo tuvo la osadía de pedir la mano de mi hermana. Pero tanto mi padre como yo, se la rehusamos de la manera más

terminante, para que no le quedasen ganas de renovar sus pretensiones.

-¡Cómo! ¿Es ese hombre?

-¿Tenía usted, pues, ya noticia? ...

-Sí, y no ignoro que acabo de ver a Wilhelm Storitz, hijo de Otto Storitz, el ilustre químico de Spremberg.

Haralan me contestó afirmativamente.

## Capítulo VI

Dos días más transcurrieron, durante los cuales consagré todas mis horas libres a recorrer la ciudad. Hacía también largas paradas en el puente que une las dos orillas del Danubio con la isla Svendor, y no me cansaba de admirar el magnífico río.

Tendré que confesarlo: el nombre de Wilhelm Storitz, muy a mi pesar, asaltaba frecuentemente mi espíritu.

Era, pues, en Raab, donde ese individuo residía habitualmente, y según pude saber

pronto, con un solo sirviente, conocido por el nombre de Hermann, ni más simpático ni más abierto, ni más comunicativo que su amo. Hasta se me figuró que el tal Hermann recordaba por su tipo y figura y por su manera de andar al hombre que el día de mi llegada a Raab había parecido seguirnos a mi hermano y a mí, mientras paseábamos a lo largo del muelle.

Había creído conveniente no mencionar a Marcos el encuentro que el capitán Haralan y yo tuvimos en el bulevar Tekeli; tal vez habría experimentado alguna inquietud al saber que Wilhelm Storitz había regresado a Raab; ¿por qué nublar y entenebrece su ventura con la más ligera sombra de inquietud?

Me pesaba que aquel rival rechazado no estuviera ausente de la ciudad, por lo menos hasta el día, ya próximo, en que el matrimonio

de Marcos Vidal y Myra Roderich fuera un hecho consumado.

En la mañana del 16 me disponía para mi paseo habitual, que contaba prolongar ese día por la campiña de Raab, cuando mi hermano penetró en mi habitación.

-Tengo mucho que hacer -me dijo-, y espero que no te enfadarás si te dejo solo.

-Puedes marcharte, querido Marcos, y no te preocupes por mí.

-¿No ha de venir Haralan a buscarte?

-No, hoy no está libre; pero eso importa poco; iré a almorzar a cualquier fonda de la otra orilla del Danubio.

-Sobre todo, regresa antes de las siete.

-La mesa del doctor Roderich es demasiado buena para que pueda olvidarla.

-¡Glotón! Espero que no te olvidarás tampoco de la velada que se celebrará pasado mañana en la casa de Roderich; podrás aprovecharla para estudiar la aristocracia de Raab.

-Una velada de esponsales, Marcos.



-Sí, si así lo prefieres, pero más bien puede llamarse de contrato; hace mucho tiempo que mi querida Myra y yo somos prometidos. Hay momentos en que creo que lo hemos sido siempre.

-¡Sí, de nacimiento!

-¡Tal vez!

-Entonces, ¡adiós, al más dichoso de los hombres!

-Te apresuras demasiado al calificarme así; espera para ello a que mi novia se convierta en mi mujer.

Retiróse Marcos después de estrecharme afectuosamente la mano, y estaba yo a punto de partir cuando llegó el capitán Haralan, cosa que me sorprendió bastante, pues habíamos quedado en que no podíamos vernos aquel día.

-¡Usted! -exclamé-. Me causa usted una agradable sorpresa.

Me pareció que el capitán Haralan estaba algo preocupado y se limitó a responder:

-Mi padre desea hablarle y le aguarda en casa.

-Voy con usted -respondí, bastante sorprendido y hasta inquieto, sin saber por qué.

Mientras avanzábamos, uno al lado de otro, por el muelle Batthyani, el capitán Haralan no pronunció una sola palabra; ¿qué ocurría y qué clase de comunicación tendría que hacerme el señor Roderich? ¿Se trataría del matrimonio de Marcos?

Así que llegamos, el criado nos introdujo en el despacho del doctor. La señora Roderich y su hija habían ya salido y mi hermano debería reunirse, sin duda, con ellas.

El doctor se encontraba solo en su despacho, sentado ante la mesa, y al volverse, me pareció tan preocupado como su hijo.

«Algo ocurre -pensé-, y seguramente Marcos nada sabía cuando nos separamos esta mañana.»

En tanto que el capitán Haralan permanecía en pie, apoyado en la chimenea, tomé

asiento en un sillón frente al doctor, y esperé, no sin alguna inquietud, que el doctor tomase la palabra y me hablara del objeto de su llamada.

-En primer lugar -me dijo-, le doy las gracias por haber atendido mi llamada y haber acudido a esta casa.

-Estoy por completo a sus órdenes, señor Roderich -respondí.

-He deseado conversar con usted en presencia de Haralan.

-¿ Se trata de la boda de mi hermano y la señorita Myra?

-En efecto.

-¿Es algo grave lo que tiene que decirme?

-Sí y no, pero en cualquier caso, ni mi mujer, ni mi hija, ni su hermano Marcos están enterados del asunto; he preferido que ignoraran lo que voy a decirle, y usted me dirá si he obrado bien al hacerlo así.

Instintivamente asocié en mi espíritu lo que el doctor iba a manifestarme y el encuentro que el capitán Haralan y yo tuvimos ante la misteriosa casa del bulevar Tekeli.

-Ayer por la tarde -prosiguió el doctor- cuando mi esposa y mi hija habían ya salido, a la hora de consulta el criado me anunció un visitante que hubiera preferido no recibir; este visitante era Wilhelm Storitz. Pero acaso ignore usted que ese alemán...

-Estoy enterado -respondí.

-Sabrá, pues, que hará unos seis meses, antes de que su hermano hiciera la petición que tan bien acogimos, Wilhelm Storitz solicitó la mano de mi hija. Después de consultar a mi mujer y a mi hijo, que compartieron mi repugnancia por semejante matrimonio, respondí a Wilhelm Storitz que no podíamos aceptar su proposición. En vez de inclinarse ante esa negativa, renovó su demanda, y yo le repetí la respuesta anterior, de modo que no le quedase la menor esperanza de un cambio de parecer.

Mientras el doctor estaba hablando, el capitán Haralan iba y venía por la habitación deteniéndose muchas veces junto a una de las ventanas para mirar en dirección al bulevar Tekeli.

-Señor Roderich -repliqué-, tenía conocimiento de esa petición, y sé también que fue hecha antes que la de mi hermano.

-Tres meses antes aproximadamente.

-De modo -proseguí- que no fue porque hubiese sido aceptado ya, por lo que se negó a Wilhelm Storitz la mano de Myra, sino única y exclusivamente porque semejante matrimonio no entraba en los cálculos de ustedes, ¿verdad?

-Justamente; jamás hubiéramos consentido esa unión, que no podía convenirnos desde ningún punto de vista, y a la que Myra habría opuesto la negativa más rotunda y categórica, si de ello hubiera tenido noticia.

-¿Y fue la persona o la situación de Wilhelm Storitz lo que dictó la resolución de ustedes?

-Su situación monetaria es, probablemente, bastante buena -respondió el doctor-; créese que su padre le legó una fortuna considerable, debida a fructuosos descubrimientos; en cuanto a su persona...

-Le conozco, señor Roderich.

-¡Ah! ¿Le conoce usted?

Le expliqué en qué condiciones había encontrado a Wilhelm Storitz en la Dorotea, sin sospechar ni remotamente quién pudiera ser. Durante más de cuatro días, aquel alemán

fue mi compañero de viaje entre Budapest y Vukovar, donde creía yo que había desembarcado, ya que no se hallaba a bordo a mi llegada a Raab.

-Y por fin -añadí-, durante uno de nuestros paseos, el capitán Haralan y yo pasamos ante su casa, y pude reconocer a Wilhelm Storitz en el momento en que salía.

-Pues por Raab corrió el rumor de que estaba fuera desde hacía varias semanas -dijo el doctor Roderich.

-Eso se creía, y así debía de ser, puesto que Vidal lo vio en Budapest -intervino el capitán Haralan-; pero lo cierto es que ha regresado.

La voz del capitán Haralan denotaba una profunda irritación.

El doctor prosiguió en estos términos:

-Le he contestado a usted, señor Vidal, acerca de la situación de Wilhelm Storitz. En cuanto a su modo de vivir, ¿quién podría alabarse de conocerlo? Es un ser enigmático.

No parece sino que ese hombre viva fuera de la humanidad.

-¿No habrá en ello alguna exageración? -observé.

-Sin duda se exagerará algo; pertenece, no obstante, a una familia bastante sospechosa, y antes que él, la vida de su padre se prestaba a las más singulares leyendas.

-Que le han sobrevivido, doctor, a juzgar por lo que leí en un periódico de Budapest, a propósito del aniversario que se celebra todos

los años en Spremberg, en el cementerio de la ciudad. De creer a ese periódico, el tiempo no ha debilitado ni hecho desaparecer las supersticiosas leyendas a que se ha referido usted; era un hechicero, según aseguran, que poseía secretos del otro mundo y disponía de un poder sobrenatural; todos los años se espera, al parecer, que se produzca algún fenómeno extraordinario y sorprendente en su tumba.

-No se extrañará usted, pues, señor Vidal -continuó el doctor Roderich- en vista de lo que se cuenta de Spremberg, que en Raab ese Wilhelm Storitz sea considerado como un

personaje extraño. Tal es el hombre que pidió la mano de mi hija, y que ayer tuvo la audacia de renovar su demanda.

-¡Ayer! -exclamé.

-Ayer mismo.

-Y aunque no fuese quien es -dijo el capitán Haralan-, siempre sería un prusiano, y esto hubiera bastado para rechazar semejante alianza.



Toda la antipatía que experimenta la raza magiar por la germánica se traslucía en aquellas palabras.

-He aquí -prosiguió el doctor- cómo han ocurrido las cosas; bueno será que ustedes lo sepan. Cuando me anunciaron la visita de Wilhelm Storitz, vacilé un momento.

¿Debería recibirle u ordenarle que le dijeran que no podía atenderle?

-Tal vez habría sido preferible esto, padre -dijo el capitán Haralan- porque después del fracaso de su primera tentativa, ese hombre debiera haber comprendido que le estaba vedado poner aquí los pies bajo cualquier pretexto.

-Sí, tal vez -asintió el doctor-; pero temí que promoviese algún escándalo.

-¡Al que yo habría puesto fin inmediatamente!

-Y precisamente porque te conozco -dijo el doctor, estrechando la mano de su hijo-, fue por lo que preferí obrar con prudencia. Y a

propósito, suceda lo que suceda, apelo a tu afecto, por tu madre, por mí y por tu hermana, cuya situación sería sumamente enojosa si su nombre sonara unido a un escándalo provocado por Wilhelm Storitz.

A pesar de hacer poco tiempo que conocía al capitán Haralan, juzgábale de un carácter vivo, y celoso en extremo de cuanto se refiriera a su familia; así es que consideraba

verdaderamente deplorable que el rival de Marcos hubiese vuelto a Raab, y sobre todo, que hubiera renovado sus tentativas.

El doctor acabó de contarnos en pormenores aquella visita.

Tuvo lugar en el mismo despacho donde nos encontrábamos en aquel instante. Wilhelm Storitz había empezado a hablar en un tono que revelaba una tenacidad muy poco

corriente. Según él, no podía extrañarse el doctor Roderich de que fuera a verle e hiciese una segunda tentativa, después de su regreso a

Raab, regreso que, según él, tuvo lugar cuarenta y ocho horas antes.

En vano fue que el doctor insistiera muy formal y seriamente en su negativa; Wilhelm Storitz no quiso darse por vencido, y llegando hasta a encolerizarse, declaró que los esposales de mi hermano y de Myra no le harían renunciar a sus pretensiones, pues amaba a la joven, y que si no era de él, tampoco sería de nadie.

-¡Insolente! ¡Miserable! -repetía el capitán Haralan-. Se ha atrevido a hablar de esa manera, y yo no estaba aquí para tirarle por la ventana.

«Decididamente -pensé- si estos dos hombres llegan a encontrarse frente a frente será difícil impedir el escándalo que tanto teme el doctor.»

-Dichas esas palabras -prosiguió el doctor-, me levanté diciéndole que daba por terminada nuestra entrevista; el matrimonio de Myra estaba decidido y se celebraría dentro de muy

pocos días... «Ni dentro de pocos días, ni dentro de muchos», respondió Wilhelm Storitz. «Caballero -le dije, mostrándole la puerta- tenga la bondad de salir.»

Cualquier otro habría comprendido que su visita no podía prolongarse; pues bien, él

permaneció aquí; cambió de tono, intentó obtener por las buenas lo que no logró por la violencia. Por lo menos, me pidió que se aplazase el matrimonio. Dirigíme entonces hacia la chimenea para llamar al criado, pero me agarró del brazo y, presa nuevamente de la cólera, elevó la voz hasta el punto de que debía de oírsele desde fuera; afortunadamente, ni mi mujer ni mi hija habían vuelto aún a casa; Wilhelm Storitz accedió por fin a retirarse, no sin proferir antes insensatas amenazas: Myra no se casaría con Marcos, pues surgirían tales obstáculos que la boda sería imposible; los Storitz disponían de medios que desafiaban todo poder humano, y no vacilaría en servirse de ellos contra la imprudente familia que así le recha-

zaba. Y diciendo esto, abrió violentamente la puerta del despacho y salió furioso, cruzándose con algunas personas que esperaban turno en la galería y dejándome muy impresionado por sus enigmáticas palabras.

Ni una sola frase de toda esta escena había sido referida a la señora Roderich, ni a su hija, ni a mi hermano; era preferible evitarles esa inquietud; por otra parte, conocía yo lo bastante a Marcos para temer que quisiese, como el capitán Haralan, añadir a la escena una segunda parte.

Sin embargo, este último se rindió ante las razones de su padre.

-¡Sea! -dijo-. No iré a castigar a ese miserable; pero, ¿y si es él quien viene a mí? ¿Si es él quien se mete con Marcos? ¿Si es él quien nos provoca?

El doctor Roderich no supo qué replicar.

Nuestra conversación terminó con el acuerdo de mantenernos a la expectativa; el incidente permanecería ignorado de todos si

Wilhelm Storitz no pasaba de las palabras a los hechos.

Y por otra parte, ¿qué podría hacer él? ¿Qué medios podía emplear para impedir la celebración de la boda?

¿Sería, acaso, obligando a Marcos por un insulto público a tener un desafío con él?

¿No sería más bien ejerciendo alguna violencia contra Myra Roderich? Pero, ¿cómo iba a penetrar en la casa, donde no sería recibido? No estaría en su poder forzar las puertas; el doctor Roderich, además, no vacilaría, si fuera preciso, en prevenir a las autoridades, que sabrían volver a la razón a aquel loco.

Antes de separarnos, el doctor suplicó de nuevo a su hijo para que no provocase a aquel insolente personaje, y sólo violentándose mucho, accedió a ello el capitán Haralan.

Nuestra plática se había prolongado lo bastante para que la señora Roderich, su hija y mi hermano hubiesen tenido tiempo de regresar a la casa; tuve que quedarme a almorzar,

viéndome precisado a dejar para la tarde mi excursión a los alrededores de Raab.

No hay que decir que tuve que inventar una razón plausible para justificar mi presencia en el despacho del doctor. Marcos no sospechó nada y el almuerzo terminó en medio de la mayor alegría.

Cuando nos hubimos levantado de la mesa, Myra me dijo:

-Señor Vidal, ya que hemos tenido el gusto de encontrarle hoy aquí, no se separará ya de nosotros en todo el día.

-¿Y mi paseo? -objeté.

-Lo daremos juntos.

-Es que yo había contado con que fuera largo.

-Pues largo será.

-A pie.

-Pues a pie... Pero, ¿es necesario ir lejos? Estoy segura de que aún no ha admirado usted en toda su belleza la isla Svendor.

-Debía hacerlo mañana.

-Pues bien, lo haremos hoy.

En compañía, pues, de las damas y de Marcos, visité la isla Svendor, transformada en jardín público, una especie de parque con bosquesillos, villas y atracciones de toda clase.

Sin embargo, mi espíritu no estaba por entero en el paseo. Marcos advirtió mi distracción, y a sus preguntas tuve que darle una respuesta evasiva.

¿Era acaso que abrigaba el temor de que tropezásemos con Wilhelm Storitz? No, pensaba más bien en lo que él había dicho al doctor Roderich: «Surgirán tales obstáculos, que la boda será imposible... Los Storitz disponen de medios que desafían todo poder humano.»

¿Qué significaban esas palabras? ¿Debían tomarse en serio? Me prometí tener una explicación con el doctor en cuanto estuviéramos solos.

Aquella jornada y la del día siguiente transcurrieron sin novedad; comenzaba a tranquilizarme; no había vuelto a verse a Wilhelm



Storitz, quien, no obstante, no había abandonado la ciudad; la casa del bulevar Tekeli continuaba habitada; al pasar por delante de ella vi salir a Hermann, el criado; una de las veces el propio Wilhelm Storitz apareció en una de las ventanas, con la mirada fija en dirección del hotel Roderich.

En este estado de cosas, llegó la noche del 17 al 18 de mayo y ocurrió lo siguiente:

Cerradas las puertas de la catedral, y sin que nadie hubiese podido entrar sin ser visto, la notificación del matrimonio de Marcos Vidal y Mira Roderich fue arrancada del cuadro, y por la mañana se hallaron los trozos desgarrados y arrugados; se substituyó la amonestación; pero una hora más tarde, esta vez en pleno día, el nuevo anuncio corrió la misma suerte que el anterior, y así hasta tres veces en el transcurso del día, sin que fuera posible echar mano al culpable; cansados de ello, tuvieron los encargados que proteger con una tela metálica, el cuadro de amonestaciones, fuera de costumbre.

Este estúpido atentado dio bastante que hablar, al principio, pero luego nadie volvió a pensar en ello. Sin embargo, el doctor Roderich, Haralan y yo le concedimos más seria atención; ni por un instante dudamos que aquello constituía el primer acto de las hostilidades anunciadas, especie de escaramuza inicial de la guerra que en cierto modo nos había declarado el insensato de Wilhelm Storitz.

## Capítulo VII

¿Quién podía ser el autor de aquel acto incalificable, sino el único que tenía interés en cometerlo? ¿Iría aquel primer ataque seguido de otros actos más graves? ¿No significaba el comienzo de las represalias contra la familia Roderich?

A primera hora, el doctor Roderich fue informado del incidente por su hijo, quien

inmediatamente después vino al hotel Temesvar.

Fácil es imaginar el estado de irritación en que se encontraría el capitán Haralan ante aquellos acontecimientos.

-¡Ese bribón es el que ha dado el golpe! -decía-. No sé cómo se las ha compuesto, y no se contentará con eso indudablemente, pero no le dejaré seguir adelante.

-Conserve su sangre fría -dije-, y no vaya a cometer alguna imprudencia, que pudiese complicar la situación.

-Mi querido Vidal; si mi padre me hubiese prevenido antes de que ese hombre hubiera salido del hotel, o si después me hubiese dejado obrar, a estas fechas nos habríamos desembarazado ya de él.

-Sigo creyendo, mi querido Haralan, que ha sido mejor que no se haya puesto en evidencia.

-¿Y si continúa?

-Será cuestión de reclamar la intervención de la policía. Piense usted en su madre y en su hermana.

-¿No van a saber lo que acontece?

-No se les dirá nada ni a ellas ni a Marcos. Después de la boda veremos qué actitud es conveniente adoptar.

-¿Después? ¿Y si entonces es demasiado tarde?

Aquel día, en la casa, y cualesquiera que fuesen las preocupaciones del doctor Roderich, su mujer y su hija no se ocupaban más que de la velada que iba a darse esa misma noche; habían querido hacer bien las cosas, como suele decirse. El doctor, que era amigo de la mejor sociedad de Raab, había hecho un gran número de invitaciones; como en terreno neutral se encontrarían en su casa la aristocracia y el ejército, la magistratura y los funcionarios; el gobernador de Raab había aceptado la invitación del doctor, con quien le unía antigua amistad personal.

Los salones de la casa bastarían para contener los ciento cincuenta invitados que debían reunirse aquella noche; en cuanto a la cena, sería servida en la galería al final de la velada.

Nadie pensará en admirarse de que la cuestión del traje hubiese preocupado a Myra

Roderich, ni que Marcos hubiera querido aportar a ella su buen gusto de artista. Por otra parte, Myra era magiar y el magiar, cualquiera que sea su sexo, se preocupa mucho de la vestimenta; lo lleva en sí, lo mismo que el amor a la danza, amor que llega hasta la pasión; aplicándose, pues, lo que he dicho de Myra a todas las damas y todos los caballeros, podía presumirse que aquella velada iba a ser muy brillante.

Por la tarde habían terminado los preparativos; yo permanecí todo aquel día en casa del doctor, esperando la hora de proceder a mi tocado, como un verdadero magiar.

En un instante en que estaba asomado a una de las ventanas que dan al muelle Batthyani, tuve el gran disgusto de ver a Wilhelm Storitz; ¿era la casualidad lo que allí le llevaba? Indudablemente, no; paseaba lentamente por el muelle, con la cabeza inclinada, pero cuando se halló frente a la casa, se enderezó, y ¡qué mirada brotó de sus ojos! Pasó varias veces, y la señora Roderich no dejó de advertirlo; lo señaló al doctor, que limitóse a tranquilizarla sin decir nada de la reciente visita del enigmático personaje.

Añadiré que cuando Marcos y yo salimos para dirigirnos al hotel Temesvar, nos cruzamos con Wilhelm Storitz en la plaza Magiar; tan pronto como vio a mi hermano se detuvo con un movimiento brusco y pareció vacilar, como si hubiese querido acercarse a nosotros; mas permaneció inmóvil, pálido el rostro y los brazos con una rigidez cataléptica... ¿Iría a caer al suelo? Sus fulgurantes ojos lanzaban a Mar-

cos miradas terribles, que Marcos afectaba no ver.

-¿Te has fijado en ese individuo? -me preguntó mi hermano en cuanto le hubimos dejado atrás.

-Sí, Marcos.

-Es el Wilhelm Storitz de quien te he hablado.

-Ya lo sé

-¿Le conocías?

-El capitán Haralan me lo ha mostrado una o dos veces.

-Creía que estaba fuera de Raab.

-Parece que no, o por lo menos si se fue, ha vuelto.

-¡Poco importa, después de todo!

-Sí, poco importa -respondí.

Pero, a mi juicio, la ausencia de Wilhelm Storitz hubiera sido mucho más tranquilizadora para todos nosotros.

Serían las nueve de la noche cuando los primeros carruajes se detenían ante la casa de Roderich y comenzaban a llenarse los salones.

El doctor, su esposa y su hija recibían a los invitados a la entrada de la galería, resplandeciente de luces. No tardó en ser anunciado el gobernador de Raab. Con grandes muestras de simpatía, Su Excelencia presentó sus respetos a la familia; Myra fue particularmente el objeto de sus cumplidos, así como mi hermano. De todas partes llegaban las felicitaciones a los prometidos.

Entre nueve y diez llegaron las autoridades de la ciudad, los oficiales, los compañeros del capitán Haralan, quien, a pesar de reflejar en su rostro alguna preocupación, se esforzaba por acoger amablemente a los invitados.

Los tocados de las señoras resplandecían en medio de los uniformes y de los trajes de etiqueta; todas aquellas personas iban y venían por los salones y la galería; se admiraban



los regalos expuestos en el despacho del doctor, las alhajas y los bibelots, entre los cuales los de mi hermano revelaban un gusto exquisito pocas veces visto.

Sobre una de las consolas del salón grande hallábase depositado el contrato, que había de ser firmado en el transcurso de la velada; y sobre otra consola estaba colocado un magnífico ramo de rosas y flores de azahar, el ramo de los esponsales, y según la costumbre magiar, cerca del ramo, y sobre un almohadón de terciopelo, reposaba la corona nupcial que debía llevar Myra el día de la boda, al dirigirse a la catedral.

La velada comprendía tres partes: un concierto y un baile, separados por la firma solemne del contrato; el baile no debía comenzar hasta después de medianoche, y tal vez la mayor parte de los invitados lamentasen que empezara tan tarde, pues, como he dicho, no hay diversión a la que con mayor placer y ardor se entreguen los húngaros.

La parte musical había sido encomendada a una notable orquesta de cíngaros; esta orquesta, de gran fama en el país magiar, no se había dejado oír aún en Raab; los músicos y el director entraron a la hora señalada en la sala.

No ignoraba yo que los húngaros son muy entusiastas de la música, pero, según una

observación muy acertada, existe entre ellos y los alemanes una diferencia muy marcada en la manera de apreciar su encanto; el magiar es un diletante, no un actor; no canta, o canta poco; escucha, y cuando se trata de la música nacional, escuchar es para él una cosa seria y a la vez un placer de extraordinaria intensidad.

La orquesta se componía de una docena de artistas, bajo la dirección de un jefe, e iban a ejecutar sus más hermosas creaciones, esas czardas que son cantos guerreros, marchas militares, que el magiar, hombre de acción, prefiere a las baladas alemanas, románticas y soñadoras.

Tal vez cause extrañeza que para una velada de esponsales no se hubiese escogido una música más apropiada a esa clase de ceremonias, pero la tradición no es ésa, y Hungría es el país de las tradiciones y permanece fiel a sus melodías populares; lo que necesita son aires animados; esas marchas rítmicas que evocan el recuerdo de los campos de batalla y celebran las hazañas de su historia.

Los cingaros vestían sus típicos trajes; no me cansaba de observar aquellos tipos tan curiosos, sus ojos brillantes bajo espesas y pobladas cejas, sus pómulos salientes, su blanca dentadura, que deja al descubierto los labios; sus cabellos negros, ondulando sobre la frente.

El repertorio de la orquesta produjo un gran efecto; los invitados escuchaban con religiosa atención, rompiendo luego en frenéticos aplausos; de esta manera fueron acogidas las piezas más populares, que los cingaros ejecutaron con una maestría capaz de despertar los ecos más completos de la puszta.

El tiempo destinado a esta audición había transcurrido. Por mi parte, había experimentado un placer de los más vivos en aquel ambiente magiar, y llegando a mis

oídos, en los silencios de la orquesta, el lejano murmullo del Danubio.

No me atrevería a afirmar que Marcos hubiese gozado del encanto de aquella extraña música; había otra más dulce, más suave y tierna, más íntima, que embriagaba por completo su alma; sentado al lado de Myra Roderich, se hablaban con los ojos, cantando esas romanzas sin palabras que hechizan el corazón de los novios.

Tras los últimos aplausos, el director de la orquesta se levantó, imitándole sus compañeros, y después de recibir las felicitaciones del doctor Roderich y del capitán Haralan, felicitaciones que parecieron alegrarles mucho, se retiraron.

Procedióse entonces, sin tardanza, a la firma del contrato, lo que se hizo con toda so-

lemnidad; hubo después lo que yo denominaría un entreacto, durante el cual los invitados abandonaron sus asientos, se buscaron, formando grupos según las simpatías de cada uno, dispersándose algunos por el jardín, brillantemente iluminado, en tanto que circulaban las bandejas cargadas de bebidas refrescantes.

Hasta aquel momento nada había venido a turbar el orden de la fiesta, y habiendo

comenzado bien, ninguna razón había para pensar que no terminase lo mismo. En verdad, si yo hubiera podido abrigar algún temor, si algunas inquietudes habían brotado en mi espíritu, debía haber recobrado toda mi tranquilidad.

Así fue que no escatimé mis felicitaciones a la señora Roderich.

-Le doy las gracias, señor Vidal -me respondió-, y me encuentro muy satisfecha de que mis invitados hayan pasado unas horas agradables; pero en medio de todas esas gentes

dichosas y alegres, yo no veo más que a mi querida hija y a su hermano Marcos; ¡son tan felices!

-Es una felicidad que le deben a usted; ¿no es la felicidad de sus hijos la mayor gloria que pueden soñar un padre y una madre?

¿Por qué extraña asociación de ideas esta frase tan común trajo a mi mente el recuerdo de Wilhelm Storitz?

Por su parte, el capitán Haralan no parecía pensar ni acordarse lo más mínimo de él; ¿su tranquilidad y despreocupación era real o aparente, natural o simulada? No lo sé, pero lo cierto es que él iba de un grupo a otro animando aquella fiesta con su contagiosa alegría y era indudable que más de una joven húngara le miraría con cierto interés, pues hay que tener en cuenta que el capitán. Haralan gozaba de las simpatías de todos; simpatías que en aquella circunstancia la ciudad había querido demostrar a la familia Roderich.

-Mi querido capitán -le dije una de las veces que pasó por mi lado-, si el final de la velada no desmerece de su principio...

-No lo dude -contestó-; la música es una cosa buena, pero el baile es mucho mejor aún.

-¡Pardiez! -repuse-. Un francés no retrocederá ante un magiar; sepa usted que su hermana me ha concedido el segundo vals.

-¿Y por qué no el primero?

-¿El primero? ...

-¡Sí, debía ser usted el preferido!

-Se olvida usted de Marcos. A él le corresponde, por derecho y por tradición, el primer vals, ¿quiere usted que tenga yo un disgusto con mi hermano?

-Es verdad, mi querido Vidal; a los novios corresponde abrir el baile.

Reapareció la orquesta de los cíngaros, instalándose en el fondo de la galería; algunas mesas se habían dispuesto en el despacho del doctor, con objeto de que las personas serias, a quienes no conviniesen los valeses y las mazur-

kas, pudieran entregarse a los placeres del juego.

Ahora bien, la orquesta se hallaba presta a preludiar, esperando que el capitán Haralan diese la señal, cuando del lado de la galería, cuya puerta se abría al jardín, se oyó una voz, lejana todavía, de una sonoridad potente y ruda; era un canto extraño, de un ritmo raro, al que faltaba la tonalidad: eran frases no ligadas por ningún lazo melódico.

Las parejas, formadas ya para el primer vals, se habían detenido. Se escuchaba. ¿No se trataría de una sorpresa añadida a la velada?

El capitán Haralan se había acercado a mi lado.

-¿Qué es eso? -le pregunté.

-No lo sé -respondió, en un tono en el que se percibía cierta inquietud.

-¿De dónde procede ese canto? ¿De la calle?

-No... No lo creo.



En efecto, el sitio desde donde la voz llegaba a nosotros debía de ser el jardín, cerca de la galería hasta parecía que el que cantaba estaba a punto de entrar en ella.

El capitán Haralan me cogió del brazo y me condujo cerca de la puerta del jardín.

No había entonces en la galería más de unas doce personas, sin contar la orquesta, instalada en el fondo. Los demás invitados permanecían en los salones.

El capitán Haralan fue a colocarse en la escalinata. Le seguí, y nuestras miradas pudieron recorrer el jardín, iluminado en toda su extensión. No descubrimos a nadie.

Los esposos Roderich se unieron a nosotros en aquel momento, y el doctor dijo a su hijo algunas palabras, a las que éste respondió con un gesto negativo.

La voz, sin embargo, continuaba dejándose oír más acentuada, más imperiosa, y cada vez más próxima.

Marcos, conduciendo a Myra del brazo, reunióse con nosotros en la galería, en tanto que la señora Roderich permanecía junto a otras señoras, que la interrogaban, y a las que no

sabía qué contestar.

-¡Yo sabré lo que es! -dijo el capitán Haralan, descendiendo por la escalinata.

El doctor Roderich, varios criados y yo le seguimos.

De pronto, y cuando el cantor parecía hallarse a muy pocos pasos de la galería, cesó la voz.

El jardín fue recorrido de extremo a extremo y explorados todos los macizos. Como las iluminaciones no dejaban ningún rincón en la sombra, la investigación pudo ser minuciosa, y sin embargo no se encontró a nadie.

¿Era posible que aquella voz fuera la de un transeúnte retrasado que pasara por el bulevar Tekeli? Parecía esto poco verosímil, sobre

todo al comprobarse que el bulevar se hallaba completamente desierto.

Una sola luz brillaba, visible apenas a quinientos pasos hacia la izquierda, la que se filtraba por la terraza de la casa Storitz.

Cuando regresamos a la galería no pudimos responder a las preguntas que se nos dirigían de todos lados.

El capitán Haralan cortó las preguntas dando la señal para el principio del vals.

-Y bien -me preguntó Myra, riendo-, ¿no ha elegido usted su pareja para el vals?

-Mi pareja es usted, señorita; pero sólo para el segundo vals.

-Entonces, mi querido Enrique -dijo Marcos-, no vamos a hacerte esperar mucho.

Marcos se engañaba; mucho más tiempo del que él entonces creía, debía esperar yo el vals que Myra me había prometido; en realidad, sigo aún esperándolo.

Acababa la orquesta el preludio, cuando, sin que se viese al cantor, resonó nuevamente la voz esta vez en medio del salón.

Al susto y azoramiento de los invitados uniósese una viva indignación; la voz lanzaba a plenos pulmones el Canto del odio, de Federico Margrade; ese himno alemán que debe a su violencia, abominable celebridad. ¡Había allí una provocación palmaria al patriotismo magiar, un insulto directo y buscado!

¡Y a todo esto sin que se viera a aquel cuya voz sonaba en medio del salón! Estaba allí y no obstante nadie podía descubrirle.

Las parejas se habían dispersado, retirándose a la sala y a la galería dominaba el pánico a todo el mundo, especialmente a las señoras.

El capitán Haralan andaba por medio del salón con los ojos encendidos y extendidas las manos, como para coger al ser que escapaba a nuestras miradas.

En aquel momento cesó la voz con la última estrofa del Canto del odio.

Y entonces yo vi..., sí, y cien personas vieron como yo, lo que ellas mismas se negarían a creer si se lo hubiesen contado.

El ramo depositado sobre la consola, el ramo de esponsales, fue bruscamente arrancado, destrozado, y sus flores parecieron ser pisoteadas. ¡Y no fue solo esto, sino que el contrato se rasgó en el aire y sus pedazos cayeron al suelo!

El espanto dominó a todo el mundo; todos querían escapar del teatro de tan extraños y sorprendentes fenómenos. Por mi parte me preguntaba si estaba en mi sano juicio y si

debía dar crédito a aquellos inexplicables y absurdos sucesos.

El capitán Haralan acababa de reunirse conmigo, diciéndome, pálido de cólera:

-¡Ése es Wilhelm Storitz!

¿Wilhelm Storitz? ¿Estaba loco?

Si no lo estaba él, yo iba camino de serlo.

Estaba bien despierto, no soñaba, y sin embargo, vi, sí, vi, con mis propios ojos, cómo en aquel instante la corona nupcial se alzaba del almohadón sobre el que estaba colocada, sin que fuera posible descubrir la mano que la sostenía, y atravesaba el salón y la galería yendo a desaparecer entre los macizos del jardín.

-¡Esto es demasiado! -gritó el capitán Haralan, que salió rápidamente del salón, atravesó como una tromba el vestíbulo y se lanzó por el bulevar Tekeli.

Yo me precipité en su seguimiento. Corrimos hacia la casa de Wilhelm Storitz, una de cuyas ventanas continuaba brillando débilmente en medio de la noche; el capitán, asiendo la puerta de la verja, la sacudió rudamente. Sin darme perfecta cuenta de lo que hacía, uní a los suyos mis esfuerzos pero la puerta era sólida y nuestras fuerzas aunadas fueron estériles.

Pasados algunos minutos sin lograr nada, nuestra rabia fue aumentando en proporciones considerables, quitándonos el poco juicio que nos quedaba.

De súbito, la puerta giró sordamente sobre sus goznes.

El capitán Haralan se había equivocado al acusar a Wilhelm Storitz. Éste no había dejado su morada, puesto que era él mismo quien nos abría la puerta.

## Capítulo VIII

Desde las primeras horas del día, la noticia de los incidentes ocurridos en casa de

Roderich se extendió por toda la ciudad. Al principio, como yo me figuraba, el público no quería admitir que aquellos fenómenos fueran naturales. Y, sin embargo, lo eran; no podían

menos de serlo. Pero dar de ellos una explicación racional y aceptable, ya era otra cosa.

No juzgo necesario decir que la velada terminó con la escena que he referido.

Marcos y Myra parecían desolados; aquel ramo de esponsales pisoteado, el contrato desgarrado y roto aquella corona nupcial robada a nuestra vista. ¡Qué presagio tan funesto; qué augurio tan desfavorable en la víspera de una boda!

Durante el día que siguió, numerosos grupos se estacionaron ante la casa de Roderich, bajo las ventanas de la planta baja, que no habían vuelto a abrirse. La gente del pueblo, mujeres en su mayor parte, afluían al muelle Batthyani.

En aquellos grupos se charlaba y se comentaba los sucesos con gran animación; los

unos exponían las ideas más extravagantes, en tanto que los otros se contentaban con lanzar inquietas miradas a la casa de Roderich.



Ni la señora Roderich ni su hija habían salido aquella mañana, según acostumbraban.

Myra se había quedado al lado de su madre. Sumamente impresionada por las escenas de la víspera, estaba necesitada de descanso.

A las ocho abrió Marcos la puerta de mi habitación; venía acompañado del doctor y del capitán Haralan. Teníamos que cambiar impresiones, y tal vez adoptar algunas medidas urgentes, y era preferible que aquella conversación no tuviera lugar en la casa de Roderich. Mi hermano y yo habíamos regresado a altas horas de la noche, y desde muy temprano había salido Marcos en busca de noticias de la señora Roderich y de su prometida.

Luego, y a propuesta suya, el doctor y Haralan se habían apresurado a seguirle.

La conversación se entabló enseguida.

-Enrique -me dijo Marcos-, he dado orden de no dejar subir a nadie; aquí no se nos

puede oír y estamos solos, completamente solos.

¡En qué estado se encontraba mi hermano! Su rostro radiante de ventura la víspera, aparecía mortecino y extraordinariamente pálido.

El doctor Roderich hacía esfuerzos por contenerse, al revés de su hijo, que con los dientes apretados, la mirada extraviada, estaba dominado por una cólera impotente.

Por mi parte, me prometí conservar toda mi sangre fría.

Mi primer cuidado fue, naturalmente, el de informarme del estado en que se encontraban la señora Roderich y su hija tras los incidentes de la pasada noche.

-Una y otra -me respondió el doctor- están impresionadas por los incidentes de ayer, y necesitarán algunos días para reponerse; Myra, sin embargo, muy afectada al principio, ha hecho un llamamiento a su energía y se esfuerza en tranquilizar a su madre. Espero que el

recuerdo de esa velada se borrará pronto de su espíritu, y a menos que vuelvan a producirse esas deplorables escenas...

-¿Y por qué han de reproducirse? -dije yo-. No debe temerse eso, doctor. Las circunstancias en que se han producido esos fenómenos ( ¿puedo calificar de otro modo lo sucedido? ) no volverán a presentarse.

-¿Quién sabe? -replicó el doctor Roderich-. ¿Quién sabe? Por eso deseo vivamente que la boda se realice, pues comienzo a creer que las terribles amenazas que se me dirigieron...

El doctor no terminó esta frase, cuyo sentido era muy comprensible para el capitán Haralan y para mí; en cuanto a Marcos, que no tenía aún noticias de las últimas tentativas de Wilhelm Storitz, pareció no entender de lo que se hablaba.

El capitán Haralan tenía su opinión, pero guardó absoluto silencio, esperando, sin du-

da, que yo hubiese dado mi parecer acerca de los acontecimientos de la víspera.

-Señor Vidal -prosiguió el doctor-. ¿Qué piensa usted de todo ello?

Pensé que debía desempeñar el papel de un escéptico, que no quería tomar en serio las extrañas cosas de que habíamos sido testigos. Era preferible afectar no ver en ello nada singular y extraordinario, a causa de su misma inexplicabilidad; pero, en verdad, la pregunta del doctor no dejaba de embarazarme.

-Le confieso, señor Roderich -insinué-, que «todo ello», para servirme de su propia expresión, me parece no merecer que perdamos mucho tiempo en buscar su explicación.

¿Qué otra cosa se puede pensar sino que todos nosotros hemos sido víctimas de un bromista de mal género? Un mixtificador se deslizó entre los invitados y se ha permitido añadir a las distracciones del programa una escena de ventriloquia de un efecto deplorable. Usted

sabe perfectamente con qué arte maravilloso se realizan hoy día esos ejercicios.

El capitán Haralan se había vuelto hacia mí y me miraba fijamente, como para leer en mis pensamientos; su mirada decía claramente: «No estamos aquí para satisfacernos con explicaciones de ese género. »

El doctor respondió:

-Me permitirá, señor Vidal, que no crea lo que usted me dice.

-Doctor -repliqué-, no veo otra explicación, a menos de una intervención, que yo, por mi parte, rechazo, una intervención sobrenatural...

-Natural -interrumpió el capitán Haralan-, pero debida a procedimientos cuyo secreto no poseemos nosotros.

-Sin embargo -insistí-, en lo que concierne a la voz oída ayer, y que era indudablemente una voz humana, ¿por qué no había de ser un efecto de ventriloquia?

El doctor movía la cabeza, como hombre absolutamente refractario a semejante explicación.

-Lo repito -dije-, no es imposible que un intruso haya penetrado en el salón con la intención de desafiar el sentimiento nacional de los magiares, de herir su patriotismo con ese Canto del odio, venido de Alemania.

Después de todo, esta hipótesis era plausible, desde el momento en que quería mantenerse dentro de los límites de los hechos puramente humanos. Pero aun admitiendo esa hipótesis, el doctor Roderich tenía una respuesta muy sencilla que dar, y la dio en estos términos:

-Si acepto la posibilidad de que un mixtificador pudo introducirse en la casa, y de que hemos sido testigos de una escena de ventriloquia, lo cual no puedo en modo alguno creer, ¿qué me dice del ramo, y del contrato desgarrado, de la corona arrebatada por una mano invisible?

La razón, en efecto, se resistía a creer que tales incidentes pudiesen atribuirse a un escamoteador, por hábil y diestro que fuera. Y sin embargo, ¡hay magos tan hábiles!

El capitán Haralan quiso remachar el clavo, invitando:

-Hable, mi querido Vidal; ¿es acaso su ventrílocuo quien destruyó aquel ramo, flor a flor, quien desgarró aquel contrato en mil pedazos, quien robó aquella corona, paseándola a través de los salones?

No contesté.

-¿Pretendería usted, por casualidad -añadió el capitán Haralan, animándose-, que hayamos sido todos víctimas de una ilusión?

No, la ilusión no era admisible, habiéndose verificado el hecho ante más de un centenar de personas. Tras algunos instantes de un silencio, que en manera álgida trataba yo de romper, el doctor Roderich comentó:

-Aceptamos las cosas tal como son, y no intentemos dilucidar sus causas. Nos hallamos

en presencia de hechos que parecen escapar a toda explicación natural, y que, sin embargo, no pueden ser negados. No obstante, permaneciendo dentro de los dominios de lo real, veamos si alguien, no un bromista de mal género, sino un enemigo, habrá querido, por venganza, turbar esa velada de esponsales.

Esto era, en suma, colocar la cuestión en su verdadero terreno.

-¡Un enemigo! -exclamó Marcos-. ¿Un enemigo de su familia o de la mía, señor

Roderich? ¿Conoce usted alguno?

-Sí -afirmó el capitán Haralan-; el que antes que usted, Marcos, había pedido la mano de Myra.

-¿Wilhelm Storitz?

-Sí.

-¿Y por qué?

-Pues por eso, por no haber logrado lo que pretendía.

Pusimos entonces a Marcos al corriente de lo que aún ignoraba, refiriéndole el doctor la



nueva tentativa que pocos días antes hiciera Wilhelm Storitz; supo así mi hermano la contestación terminante y categórica del doctor Roderich, y las amenazas formuladas por Wilhelm Storitz, amenazas de naturaleza tal que justificaban hasta cierto punto las sospechas que abrigábamos de que el desdeñado alemán hubiese intervenido de alguna manera en las escenas de la víspera.

-¡Y nada me habían dicho ustedes de eso! -exclamó Marcos-. ¡Tan sólo hoy, cuando

Myra está amenazada, es cuando me lo advierten! Pues bien, corro al encuentro de Wilhelm Storitz, y yo sabré a qué atenerme.

-Déjenos a nosotros ese cuidado, Marcos. Ha sido la casa de mi padre la que se ha visto manchada por su presencia. Es, pues, cosa nuestra.

-¡Pero es mi prometida la que ha sido insultada! -respondió Marcos, que a duras penas podía contenerse.

Era evidente que la cólera les cegaba a ambos. Que Wilhelm Storitz hubiese intentado vengarse de la familia Roderich y que tratase de llevar a efecto sus amenazas, pase; pero que hubiera intervenido en las escenas de la víspera, desempeñando personalmente algún papel, era del todo inadmisibile. Mas no era con simples presunciones como podía acusársele y decir: «Usted se encontraba ayer noche en la mansión Roderich, en medio de los invitados. Usted fue quien trató de insultarnos con el Canto del odio; usted fue quien desgarró el contrato y destrozó el ramo de esponsales. Y por último, fue usted quien robó la corona nupcial. »

Nadie le había visto.

Por otra parte, ¿no le habíamos encontrado nosotros en su casa? ¿No fue él mismo quien nos abrió la puerta?

Era cierto que nos hizo esperar bastante tiempo, tiempo más que suficiente en todo caso

para permitirle regresar de la casa de Roderich; pero, ¿cómo admitir que pudiera hacer

ese trayecto sin ser visto por el capitán Haralan o por mí?

Repetí todo esto e insistí en que Marcos y el capitán Haralan tuviesen en cuenta mis observaciones, cuya lógica no podía menos de reconocer el doctor Roderich.

Pero ambos jóvenes se encontraban demasiado excitados para prestarme oídos, y uno y otro querían ir inmediatamente a la casa del bulevar Tekeli.

Por fin, y tras larga y empeñada discusión, hubo de adoptarse el único partido razonable: el partido que yo propuse en los siguientes términos:

-Amigos míos, trasladémonos al Ayuntamiento y pongamos al jefe de policía al corriente del asunto, si es que no lo está ya. Démosle cuenta de la situación en que ese alemán se halla respecto de la familia Roderich, y de qué clase de amenazas ha proferido contra

Marcos y su prometida. Expongamos las sospechas que pesan sobre él, y hasta declaremos que asegura disponer de medios que pueden desafiar todo poder humano. Quizá sea bravata pura; de todas maneras al jefe de policía corresponderá el ver si pueden adoptarse algunas medidas contra ese extranjero.

¿No era esto lo mejor, y hasta lo único que en aquellas circunstancias podía hacerse?

En estos asuntos la policía puede intervenir de un modo más eficaz que los particulares.

Si el capitán Haralan y Marcos se hubieran dirigido a casa de Wilhelm Storitz, tal vez no se habría abierto la puerta ante ellos. ¿Iban a intentar penetrar a la fuerza? ¿Con qué derecho? Pero ese derecho que ellos, particulares, no tenían, lo poseía la policía; a ella, pues, y sólo a ella correspondía que nos dirigiésemos.

De acuerdo todos se decidió que Marcos volviese a la casa de Roderich, en tanto que el

doctor, el capitán Haralan y yo nos dirigíamos al ayuntamiento.

Eran entonces las diez y media; todo Raab conocía ya los incidentes de la víspera.

Al ver, pues, al doctor y a su hijo dirigirse al ayuntamiento, fácil era adivinar los motivos que allí les conducían. Cuando hubimos llegado, el doctor se hizo anunciar al jefe de policía, quien inmediatamente dio orden de que se nos introdujera en su despacho.

El señor Henrich Stepark era un hombre de pequeña estatura, de rostro enérgico y mirada interrogadora, de una perspicacia y una inteligencia notables y de espíritu práctico y golpe de vista seguro. En diversas ocasiones había dado pruebas de gran habilidad. Podía tenerse la seguridad de que haría lo humanamente posible para aclarar los misteriosos sucesos del hotel Roderich. Pero ¿podía intervenir útilmente en circunstancias tan particulares que llegaban a traspasar los límites de lo verosímil?

El jefe de policía conocía, como todo el mundo, los detalles de aquel asunto, excepción hecha, claro está de aquello que sólo era conocido por el doctor, por el capitán Haralan y por mí.

-Esperaba su visita, señor Roderich -dijo después de los saludos de rigor-, y si usted no hubiera venido a mi despacho hubiera ido yo a su casa. Supe anoche mismo que en su casa habían sucedido cosas extrañas y que sus invitados habían experimentado un terror bastante lógico. Añadiré que ese terror se ha comunicado a toda la población, y se me figura que Raab tardará algún tiempo en recobrar la tranquilidad.

Comprendimos por estas palabras que lo más sencillo era esperar y aguardar con calma las preguntas del señor Stepark.

-Le preguntaré, en primer término, señor doctor, si ha incurrido en el odio de alguien, y si cree que a consecuencia de semejante odio ha podido intentarse una venganza co-

ntra su familia, y precisamente a propósito del matrimonio proyectado entre la señorita Myra Roderich y el señor Marcos Vidal.

-Así lo creo -respondió el doctor.

-¿Y de quién se trata?

-De un individuo llamado Wilhelm Storitz.

El capitán Haralan fue quien pronunció este nombre. El jefe de policía no pareció experimentar la menor sorpresa.

El doctor explicó entonces al señor Stepark que Wilhelm Storitz había pedido la mano de Myra Roderich; que más tarde había renovado su petición, y que tras una nueva negativa amenazó con impedir la boda, valiéndose de medios que desafiaban todo poder humano.

-Sí, sí -dijo el señor Stepark-, y comenzó rompiendo el edicto del matrimonio sin que fuera posible descubrirle.

Todos nosotros fuimos de esta opinión.

Nuestra unanimidad, con todo, no explicaba el fenómeno, a menos de atribuirlo a

alguna hechicería. Pero la policía se mueve en el dominio de la realidad, no es costumbre suya detener espectros, sino gentes de carne y hueso. El que arrancó el edicto, el destructor del ramo, y el ladrón de la corona, era y tenía que ser un ser humano perfectamente apresable. No faltaba más que detenerle.

El señor Stepark reconoció lo bien fundado de nuestras sospechas y de las pruebas

irrefutables que se alzaban contra Wilhelm Storitz.

-Ese individuo -dijo- me ha parecido siempre sospechoso, aun cuando jamás haya recibido queja alguna contra él. Su existencia es misteriosa. No se sabe cómo ni de qué vive. ¿Por qué abandonó Spremberg, su ciudad natal? ¿Por qué un prusiano de la Prusia meridional ha venido a establecerse en este país magiar, tan poco simpático a sus compatriotas? ¿Por qué se ha encerrado con un anciano criado en esa casa del bulevar Tekeli, donde jamás



penetra nadie? Lo repito, todo eso me parece sospechoso, muy sospechoso.

-¿Qué piensa usted hacer, señor Stepark? -preguntó el capitán Haralan.

-Lo más indicado -respondió el jefe de policía- es hacer un registro en esa casa, donde tal vez encontremos algún documento, algún indicio.

-Mas para esas pesquisas necesitará usted una autorización del gobernador, ¿verdad? -preguntó el doctor.

-Se trata de un extranjero que ha dirigido amenazas a su familia. Su Excelencia concederá esa autorización, no lo dude usted.

-El gobernador se encontraba en la velada de esponsales -observé.

-Lo sé, señor Vidal, y ya me ha hecho llamar a propósito de los extraños hechos de que fue testigo.

-¿Se los explicaba? -preguntó el doctor.

-No, no hallaba ninguna explicación razonable.

-Pero -dije yo- cuando sepa que Wilhelm Storitz está mezclado en este asunto...

-Sentirá los más vehementes deseos de esclarecerlo -respondió el señor Stepark-; tengan la bondad de esperarme, señores; voy directamente al palacio y antes de media hora

traeré conmigo la autorización para llevar a cabo las pesquisas necesarias en la casa del bulevar Tekeli.

-Adonde nosotros le acompañaremos -dijo el capitán Haralan.

-Perfectamente, si así lo desea usted, capitán, y usted, señor Vidal -manifestó el jefe de policía.

-Pues yo regreso a casa, donde les aguardaré para cuando terminen el registro -dijo el doctor.

-Y después que hayamos arrastrado al individuo, si a ello hubiere lugar -declaró el señor

Stepark, que me pareció decidido a llevar el asunto con toda actividad.

Partió el jefe de policía en dirección al palacio del gobernador, y el doctor salió al mismo tiempo que él, dirigiéndose a su casa, donde iríamos a encontrarle.

El capitán Haralan y yo nos quedamos en el despacho del señor Stepark haciendo comentarios acerca de los sucesos que nos preocupaban, íbamos por fin a franquear las puertas de aquella casa. ¿Se encontraría en ella su propietario? Preguntábame yo, inquieto, si el capitán Haralan podría contenerse cuando nos hallásemos en presencia de Wilhelm Storitz.

Tras una media hora de ausencia regresó el señor Stepark trayendo la autorización para proceder al registro, y adoptar todas aquellas medidas que le pareciesen necesarias.

-Ahora, señores -nos dijo-, tengan la bondad de salir antes que yo. Yo iré por un lado y mis agentes por otro, y dentro de veinte minutos nos encontraremos en la casa Storitz.

¿Convenido?

-Convenido -respondió el capitán.

Y ambos, salimos del ayuntamiento y bajamos hacia el muelle Batthyani.

## Capítulo IX

La dirección tomada por el señor Stepark le hacía pasar por el norte de la ciudad, en tanto que sus agentes, de dos en dos, atravesaban los barrios del centro. El capitán Haralan y yo, después de haber llegado a la extremidad de la calle Esteban I, seguimos el muelle a lo largo del Danubio.

Excepto en el barrio comercial, lleno de gente a aquella hora, los transeúntes eran muy raros; sin embargo si el jefe de policía y sus agentes hubiesen venido con nosotros no habríamos dejado de llamar la atención y era

preferible habernos separado al salir del ayuntamiento.

El capitán Haralan continuaba guardando silencio, y yo seguía abrigando temores de que no fuera dueño de sí y se entregase a algún acto de violencia al encontrarse con Wilhelm Storitz. Por ello llegaba casi a lamentar que el señor Stepark nos hubiese permitido acompañarle.

Un cuarto de hora nos bastó para llegar a la casa de Roderich. Ninguna de las ventanas de la planta baja se había abierto aún, así como tampoco las de las habitaciones de la señora Roderich y de su hija. ¡Qué contraste con la animación de la víspera!

El capitán Haralan se detuvo, y su mirada se fijó un instante en aquellas persianas corridas mientras un suspiro se escapaba de su pecho y su mano bosquejaba un ademán de amenaza, pero sin pronunciar una palabra.

Dada vuelta a la casa, subimos por el bulevar Tekeli y nos detuvimos cerca de la mo-

rada de Storitz. Un hombre paseaba ante la puerta con las manos en los bolsillos, como un indiferente: era el jefe de policía. El capitán Haralan y yo nos reunimos con él.

Casi enseguida aparecieron seis agentes en traje de paisano, quienes, a una señal de su jefe, se alinearon a lo largo de la verja. Les acompañaban un cerrajero, llamado para el caso de que fuera menester descerrajar la puerta.

Como de costumbre las ventanas de la casa de Wilhelm Storitz estaban cerradas.

-No hay nadie, sin duda -dije al señor Stepark.

-Vamos a saberlo -me respondió-, pero me sorprendería que la casa estuviera vacía; vea usted a la izquierda el humo que se escapa de aquella chimenea.

Un hilillo de humo se elevaba por encima del techo.

-Si el dueño no está en su casa -agregó el jefe de policía-, es probable que esté el criado, y

para abrirnos la puerta poco importa que sea el uno o el otro.

Por lo que a mí hace y teniendo en cuenta la presencia del capitán Haralan, habría preferido que Wilhelm Storitz estuviese ausente, y hasta que hubiera abandonado Raab.

El jefe de policía tiró del llamador, y aguardamos a que alguien se presentase, o que nos abriera la puerta desde el interior.

Un minuto transcurrió. Nadie. Segunda llamada.

-Tienen el oído duro en esta casa - observó el señor Stepark.

Luego, volviéndose hacia el cerrajero le dijo:

-Abra usted.

El cerrajero eligió un instrumento de los que a prevención llevaba y la puerta cedió sin dificultad.

El jefe de policía, el capitán Haralan y yo penetramos en el patio. Cuatro de los agen-

tes nos acompañaron, mientras los otros dos permanecían en el exterior.

Al fondo, una escalinata de tres peldaños daba acceso a la puerta de entrada de la casa, cerrada como la de la verja.

El señor Stepark llamó dos veces con su bastón.

Nadie le contestó y ningún ruido se dejó oír en el interior de la morada.

El cerrajero introdujo una de sus llaves en la cerradura y la puerta se abrió enseguida.

-Entremos -dijo el señor Stepark.

El jefe de policía dio unos pasos por el corredor iluminado por la luz que penetraba desde el jardín y gritó con voz fuerte:

-¿Hay alguien aquí?

No recibió respuesta ni después de repetir la llamada; ningún rumor se percibía en el interior de aquella casa. Lo único que oímos fue algo así como un frotamiento en una de las habitaciones laterales. Pero aquello era, sin duda, una ilusión.



El señor Stepark avanzó hasta el fondo del corredor. Yo iba detrás de él y el capitán Haralan me seguía.

Uno de los agentes se había quedado de guardia en la escalinata de la entrada.

Abierta la puerta pudimos, con una sola mirada, recorrer el jardín entero, en el que todo denotaba claramente la incuria y el abandono.

¿Debíamos de visitar el jardín lleno de arbustos y árboles abandonados a sí mismos, sin cuidados? El capitán Haralan lo creía inútil, pues no era de suponer que allí se ocultara nadie.

No era ésta, sin embargo, la opinión del jefe de policía.

El jardín fue visitado, y con toda minuciosidad.

Los agentes no descubrieron a nadie. Sin embargo, el señor Stepark no quedó satisfecho con esa inspección, y quiso cerciorarse por sí

mismo de si en el jardín existía algún indicio revelador.

Nada, ni siquiera huellas recientes de pasos había en los paseos.

Las ventanas de la casa que daban a este lado estaban cerradas, a excepción de la última del primer piso, que daban bastante luz a la escalera.

-Esas gentes -dijo el jefe de policía- no debían tardar en volver a casa, toda vez que la puerta estaba cerrada con una sola vuelta de llave, a menos de que hayan tenido aviso y se hayan escapado.

-¿Cree usted que hayan podido saber que veníamos? -repliqué-. No, yo creo más bien que van a regresar de un momento a otro.

El señor Stepark movió la cabeza dubitativamente.

-Por otra parte, ese humo que se escapa de una de las chimeneas demuestra que hay fuego en alguna parte.

-Busquemos el fuego -respondió el jefe de policía.

Después de haber comprobado que el jardín estaba desierto, lo mismo que el patio, y que nadie podía estar oculto, el señor Stepark nos indicó que volviésemos a entrar en la casa, y la puerta del corredor fue cerrada detrás de nosotros.

A aquel corredor daban cuatro piezas. Una de ellas, del lado del jardín, se había convertido en cocina; otra no era, en realidad, más que la caja de la escalera que subía a las habitaciones del primer piso.

Las pesquisas comenzaron por la cocina; uno de los agentes abrió las ventanas y contraventanas, dispuestas de modo que sólo penetraba muy escasa luz.

Nada más rudimentario, nada más sencillo que el mobiliario de aquella cocina: un hornillo con chimenea, de cada lado un armario, una mesa en medio, dos sillas de anea y dos taburetes de madera, diversos utensilios colga-

dos en las paredes y en un ángulo un reloj de caja y cuyas pesas indicaban que se le había dado cuerda la víspera.

En el hornillo ardían aún algunos carbones, que producían el humo que se veía desde el exterior.

-He aquí la cocina -dije-; pero ¿y el cocinero?

-¿Y su amo? -añadió el capitán Haralan.

-Prosigamos nuestras pesquisas -respondió el señor Stepark.

Las otras dos habitaciones de la planta baja, que recibían la luz del patio, fueron visitadas. Una de ellas, el salón, tenía muebles antiguos y viejas tapicerías de origen alemán. Sobre la chimenea, un reloj de bastante mal gusto; las saetas inmóviles y el polvo acumulado sobre la esfera indicaban que no estaba en uso desde hacía mucho tiempo. En uno de los testeros, frente a la ventana, estaba colgado un retrato con marco oval, y con este nombre en una cartulina: «Otto Storitz ».

Contemplamos aquel cuadro de dibujo vigoroso y de colores fuertes, que a pesar de estar firmado por un artista desconocido, era una verdadera obra de arte.

El capitán Haralan no podía separar sus miradas de aquel lienzo.

Por lo que a mí respecta, la figura de Otto Storitz me producía una impresión profunda:

¿Dependería esta impresión del estado en que mi espíritu se encontraba? ¿Sufriría yo, a mi pesar, y sin darme cuenta, la influencia del miedo? Fuera lo que fuese, allí, en aquel salón abandonado, se me antojaba que el retrato estaba vivo, que iba a lanzarse fuera del marco y a gritar con voz de ultratumba para reprocharnos la visita:

-¿Qué hacen aquí? ¡Cuánta es su audacia viniendo a turbar mi reposo!

La ventana del salón, con las persianas corridas, dejaba pasar alguna luz; no había sido menester abrirla, y en aquella relativa penum-

bra tal vez el retrato ganase fantasía y contribuyera a impresionarnos más.

El jefe de policía pareció sorprendido de la semejanza que existía entre Otto y Wilhelm Storitz.

-Teniendo en cuenta la diferencia de edad -observó-, este retrato lo mismo podría ser el del padre que el del hijo; son los mismos ojos, la misma frente, la misma cabeza colocada sobre amplios hombros. ¡Y esa fisonomía diabólica! Se siente uno tentado de exorcizar tanto al uno como al otro.

-Sí -repliqué-, la semejanza es sorprendente.

El capitán Haralan parecía clavado en el suelo ante aquel lienzo como si el original se hubiera encontrado delante de él.

-¿Viene usted, capitán? -le dije.

De aquel salón pasamos a la habitación próxima, atravesando el corredor.

Era éste el gabinete de trabajo, sumamente en desorden. Varios estantes de madera

blanca atestados de libros, sin encuadernar la mayor parte, obras de matemáticas, de química y de física principalmente. En uno de los rincones veíanse multitud de instrumentos, aparatos, máquinas, un horno portátil, retortas y alambiques, diversas muestras de metales, algunas de ellas desconocidas para mí, a pesar de ser ingeniero.

En medio de la habitación, sobre una mesa cargada de papeles y de objetos de escritorio, tres o cuatro volúmenes de las obras completas de Otto Storitz. Al lado de éstos me pude cerciorar de que ese manuscrito, firmado igualmente por Otto Storitz, era un estudio relativo a la luz.

Papeles, libros y manuscritos fueron recogidos y sellados.

Las investigaciones hechas en el despacho no dieron ningún resultado práctico, íbamos, pues, a salir, cuando el señor Stepark vio sobre la chimenea una redoma de forma extraña, de vidrio, azulado.

Fuese por obedecer a un sentimiento de curiosidad o por ceder a sus instintos de policía, el señor Stepark adelantó la mano para coger aquella redoma, y examinarla. Pero sin duda hizo un falso movimiento, pues, en el momento de ir a cogerla, la redoma, que estaba colocada al borde de la chimenea, cayó y se hizo pedazos contra el suelo.

Un líquido muy fluido, de color amarillento, se escapó de ella y se convirtió enseguida en vapor, de un olor muy singular aunque débil, que no habría podido comparar yo a ningún otro.

-A fe mía -dijo el jefe de policía- que esa redoma se cayó a propósito.

-Sin duda contenía alguna composición inventada por Otto Storitz -dije yo.

-Su hijo debe de tener la fórmula, y podrá volverla a hacer -respondió el señor Stepark.



Luego, dirigiéndose hacia la puerta, recomendó a dos de sus agentes que permanecieran de vigilancia en el corredor.

-Los demás al primer piso -añadió.

En el fondo, frente a la cocina, se encontraba una escalera de madera, cuyos peldaños crujían fuertes bajo nuestros pies.

Al final de ella se abrían dos cuartos contiguos, cuyas puertas no estaban cerradas con llave, bastando alzar el picaporte para penetrar en ellos.

La primera de esas habitaciones, que correspondía al salón de la planta baja, debía de ser la alcoba de Wilhelm Storitz. No contenía sino una cama de hierro, una mesa de noche, un armario de roble para ropa blanca, un tocador, un canapé, un sillón de terciopelo y dos sillas. Ni cortinajes en el lecho, ni cortinas o visillos en las ventanas; un mobiliario reducido, en suma, a lo puramente estricto. Ningún papel, ni sobre la chimenea, ni sobre una mesita colocada en uno de los ángulos.

La cama estaba deshecha, pero no podíamos dejar de suponer que había estado ocupada durante la pasada noche.

Aproximándose al lavabo el jefe de policía observó que el cubo contenía aguas con algunas pompas de jabón en la superficie.

-Suponiendo -dijo- que hubiesen transcurrido veinticuatro horas desde que se utilizó esta agua, las pompas jabonosas estarían disueltas; lo cual indica que nuestro hombre ha hecho aquí mismo su tocado, esta mañana, antes de salir.

-De modo que es posible que regrese, a menos que no descubra a los agentes.

-Si él descubre a mis agentes, mis agentes le descubrirán a él y tienen orden de conducirlo a mi presencia; pero no creo que se deje prender.

En aquel momento se oyó un ruido especial, como si alguien se deslizase con precaución sobre el piso; el ruido parecía proceder de la habitación de al lado, que

estaba encima del despacho.

Había una puerta de comunicación entre la alcoba y esta pieza, lo cual evitaba el tener que salir para pasar de una a otra.

Antes que el jefe de policía, el capitán Haralan se lanzó de un salto hacia aquella puerta; la abrió bruscamente.

Mas sin duda nos habíamos engañado; no había nadie allí.

Era posible, después de todo, que aquel ruido hubiese venido del piso superior, es decir, del ático.

La segunda habitación en que penetramos estaba amueblada con más sencillez aún que la primera, y tampoco descubrimos en ella el menor indicio que pudiera orientarnos.

La habitación era indudablemente la del viejo criado Hermann.

El jefe de policía tenía, por otra parte, noticia, por los informes de sus agentes, de que si bien la ventana de la primera alcoba que visitamos se abría algunas veces para la ventila-

ción, la de la segunda alcoba, que daba también al patio, permanecía invariablemente cerrada. Pudimos comprobar nosotros mismos la realidad de esta observación examinando el estado en que se hallaban las ventanas y las persianas.

En todo caso la alcoba estaba vacía, y si ocurría lo mismo con el ático, la terraza y la bodega, situada bajo la cocina, era que decididamente el amo y el criado habían abandonado la casa, y tal vez con la intención de no volver a ella.

-¿No admite usted -pregunté al señor Stepark- que Wilhelm Storitz ha podido ser informado de este registro?

-No, a menos que estuviera oculto en mi despacho, o en el de Su Excelencia cuando hablamos de este asunto.

-Es posible que nos hayan descubierto al llegar al bulevar Tekeli.

-Sea; pero ¿cómo salieron?

-Por la puerta trasera.

-No la hemos visto, si es que existe; de modo que tenían que saltar el muro del jardín, que es bastante elevado. Además, del lado de allá del jardín se encuentra el foso de las fortificaciones, que no puede franquearse.

La opinión, pues, del jefe de policía era que Wilhelm Storitz y Hermann se hallaban fuera de la casa cuando nosotros penetramos en ella.

Salimos de esta última habitación por la puerta que da a la escalera. En el instante preciso en que poníamos el pie en el primer escalón para subir al segundo piso, notamos que la escalera que unía el primer piso con la planta baja oscilaba fuertemente, como si alguien la hubiese subido o bajado a pasos rápidos; casi en seguida se percibió el ruido de una caída, seguido de un fuerte grito de dolor.

Nos inclinamos sobre el pasamanos y vimos a uno de los agentes que habían quedado vigilando en el corredor, que se levantaba apretándose el costado.

-¿Qué ocurre, Ludwig? -preguntó el señor Stepark.

Explicóse el agente diciendo que se encontraba de pie sobre el segundo peldaño de la escalera cuando su atención había sido atraída por el ruido que se produjo en ella, y que nosotros también habíamos percibido; volvióse entonces bruscamente para reconocer la causa del ruido, y es de suponer que había calculado mal sus movimientos, porque resbalando a un tiempo sus dos talones, había caído de espaldas, con gran daño para sus riñones y costillas.

Aquel hombre no podía explicarse su caída.

Tenía la impresión de que le habían tirado de los pies para hacerle perder el equilibrio, pero esto no era admisible, toda vez que se encontraba solo en la planta baja con su colega, que se había quedado de vigilancia en la puerta principal que daba al patio.

-¡Hum! -refunfuñó el señor Stepark con cierta preocupación.

En un minuto llegamos al segundo piso.

Éste estaba formado sólo por el ático, que se extendía de un extremo a otro, y que estaba iluminado por algunas pequeñas claraboyas abiertas en el techo, siéndonos fácil

comprobar, con una sola mirada, que nadie se había refugiado allí.

En el centro, una escalerilla en bastante mal estado conducía a la terraza, donde se llegaba por una especie de trampa.

-Esta trampa está abierta -hice observar al jefe de policía, que había puesto ya un pie en el primer peldaño.

-En efecto, señor Vidal, y por ahí viene una corriente de aire, que es indudablemente lo que ha producido el ruido que oímos; la brisa es fuerte hoy y la veleta gira al extremo del tejado.

-Sin embargo -respondí- parecía ruido de pasos.

-Pero ¿quién habría de producirlos, si no hay nadie?

-A menos que allí arriba...

-¿En ese nicho aéreo? ...

El capitán Haralan escuchaba las frases que cambiábamos el jefe de policía y yo, contentándose con decir, señalando la terraza:

-Subamos.

El señor Stepark subió el primero, ayudándose de una maroma, que hacía las veces de pasamanos. El capitán Hurlan y yo enseguida nos encaramamos en pos de él; era probable que tres personas bastasen para llenar aquel estrecho espacio.

Era, en efecto, una especie de caja de ocho pies cuadrados de superficie y de unos diez de altura.

Estaba bastante oscura, a causa de las gruesas cortinas que impedían penetrar la luz a través de los vidrios, pero tan pronto como fueron levantadas, la claridad penetró a torrentes.

Por las cuatro caras de la terraza podía la mirada recorrer todo el horizonte de Raab;



nada impedía que las miradas pudieran extenderse por todos lados con más amplitud que desde la casa de Roderich, aunque con menos que desde la torre de San Miguel y la torrecilla del Castillo.

Desde allí volví a ver el Danubio a la extremidad del bulevar, y la ciudad, extendiéndose hacia el Sur, dominada por la atalaya del ayuntamiento; por la torre de la catedral y por la torrecilla de la colina de Wolkang, y alrededor de las vastas paredes de la puszta bordeada por las lejanas montañas.

Me apresuraré a decir que en la terraza sucedió lo mismo que había acontecido en las restantes dependencias de la casa; no se encontró a nadie. Era menester que el señor Stepark tomase una determinación; aquella tentativa de la policía no obtendría ningún resultado, y nada se sabría de los misterios de la casa Storitz.

Había pensado yo que aquella terraza serviría para observaciones astronómicas y que

contendría aparatos para el estudio del cielo: error; por todo mobiliario una mesa y una silla de madera.

Encima de la mesa había algunos papeles y entre otros, un número del periódico que me había informado en Budapest del próximo aniversario de Otto Storitz; aquellos papeles fueron recogidos como los procedentes.

Sin duda era allí donde Wilhelm Storitz iba a descansar de sus trabajos al salir de su despacho, o mejor dicho de su laboratorio. En todo caso había leído aquel artículo que estaba marcado con una cruz hecha con lápiz rojo.

De pronto se dejó oír una violenta exclamación de cólera y sorpresa.

El capitán había descubierto sobre una mesita colocada en un rincón una caja de cartón, que acababa de abrir. Y de ella sacó ¡la corona nupcial robada la noche de los esponsales en la casa de Roderich!

## Capítulo X

Así, pues, no podía abrigarse ya ninguna duda acerca de la intervención de Wilhelm Storitz en los acontecimientos ocurridos en la mansión de los Roderich.

Nos encontrábamos en posesión de una prueba material, y no nos veíamos ya reducidos a simples presunciones. Que el culpable fuese él mismo o que hubiese sido otro, lo cierto era que aquel extraño robo se había cometido en beneficio suyo, si bien no podíamos comprender el móvil ni explicarnos su desarrollo.

-¿Continuará usted dudando ahora, mi querido Vidal? -exclamó el capitán Haralan, cuya voz estaba trémula por la cólera.

El jefe de policía guardaba silencio. En aquel extraño asunto quedaba todavía mucho sin conocer. Aunque era cierto que la culpabilidad de Wilhelm Storitz resultaba evidente e

incontestable, no era menos cierto que se desconocían los medios de que se había servido y no se sabía si podríamos llegar a conocerlos algún día.

Por lo que a mí hace, no supe qué contestar a la interpelación directa que el capitán Haralan me había dirigido. ¿Qué hubiera podido contestarle? ...

-¿No es ese miserable -continuó diciendo el capitán con nueva furia- el que fue a insultarnos, lanzándonos al rostro ese Canto del odio, como un ultraje al patriotismo magiar? ¡Usted no le vio, cierto, pero le oyó! Estaba allí, aun cuando escapándose a nuestras miradas... ¡En cuanto a esta corona, manchada con el contacto de su mano, no quiero que subsista de ella ni una sola hoja!

El señor Stepark le detuvo en el momento en que iba a destrozarla.

-No olvide usted que eso constituye una pieza de convicción y que puede servir si, como creo, el asunto tiene consecuencias.

El capitán Haralan le entregó la corona y todos bajamos la escalera, después de haber visitado por última vez, y sin ningún resultado, todas las habitaciones de la casa.

Se cerraron nuevamente con llave las puertas de la casa y de la verja, se colocaron los sellos, y la morada quedó sumida en el abandono en que la habíamos encontrado.

Sin embargo, y a todo evento, dos agentes permanecieron, por orden del jefe, vigilando en los alrededores.

Después de despedirnos del jefe de policía, que nos rogó guardásemos el mayor secreto acerca del resultado del registro, el capitán Haralan y yo nos dirigimos a su casa, siguiendo el bulevar.

Mi compañero no podía contenerse, y su cólera se desbordaba en frases y ademanes de extrema violencia, y en vano habría intentado yo calmarle. Esperaba, por lo demás, que Wilhelm Storitz hubiese abandonado o abandonara pronto la ciudad, cuando tuviera conocimiento

de que su casa había sido registrada y que la policía poseía la prueba del papel que él había desempeñado en aquel asunto.

Así fue que me contenté con decirle:

-Mi querido Haralan, comprendo, y me explico, su cólera, y concibo perfectamente que no quiera usted dejar impunes esos insultos, pero no olvide que el señor Stepark nos ha encargado guardar el secreto.

-¿Y mi padre? ... ¿Y Marcos? ... ¿No vamos a informarles del resultado del registro?

-Indudablemente, pero creo que debemos limitarnos a indicarles sencillamente que no hemos podido encontrar a Wilhelm Storitz y que no debe hallarse en Raab, cosa que, entre paréntesis, me parece probable.

-¿Y no les diremos que la corona fue encontrada en su casa?

-Sí, es preferible que lo sepan; pero me parece inútil hablar de ello a su madre y a su hermana. Lo único que se conseguiría sería aumentar sus inquietudes. Yo, en su lugar, di-

ría que la corona había sido encontrada en el jardín de su casa, y se la devolvería a su hermana.

Pese a su repugnancia, el capitán Haralan convino en que yo tenía razón, y me encargó que fuese a buscar la corona a casa del señor Stepark, que no se negaría seguramente a dármela según mis deseos.

Tenía, con todo, gran prisa por volver a ver a mi hermano, y sobre todo porque su boda se realizase lo antes posible.

Al llegar a casa de Roderich, el criado nos hizo pasar al despacho del doctor, donde éste nos aguardaba en compañía de Marcos.

La impaciencia de ambos era, naturalmente, grande, y nos abrumaron a preguntas antes de que hubiéramos franqueado la puerta.

¡Cuáles fueron su sorpresa y su indignación al escuchar el relato de lo que acababa de pasar en el bulevar Tekeli! Mi hermano no podía contenerse. Lo mismo que el capitán

Haralan quería castigar a Wilhelm Storitz antes de que la Justicia hubiese intervenido.

En vano le objetaba yo que su enemigo había, de fijo, dejado la ciudad.

-¡Si no está en Raab -decía- estará en Spremberg!

Mucho me costaba moderar sus arrebatos de ira, y fue preciso que el doctor Roderich uniese sus instancias a las mías.

-Mi querido Marcos -dijo-, atienda los consejos y advertencias de su hermano y dejemos extinguirse por sí mismo este asunto, tan molesto para mi familia. El silencio es lo mejor para que todo ello se olvide.

Mi hermano, con la cabeza entre las manos, causaba pena: ¡cuánto no habría dado yo porque Myra Roderich fuera ya Myra Vidal!

El doctor añadió que iría a ver al gobernador de Raab.

Wilhelm Storitz era extranjero y Su Excelencia no vacilaría en dictar un decreto de expulsión contra él. Lo que urgía era impedir



que pudieran renovarse los hechos de que había sido teatro la casa de Roderich, aunque tuviésemos que renunciar a darnos de ellos una explicación satisfactoria.

En cuanto a creer que Wilhelm Storitz poseyese, como se había alabado de poseer, un poder sobrehumano, nadie podía admitirlo.

En lo que concernía a la señora Roderich y su hija, hice valer las razones que, a mi juicio, aconsejaban un silencio absoluto. No debían saber ni que hubiese intervenido la policía ni que se había desenmascarado a Wilhelm Storitz.

Mi proposición relativa a la corona fue aceptada. Fingíamos que Marcos la había encontrado por casualidad en el jardín de la casa, con lo cual quedaría demostrado que todo lo ocurrido se debía a un bromista de mal género, bromista a quien acabaríamos por descubrir, para castigarlo como se merecía.

Aquel mismo día fui al ayuntamiento, donde pedí la corona al señor Stepark, quien

accedió a entregármela, regresando con ella a casa de Roderich.

Estábamos aquella tarde reunidos en el salón con la señora Roderich y su hija, cuando Marcos, después de haberse ausentado un instante, volvió gritando:

-¡Myra, mi querida Myra, fíjate en lo que te traigo!

-¡Mi corona! -exclamó Myra, lanzándose hacia mi hermano.

-Sí -respondió Marcos-. Allí..., en el jardín... la encontré tras un macizo, donde sin duda, fue a caer.

-Pero, ¿cómo... cómo? -repetía la señora Roderich.

-¿Cómo? -replicó el doctor-. Esto es obra de un intruso que se mezcló entre nuestros invitados. No hay que volver a hablar más de esa absurda aventura.

-¡Gracias, gracias, mi querido Marcos! -dijo Myra, mientras una lágrima se deslizaba por sus mejillas.

Los días que siguieron no trajeron consigo ningún nuevo incidente. La población recobraba su tranquilidad habitual. Nadie se había enterado del registro llevado a cabo en la casa del bulevar Tekeli, y nadie pronunciaba ya el nombre de Wilhelm Storitz. No quedaba otra cosa que hacer que esperar paciente o impacientemente, el día en que se celebrase la boda de Marcos y de Myra Roderich.

Consagraba yo el tiempo que me dejaba libre mi hermano a diferentes paseos por los alrededores de Raab, en los que me acompañaba muchas veces el capitán Haralan.

En otras ocasiones era raro que no siguiésemos por el bulevar Tekeli para salir de la ciudad. Era indudable que la casa misteriosa atraía a mi amigo. Esto, por otra parte, nos permitía ver que la casa continuaba desierta y custodiada siempre por dos agentes. Si Wilhelm Storitz hubiera aparecido, la policía, advertida inmediatamente de su regreso, le hubiera echado mano, arrestándole.

Pero muy pronto tuvimos una prueba evidente de su ausencia y la certidumbre de que, por entonces al menos, no podía encontrarse en las calles de Raab.

Llamado el día 29 de mayo por el señor Stepark, supe de sus labios que la ceremonia del aniversario de Otto Storitz había tenido lugar el día 25 en Spremberg.

La ceremonia atrajo un número considerable de espectadores, no tan sólo de la población de Spremberg, sino también millares de curiosos llegados de las ciudades próximas, y hasta de Berlín. La muchedumbre no cupo en el cementerio y de ahí una multitud de accidentes, personas asfixiadas y atropelladas, que al día siguiente, encontraron en el cementerio un sitio que no habían podido hallar la víspera.

No se habrá olvidado lo que ya dijimos que Otto Storitz había vivido y muerto en plena leyenda; así todos aquellos supersticiosos esperaban un prodigio póstumo, contando con que en aquel aniversario debían realizarse fenóme-

nos fantásticos, el menor de los cuales sería ver salir de su tumba al sabio alemán, y nada tendría de extraño que al llegar tal

momento se alterase el orden universal; la Tierra, modificando su movimiento habitual sobre su eje, se pondría a girar de Este a Oeste, rotación anormal en todo el sistema solar, cuyas consecuencias serían incalculables, etc., etc. Tales eran los rumores que circulaban entre la muchedumbre. Sin embargo, las cosas habían pasado de la manera más natural. La losa del sepulcro no se había levantado, el muerto no abandonó su morada, y la tierra siguió girando según las reglas establecidas desde el principio del mundo.

Pero lo que nos interesaba bastante más era que a aquella ceremonia había asistido personalmente el hijo de Otto. Esto constituía la prueba material de que efectivamente había abandonado Raab, y yo esperaba que lo hubiera hecho con la intención de no volver jamás.

Me apresuré a poner nuevas tan agradables en conocimiento de Marcos y del capitán Haralan.

No obstante, y aun cuando la emoción producida por los sucesos hubiese disminuido y se hubiera atenuado bastante, el gobernador de Raab no dejaba de inquietarse todavía.

Que los prodigiosos fenómenos que nadie pudo hasta entonces explicar, fueron debidos a esta o aquella causa, no había eso dejado de perturbar la ciudad, y convenía impedir a todo trance que volvieran a producirse.

No debe causar ninguna sorpresa que digamos que Su Excelencia quedó vivamente impresionado cuando el jefe de policía le hizo conocer la situación de Wilhelm Storitz respecto de la familia Roderich, y de la clase de amenazas que había proferido.

Así, tan pronto como el gobernador tuvo conocimiento de los resultados del registro, decidió proceder contra aquel extranjero. Al fin y al cabo había habido allí un robo, cometido

por Wilhelm Storitz o por algún cómplice en beneficio suyo. De no haber salido de Raab, se le habría detenido, y una vez entre las cuatro paredes de una celda no era probable que pudiera salir sin ser visto, como había penetrado en los salones de los Roderich.

A esto se debió que el día 30 de mayo se entablase la siguiente conversación entre Su Excelencia y el señor Stepark:

-¿No ha sabido nada de nuevo?

-Nada, Excelencia.

-¿No hay ningún motivo para creer que Wilhelm Storitz tenga intención de volver a esta ciudad?

-Ninguno.

-¿Continúa vigilada la casa?

-Día y noche.

-Escribí a Budapest, a propósito de este asunto, cuya resonancia ha sido tal vez más considerable de lo que merece, y se me ha autorizado para que adopte las medidas que crea convenientes.

-En tanto que Wilhelm Storitz no reaparezca por Raab nada habrá que temer de él -

contestó el jefe de policía- y sabemos de cierto, y por buen conducto, que se encontraba en Spremberg el día veinticinco.

-En efecto, señor Stepark; pero puede sentir la tentación de volver por aquí, y eso es lo que se debe evitar a todo trance.

-Nada más fácil, Excelencia. Como se trata de un extranjero, bastará un decreto de expulsión...

-Un decreto -interrumpió el gobernador- que le prohíba, no tan sólo permanecer en la ciudad de Raab, sino en todo el territorio.

-En cuanto tenga en mi poder ese decreto, haré que se comuniqué a todos los puestos de la frontera.

Tal decreto fue firmado en el acto, y el territorio del reino quedó vedado al alemán Wilhelm Storitz. Estas medidas eran a propósito para tranquilizar al doctor, a su familia y a sus amigos. No obstante, todos nos hallábamos



muy lejos de haber penetrado los secretos de aquel asunto, y más lejos aún de imaginar las peripecias que nos reservaba.

## Capítulo XI

La fecha de la boda se acercaba. Muy pronto el sol de primero de junio, día señalado para la ceremonia nupcial, se elevaría sobre el horizonte de Raab.

Notaba yo, no sin una viva satisfacción, que Myra, a pesar de lo impresionable que era, parecía no haber conservado ningún recuerdo de aquellos desagradables incidentes.

Verdad es que el nombre de Wilhelm Storitz no se había pronunciado ni ante ella ni ante su madre.

Yo era su confidente. Me hablaba de sus proyectos para el porvenir. ¿Irían Marcos y ella a vivir a Francia?

Sí, pero no inmediatamente. Separarse de su padre y de su madre constituiría para ella un gran disgusto.

-Pero -decía- de momento se trata sólo de ir a pasar unas cuantas semanas a París, donde usted nos acompañará, ¿no es así?

-Desde luego. A menos que no quieran ustedes nada conmigo.

-Es que dos recién casados constituyen una compañía bastante molesta y desagradable para un viaje.

-Trataré de hacerme a esa idea -respondí resignado.

El doctor aprobaba aquella marcha. Desde todos los puntos de vista era preferible abandonar Raab por uno o dos meses, aunque a la señora Roderich le doliese la ausencia de su hija. Un par de meses se pasan pronto y luego volverían a reunirse.

Durante las horas que pasaba al lado de Myra, Marcos olvidaba o más bien se esforzaba por olvidar; en cambio, cuando se encontraba a

solas conmigo se veía asaltado por muchos temores, que yo intentaba inútilmente disipar.

Invariablemente, me preguntaba:

-¿No has sabido nada de nuevo, Enrique?

-Nada, mi querido Marcos -respondía yo no menos invariablemente.

Un día creyó deber añadir:

-Si llegas a saber algo; si por la ciudad o por medio del señor Stepark tienes noticias de alguna cosa...

-Te lo advertiré, Marcos.

-No quiero que me ocultes nada de lo que pudieras averiguar.

-Nada te ocultaré, estate tranquilo; pero te aseguro que nadie se ocupa ya de este asunto. Jamás ha estado la población más tranquila. Los unos se ocupan de sus negocios y otros de sus placeres, y los precios del mercado y las transacciones se mantienen siempre en alza, sin pánicos ni sobresaltos.

-Lo echas a broma, Enrique...

-Es para demostrarte que no siento la menor inquietud.

-Y sin embargo, si ese hombre...

-¡Bah! No va a ser tan mentecato que sabiendo que le está prohibido permanecer en el territorio austrohúngaro venga a meterse en la boca del lobo, pudiendo quedarse en Alemania haciendo gala de sus grandes talentos de escamoteador.

-De modo que ese poder de que habla...

-¡Eso es bueno para los chicos!

-¿No crees en él?

-Lo mismo que tú. Limítate, pues, mi querido Marcos, a contar las horas, los minutos que te separan del gran día. No tienes cosa mejor que hacer. Myra es más razonable que tú.

-Es que ella no sabe lo que yo sé.

-¿Lo que tú sabes? ¡Pardiez! Tú sabes perfectamente que el personaje en cuestión no se encuentra en Raab ni puede regresar; por consiguiente, no le volveremos a ver. ¡Si esto no basta para tranquilizarte !...

-¿Qué quieres, Enrique? Tengo presentimientos... Se me figura que...

-¡Eso es insensato, mi pobre Marcos!... Créeme, vuelve al lado de Myra y eso hará que veas la vida un poco más de color de rosa.

-Sí. No debería separarme de ella ni un instante.

¡Pobre hermano! Me causaba pena verle y oírle. Sus temores iban en aumento a medida que se acercaba el día de la boda; y yo mismo, si he de ser franco, aguardaba ese día con gran impaciencia, mezclada de angustia.

Por otra parte, si bien podía yo contar con Myra y con la influencia de ésta para calmar y tranquilizar a mi hermano, no sabía qué medio emplear, ni a qué recursos apelar para conseguir resultados análogos con el capitán Haralan.

El día en que éste supo que Wilhelm Storitz se encontraba en Spremberg, sólo a costa de grandes esfuerzos pude conseguir que no corriera en su busca. Entre Spremberg y Raab

median unas doscientas leguas, y en unos cuatro días podía franquearse esta distancia. Por fin habíamos logrado retenerle, pero a pesar de las razones que tanto su padre como yo hacíamos valer ante él, a despecho de la evidente conveniencia de dejar que semejante asunto cayese en el más completo olvido, él volvía sin cesar sobre ello y yo temía siempre que se nos escapase.

Una mañana vino a encontrarme, y desde las primeras palabras que dijo, comprendí que se hallaba resuelto a partir.

-Usted no hará eso, mi querido Haralan -declaré-; no lo hará... Un choque entre ese

prusiano y usted es imposible; le suplico que no se vaya de Raab.

-Mi querido Vidal -me respondió el capitán con un tono que indicaba una resolución

decidida-, es menester que ese miserable sea castigado.

-Y lo será, más pronto o más tarde, no lo dude, pero la única mano que debe caer sobre él es la mano de la policía.

El capitán Haralan comprendía que yo tenía razón; mas no quería rendirse y se aferraba a sus proyectos.

-Mi querido Vidal -dijo-, no vemos, no podemos ver las cosas de la misma manera; mi familia, la familia que va a ser la de su hermano, ha sido ultrajada y, ¿no habría de tomar yo venganza de esos ultrajes?

-No, eso corresponde a la Justicia.

-¿Y cómo habrá de hacerlo, si ese individuo no vuelve por acá? El gobernador ha firmado esta mañana un decreto de expulsión, que hace imposible el regreso de Wilhelm Stortitz. Es, pues, preciso que yo vaya donde él está, o donde debe estar, a Spremberg.

-Sea -repliqué como último argumento-. Pero al menos aguarde usted a que se haya celebrado la boda de su hermana. Unos cuantos días de paciencia, y entonces yo seré el primero

en aconsejarle la marcha. Hasta le acompañaré yo mismo a Spremberg.

Con tanto calor defendí mi causa, que la conversación terminó con la promesa formal de que no se haría violencia, a condición de que, una vez celebrada la boda, no me opondría a su proyecto y que partiría con él.

Las horas que nos separaban del día primero de junio iban a parecerme interminables, porque fuerza es confesar que, a pesar de creer deber mío el tranquilizar a los otros, no dejaba yo de experimentar inquietudes.

A eso se debía el que, con gran frecuencia, me encontraba subiendo y bajando por el bulevar Tekeli, impulsado por no sé qué presentimiento.

La casa Storitz continuaba tal como la habíamos dejado después de la visita de la policía, con las puertas y ventanas cerradas y el patio y el jardín completamente desiertos. Por el bulevar paseaban unos cuantos agentes, cuya vigilancia se extendía hasta el parapeto de las



antiguas fortificaciones y la campiña circundante.

Ni por el amo ni por el criado se había hecho ninguna tentativa para penetrar en la casa, y sin embargo -lo que es la obsesión-, pese a todo lo que yo decía a Marcos y al capitán Haralan, a despecho de todo lo que a mí mismo me decía, habría asegurado haber visto una leve humareda escaparse de la chimenea del laboratorio y nada me hubiera sorprendido haber visto dibujarse un rostro tras los vidrios de la terraza.

El 30 de mayo, y con objeto de distraerme, me dirigí en las primeras horas de la tarde hacia el puente de la isla Svendor para ganar la orilla derecha del Danubio.

Antes de llegar al puente pasé ante el desembarcadero, a la llegada de una gabarra que conducía pasajeros.

Acudieron entonces a mi memoria los recuerdos de mi propio viaje, el encuentro con

aquel alemán, su actitud provocativa, el sentimiento de antipatía que a primera vista me

inspiró, y luego, cuando yo le creía desembarcado en Vukovar, las palabras que había pronunciado.

Porque era él, indudablemente, quien había pronunciado aquellas palabras amenazadoras. Reconocí su voz en la casa de Roderich; la misma modulación, la misma dureza y rudeza teutónicas.

Bajo el imperio de estas ideas, examinaba uno a uno a los pasajeros que desembarcaban en Raab; buscando el rostro pálido, los ojos extraviados, la fisonomía diabólica de aquel personaje... pero como suele decirse hube de quedarme con un palmo de narices, y me molesté en balde.

A las seis, según mi costumbre, iba a sentarme a la mesa de familia. Aquel día me pareció que la señora Roderich se encontraba casi repuesta de sus emociones. Mi hermano lo

olvidaba todo al lado de Myra, en la víspera del día en que iba a ser su mujer.

El propio capitán Haralan parecía más tranquilo, aunque un poco sombrío.

Estaba yo firmemente resuelto a hacer lo posible por animar a aquellas personas y disipar y desvanecer las últimas nubes de los recuerdos.

Vime admirablemente secundado en la empresa por Myra, encanto y alegría de aquella velada, que se terminó bastante tarde.

Sin hacer rogar, se sentó al clavicordio y nos cantó antiguas canciones magiars, como para borrar los efectos de aquel abominable Canto del odio, que había resonado una noche en aquel mismo salón.

En el momento de retirarnos me dijo sonriendo:

-Mañana, Enrique; no vaya usted a olvidarse. ¿Olvidar, qué? -dije yo en el mismo tono de broma en que ella me hablara.

-Pues que mañana es el día señalado por el gobernador para la "entrega de la licencia", para emplear la expresión común.

-¿De veras? ¿Es mañana?

-¡Y que usted es uno de los testigos de su hermano!

-Hace usted bien en recordármelo, señorita Myra; ¡testigo de mi hermano! Ya no me acordaba.

-No me sorprende; ya había yo notado que padece usted mucho de falta de memoria.

-Es verdad, pero le prometo que mañana no me distraeré. Y si Marcos no se distrae... por mi parte...

-Respondo de él. Así, pues, a las cuatro en punto...

-¡A las cuatro, señorita Myra! ¡Y yo que creía que la cosa era a las cinco y media! ¡Esté usted tranquila! Estaré aquí a las cuatro menos diez.

-¡Buenas noches! ¡Buenas noches al hermano de Marcos, que mañana lo será mío!

-¡Buenas noches, señorita Myra, buenas noches!

Al día siguiente, Marcos tuvo que hacer algunas cosas por la mañana; parecióme que había recobrado su tranquilidad, y le dejé marchar solo.

Por mi parte, por un exceso de prudencia, y para tener, si posible era, la certeza de que Wilhelm Storitz no había regresado a Raab, me dirigí al ayuntamiento.

Introducido inmediatamente en el despacho del señor Stepark, pregunté a éste si tenía nuevos informes.

-Ninguno, señor Vidal -me respondió;- puede estar seguro de que nuestro hombre no ha reaparecido por Raab.

-¿Está aún en Spremberg?

-Lo único que puedo afirmar es que hace cuatro días todavía estaba allí.

-¿Ha recibido algún aviso?

-Sí, un correo de la policía alemana, que me confirmó el hecho.

-Eso me tranquiliza.

-Y a mí me fastidia, señor Vidal. Ese diablo de hombre, y diablo es la palabra apropiada, me parece poco dispuesto a franquear alguna vez la frontera.

-¡Tanto mejor, señor Stepark!

-Tanto mejor para ustedes; pero como policía, habría yo preferido poderle echar mano y guardar a esa especie de hechicero entre cuatro paredes. En fin, más adelante, quizá...

-¡Oh, más adelante, con tal que sea después de la boda, lo que usted quiera!

Me retiré dando las gracias al jefe de policía.

A las cuatro de la tarde nos hallábamos reunidos en el salón de casa Roderich; dos carrozas aguardaban en el bulevar Tekeli: uno para Myra, su padre, su madre y un amigo de la familia, el juez Neuman, y la otra para Marcos, el capitán Haralan, uno de sus camaradas el teniente Armgard, y yo.

El señor Neuman y el capitán Haralan eran los testigos de la desposada, y el teniente Armgard y yo los de Marcos.

Conforme me había explicado el capitán Haralan, no se trataba aquel día de proceder a la boda propiamente dicha, sino a una ceremonia en cierta suerte preparatoria; tan sólo después de haber recibido la autorización del gobernador era cuando la boda podría

celebrarse en la Catedral, a la mañana siguiente; hasta entonces, si los prometidos no estaban casados en el sentido perfecto de la palabra, no por eso dejaban de hallarse fuertemente ligados uno a otro, toda vez que en el caso de que un obstáculo imprevisto llegara enseguida a impedir la unión proyectada, se verían ambos condenados a un celibato perpetuo.

Quizá sería posible hallar en la historia del feudalismo francés algunas huellas de esta costumbre, que tiene algo de patriarcal, toda vez que de esa suerte parece considerarse al jefe

como el padre de los ciudadanos, costumbre que se había perpetuado en Raab hasta nuestros días.

La joven prometida llevaba un traje lindísimo y del mejor gusto; la señora Roderich, un tocado bastante sencillo, aunque muy rico; el doctor y el juez vestían, lo mismo que mi hermano y yo, traje de etiqueta, y los dos oficiales traje de gran gala.

Algunas personas aguardaban en el bulevar la salida de los carruajes; eran mujeres y muchachas del pueblo, cuya curiosidad se ve siempre despertada por una boda. Al día siguiente, en la Catedral, la muchedumbre sería mucho más considerable, justo homenaje rendido a la familia del doctor.

Ambas carrozas franquearon la puerta principal de la casa, volvieron la esquina del bulevar, siguieron el muelle Batthyani, la calle del Príncipe Miloch, la calle Ladislao y fueron a detenerse ante la verja del palacio del gobernador.



En la plaza y en el patio del palacio se agolpaban los curiosos en mucho mayor número, atraídos, quizá, por el recuerdo de los primeros incidentes, y acaso por la esperanza de que ocurriera algún nuevo fenómeno.

Los carruajes penetraron en el patio de honor y se detuvieron ante la escalinata.

Un instante después Myra, del brazo del doctor; la señora Roderich, del brazo del juez Neuman; después Marcos, el capitán Haralan, el teniente Armgard y yo, tomábamos asiento en el salón de actos, que recibía la luz por las altas ventanas de vidrios de colores. En el centro del salón, una amplia mesa ostentaba dos magníficos ramos de flores.

En su calidad de padres, el señor y la señora Roderich fueron a sentarse a uno y otro

lado de los sillones reservados a los prometidos; detrás tomaron asiento los cuatro testigos; el señor Neuman y el capitán Haralan a la izquierda; el teniente Armgard y yo a la derecha.

Un maestro de ceremonias anunció al gobernador. A su entrada todos nos pusimos respetuosamente en pie.

Sentóse el gobernador en su sitial, preguntando a los padres si consentían en el matrimonio de su hija con Marcos Vidal. Enseguida hizo el gobernador a los prometidos las preguntas de costumbre.

-Marcos Vidal, ¿promete usted tomar a Myra Roderich por esposa?

-Lo juro -respondió mi hermano, a quien se le había enseñado lo que tenía que decir.

-Myra Roderich, ¿promete usted tomar a Marcos Vidal por esposo?

-Lo juro -respondió Myra.

-Nos, gobernador de Raab -anunció solemnemente Su Excelencia-, en virtud de los

poderes que nos han sido conferidos por la Emperatriz-Reina, y conforme a las franquicias seculares de la ciudad de Raab, otorgamos licencia de matrimonio a Marcos Vidal y a Myra

Roderich. Queremos y ordenamos que dicho matrimonio sea celebrado mañana, en la forma regular, en la iglesia catedral de la ciudad.

Así habían pasado las cosas en su sencillez habitual. Ningún prodigio perturbó la audiencia y, si bien la idea había cruzado por mi espíritu, ni el acto sobre la que se estamparon las firmas fue desgarrado, ni las plumas habían sido arrancadas de manos de los desposados ni de los testigos.

Decididamente, Wilhelm Storitz estaba en Spremberg. Allí podía continuar eternamente, para satisfacción de sus compatriotas. Y si estaba en Raab era que su poder se había agotado ya.

Desde entonces, que aquel hechicero lo quisiese o no, Myra Roderich sería la mujer de Marcos Vidal, o no lo sería de nadie.

Me sentí tranquilo y confiado.

## Capítulo XII

Nos hallábamos en el día primero de junio. Aquella fecha, tan impacientemente esperada, había parecido que no iba a llegar jamás.

Por fin estábamos en ella. Algunas horas más, y el matrimonio iba a tener lugar en la catedral de Raab.

La aprensión que había podido dejar en nuestro espíritu el recuerdo de los inexplicables incidentes que se remontaban entonces a unos doce días antes, se había desvanecido por completo después de la audiencia del gobernador.

Me levanté muy temprano; pero por mucha prisa que yo tuviese, Marcos tenía más y se me había adelantado; aún no había acabado de vestirme cuando ya estaba él en mi habitación.

Estaba ya en traje de ceremonia; se hallaba radiante de dicha y ninguna sombra

venía a oscurecerla; me abrazó con gran efusión, y yo le estreché entre mis brazos.

-Myra me recomendó que te recordase...

-Que es para hoy -respondí riendo;- pues bien, dile que si no falté a la hora de la audiencia del gobernador, tampoco faltaré a la de la Catedral. Procura no ser tú quien se haga esperar, mi querido Marcos. Tu presencia es indispensable y la fiesta no se podría celebrar sin ti.

Me dejó, y yo me apresuré a terminar mi tocado, aun cuando apenas eran las nueve de la mañana.

Nos habíamos citado en casa de Roderich, pues de allí debían partir los carruajes.

Aunque no fuese más que para poner de relieve mi exactitud, llegué más pronto de lo necesario, lo cual me valió una tierna sonrisa de la desposada, y me instalé en el salón.

Una tras otra fueron presentándose las personas que habían figurado la víspera en la ceremonia del palacio. Como en el día anterior,

todos vestían de etiqueta; los dos oficiales llevaban cruces y condecoraciones sobre sus espléndidos uniformes del regimiento de los Confines Militares.

Myra Roderich -¿y por qué no decir Myra Vidal, ya que los dos prometidos estaban ligados, en realidad, por la orden del gobernador?-, Myra vestida de blanco y llevando al costado el ramo de desposada, ostentaba sobre sus rubios cabellos la corona nupcial, de la que se desprendía, formando largos pliegues, su gran velo de tul blanco. Aquella corona era la que le había llevado mi hermano. No quiso otra.

Al penetrar en el salón, con su madre, corrió hacia mí y me estrechó las manos; yo, por mi parte, correspondí a su apretón fraternalmente.

-Ah, hermano -exclamó con los ojos radiantes de alegría-, ¡qué feliz soy!

Ninguna huella quedaba de los malos días pasados, de las tristes pruebas a que se

había visto sometida aquella honrada familia. Hasta el capitán Haralan me pareció que lo había olvidado todo; la prueba fue que me dijo, estrechándome la mano:

-¡No... no pensemos más en ello!

He aquí cuál era el programa para aquel día, programa que había recibido la aprobación general.

A las diez menos cuarto, partida para la Catedral, donde el gobernador de Raab, las autoridades y las personas notables de la ciudad se encontrarían cuando llegasen los jóvenes esposos.

Presentaciones y felicitaciones después de la misa, en el momento de firmar las actas en la sacristía de San Miguel.

Regreso para el almuerzo, al que asistirían unos cincuenta convidados.

Por la noche, en los salones del hotel, gran fiesta, para la que habían sido enviadas unas doscientas invitaciones.

Las carrozas fueron ocupadas de la misma manera que el día anterior: la primera por la desposada, el doctor, la señora Roderich y el señor Neuman; la segunda por Marcos y los otros tres testigos. Al volver de la Catedral, Marcos y Myra, unidos para siempre, tomarían asiento en el mismo carruaje; otros coches habían ido a buscar a las personas que debían componer el cortejo nupcial.

A las diez menos cuarto dejaron los carruajes la casa de Roderich, y siguieron por el muelle, atravesaron en toda su longitud la plaza Magiar y subieron al hermoso barrio de Raab, por la calle del Príncipe Miloch.

El tiempo era magnífico y el cielo resplandecía a los rayos del sol; por las aceras los transeúntes, en gran número, se dirigían hacia la Catedral; todas las miradas se detenían sobre el primer coche, miradas de simpatía y de admiración para la joven desposada, y debo hacer constar que mi querido Marcos tuvo también su parte; y por las ventanas asomaban



rostros sonrientes, y de todas partes llegaban saludos, a los que era difícil contestar debidamente.

-¡A fe mía -dije-, me llevaré de esta ciudad muy agradables recuerdos!

-Los húngaros honran en ustedes a Francia, a la que aman -me respondió el teniente Armgard-, y se sienten dichosos de que esta unión haga entrar un francés en la familia Roderich.

Al acercarnos a la plaza fue preciso avanzar al paso de los caballos, tan difícil resultaba entonces la circulación.

De las torres de la Catedral brotaba el alegre tañido de las campanas, que el viento del Este extendía por toda la población, y un poco antes de las diez, el carillón del reloj del ayuntamiento mezcló sus agudas notas a las voces sonoras de San Miquel.

Eran exactamente las diez y cinco cuando nuestras dos carrozas fueron a detenerse al

pie de las gradas, ante la puerta central, abierta de par en par.

El doctor Roderich bajó el primero, ofreciendo el brazo a su hija, que descendió tras él.

El señor Neuman ofreció el suyo a la señora Roderich. Nosotros saltamos enseguida a tierra, y avanzamos detrás de Marcos, entre las dos filas de espectadores, que se escalonaban a lo largo del atrio.

En aquel momento resonaron en el interior las notas del órgano, y a los sonos de sus acordes penetró el cortejo en la iglesia.

Marcos y Myra se dirigieron hacia los dos sillones, colocados uno al lado del otro ante el altar mayor; tras ellos, los padres y los testigos ocuparon los asientos que les estaban reservados.

Todas las sillas y bancos del coro estaban ya ocupados por una numerosa reunión: el gobernador de Raab, los magistrados, los oficiales de la guarnición, y los síndicos, los principales funcionarios de la administración,

los amigos de la familia y los notables de la industria y del comercio.

Para las señoras, todas elegantemente ataviadas, habíanse reservado sitios especiales a lo largo de los bancos, y ningún puesto quedaba libre.

Detrás de la verja del coro, una obra maestra de cerrajería del siglo XIII, se apretaba la muchedumbre de los curiosos, y por lo que hace a las personas que no habían podido aproximarse, habíanse esparcido por las naves.

Si alguno de los asistentes conservaba en aquel momento el recuerdo de los fenómenos que habían conmovido la población, ¿podía venirseles a la mente el pensamiento de que podrían reproducirse en la Catedral?

Seguramente no, por poco que los hubiesen atribuido a una intervención diabólica, ya que no era una iglesia donde esa intervención podía fácilmente ejercerse: ¿no se detiene,

en efecto, el poder del diablo en los umbrales del santuario?

Un movimiento se produjo a la derecha del coro, y la muchedumbre tuvo que replegarse para dejar paso al preste, al diácono, al subdiácono, a los sacristanes y a los monaguillos.

El preste se detuvo ante las gradas del altar, inclinóse y pronunció las primeras frases del Introito, en tanto que los cantores entonaban los versículos del Confíteor.

Myra habíase arrodillado sobre el cojín de su reclinatorio, con la cabeza inclinada y los ojos bajos, en una actitud de recogimiento y devoción. Marcos permanecía de pie a su

lado, y volviendo de cuando en cuando los ojos hacia ella.

La misa se celebraba con toda la pompa y el esplendor de que la Iglesia Católica ha

querido rodear sus ceremonias solemnes; el órgano alternaba con el canto de los Kiries y las estrofas del Gloria, que repercutían en las altas bóvedas.

Producíase a veces ese vago rumor de muchedumbre inquieta, de sillas arrastradas, de asientos derribados, y de tiempo en tiempo los pasos rítmicos de los pertigueros, que velaban por que el tránsito de la nave central permaneciese libre en toda su extensión.

De ordinario, el interior de la Catedral está sumido en una penumbra, en la que el alma se entrega con mayor abandono a las impresiones religiosas. A través de las antiguas vidrieras, en las que con colores suntuosos se dibuja la silueta de los personajes bíblicos, por las estrechas ventanas de estilo ojival de la primera época, y por las vidrieras laterales sólo penetra una luz incierta.

Por poco nublado que hubiese estado el día, la nave central, los rincones alejados y el ábside quedarían oscuros y su mística oscuridad sólo estaría interrumpida por pequeños

círculos de luz proyectados por las lámparas y las velas del altar.

Pero aquel día, bajo el sol espléndido, las ventanas orientadas al Este, y el rosetón del transepto, parecían ascuas de oro. Un haz de rayos que atravesaba una de las vidrieras del ábside caía sobre el pulpito, suspendido de uno de los pilares de la nave, y parecía animar por un momento la figura atormentada por la angustia, que lo sostiene sobre sus enormes espaldas.

Cuando se dejó oír el sonido de la campanilla, los presentes se pusieron en pie, y a dos mil diversos ruidos que de ello resultaron sucedió el silencio, en tanto que el diácono entonó el Evangelio de San Mateo.

Luego, el celebrante, volviéndose hacia el pueblo, dirigió a los desposados una alocución. Hablaba con voz un poco débil, la voz de un anciano coronado de cabellos blancos.

Expuso doctrinas y cosas muy sencillas que debían ir directas al corazón de Myra; hizo un elogio de las virtudes familiares y de la santidad del matrimonio; habló de las disposicio-

nes con que debía ser recibido tan gran Sacramento, y terminó impetrando las

bendiciones del cielo sobre los nuevos esposos.

Terminada la alocución, el venerable sacerdote se volvió hacia el altar para elevar hacia el cielo, en medio del diácono y el subdiácono, las preces del Ofertorio.

Si hago tan meticulosa mención de los detalles de aquella misa nupcial, es sencillamente porque quedaron profundamente grabados en mi espíritu; es porque su recuerdo no debía borrarse jamás de mi memoria.

Desde la tribuna del órgano se alzó una voz magnífica, acompañada por un cuarteto de instrumentos de cuerda. Un tenor muy renombrado en el mundo magiar cantaba la ofrenda.

Marcos y Myra dejaron sus sillones y fueron a colocarse ante las gradas del altar, y allí, después que el subdiácono hubo recibido su rica ofrenda, apoyaron sus labios sobre la patena que les presentaba el celebrante; luego

volvieron a su sitio, marchando el uno al lado del otro; ¡jamás había aparecido Myra más radiante de belleza, más sonriente, ni más aureolada de felicidad!

Por fin, el preste, acompañado de sus dos asistentes, se dirigió hacia los desposados.

Detúvose delante de ellos.

-Marcos Vidal -interrogó su voz vacilante, que sin embargo, fue oída por todos; tan profundo era a la sazón el silencio-, ¿acepta a Myra Roderich por esposa?

-Sí -fue la contestación de mi hermano, claramente percibida por todos.

-Myra Roderich, ¿acepta a Marcos Vidal por esposo?

-Sí -respondió Myra con un suspiro.

Antes de pronunciar las palabras sacramentales, el celebrante recibió las alianzas que le entregara mi hermano, y las bendijo.

Luego se dispuso a colocar una de ellas en el dedo de la joven esposa.



En aquel momento resonó un grito, un grito de angustia y de horror.

Y he aquí lo que vi con mis propios ojos, y conmigo todos los asistentes:

El diácono y el subdiácono retrocedieron bruscamente, como impulsados por una fuerza superior... El celebrante, con los labios temblorosos, descompuesto el rostro, la mirada extraviada, pareciendo luchar contra su fantasma invisible cayó finalmente de rodillas.

Después, los acontecimientos se desarrollaron con la rapidez del rayo y nadie tuvo tiempo de intervenir, ni aún de comprender; mi hermano y Myra cayeron también sobre las gradas, como derribados.

Luego, las alianzas volaron a través de la nave, y una de ellas me dio con fuerza en el rostro.

Y en semejante momento, he aquí lo que yo oí y lo que mil personas oyeron como yo; estas palabras, pronunciadas con una voz terrible, la voz que tan bien reconocíamos, la

voz de Wilhelm Storitz:

-¡Maldición sobre los esposos! ¡Maldición!

Al oír esa maldición, que parecía llegar del otro mundo, un terrible espanto invadió la muchedumbre; de todos los pechos brotó un sordo clamor, y Myra, que entonces se

enderezaba, volvió a caer desvanecida entre los brazos de Marcos, aterrado.

## Capítulo XIII

Los fenómenos a que habíamos asistido en la Catedral de Raab y aquellos otros de que había sido teatro la casa de Roderich, tendían al mismo objetivo.

Su origen era el mismo.

Wilhelm Storitz era el único autor.

¿Resultaba admisible que semejantes fenómenos fuesen debidos a un juego de magia e ilusionismo?

Me veía forzado a responderme negativamente.

No, ni el escándalo de la iglesia ni el robo de la corona nupcial podían atribuirse a un escamoteo. Yo llegaba a suponer seriamente que aquel alemán había heredado de su padre algún secreto científico, el de un descubrimiento ignorado que le diera el poder de permanecer invisible.

¿Por qué no, después de todo?

¿Por qué ciertos y determinados rayos luminosos no habrían de tener la propiedad de atravesar los cuerpos opacos, como si esos cuerpos fuesen translúcidos?

Pero ¿dónde iba yo a parar? Todas ellas no eran sino conjeturas ridículas y nada más, y yo me guardaría mucho de exponerlas a nadie.

Habíamos recogido a Myra sin que hubiese recobrado el conocimiento. Se la trans-

portó a su habitación, depositándola sobre el lecho. Pero los cuidados que se le prodigaron no consiguieron volverla en sí; permanecía inerte, insensible, a pesar de los esfuerzos del impotente doctor.

Sin embargo, respiraba, vivía; preguntábame yo cómo había podido sobrevivir a tantas pruebas, cómo no había muerto tras aquella última emoción.

Muchos de los colegas del doctor Roderich corrieron al hotel. Rodearon el lecho de

Myra, extendida, sin movimiento, cerrados los ojos, el rostro con una palidez de cera, el pecho levantado por los irregulares latidos del corazón, la respiración reducida a un suspiro, que podía extinguirse de un momento a otro.

Marcos tenía entre las suyas sus manos; lloraba... la llamaba:

-¡Myra! ¡Mi querida Myra!

Con voz entrecortada por los sollozos, la señora Roderich repetía en vano:

-¡Myra, hija mía! ¡Estoy aquí, a tu lado!  
¡Soy tu madre!

La joven no abría los ojos, y seguramente no la oía.

Los médicos, sin embargo, habían ensayado los más enérgicos remedios. Llegó un momento en que pareció que la enferma iba a recobrar el conocimiento. Sus labios comenzaron a balbucear palabras vagas, cuyo sentido fue imposible adivinar. Sus dedos se agitaron entre las manos de Marcos, y sus ojos se entreabrieron, pero ¡qué mirada tan incierta la que se percibió a través de los semicerrados párpados!

¿Qué mirada aquélla, en la que se veía la ausencia de la inteligencia!...

Marcos hubo de comprenderlo enseguida:

De pronto retrocedió lanzando este grito:

-¡Loca!... ¡Loca!...

Me precipité hacia él y le sostuve, con ayuda del capitán Haralan, preguntándome

mentalmente si también él iba a perder la razón; menester fue arrastrarle a otra habitación, donde los médicos lucharon contra aquella crisis, cuyo resultado podía ser fatal.

¿Cuál sería el desenlace de aquel drama? ¿Podía esperarse que Myra llegase con el tiempo a recobrar la inteligencia; que los cuidados que se le prodigarán lograsen triunfar del extravío de su espíritu; que aquella locura, en fin, fuese sólo pasajera?

Cuando el capitán Haralan se encontró conmigo a solas, me dijo:

-¡Es preciso acabar!

-¿Acabar ? ¿Y cómo?

Imposible dudar un punto de que Wilhelm Storitz hubiese regresado a Raab y fuese el autor de aquella profanación; pero ¿dónde encontrarle y cómo hacer presa en aquel ser invisible?

¿Cuál, por otra parte, sería la impresión que producirían los hechos en la ciudad? ¿Se

resignarían a aceptar una explicación natural de tan sorprendentes y extraños fenómenos?

Ya he tenido ocasión de hacer notar que los magiares tienen una tendencia natural a lo maravilloso, y la superstición es imposible de desarraigar entre las clases ignorantes.

Claro que para las personas instruidas aquellos extraños fenómenos no podían ser efecto sino de algún descubrimiento físico o químico. Mas cuando se trata de espíritus poco

cultivados, nada puede explicarse sin la intervención del diablo, y Wilhelm Storitz iba a pasar por ser el diablo en persona.

No era, en efecto, posible pensar en ocultar las circunstancias en que aquel extranjero, contra quien había expedido el gobernador de Raab un decreto de expulsión, había intervenido. Lo que hasta entonces habíamos mantenido en secreto no podía continuar en la sombra después del escándalo de San Miquel.

Al día siguiente la ciudad se hallaba en plena ebullición; se relacionaban los aconteci-

mientos de casa Roderich con los de la catedral, conociéndose por fin el lazo que unía entre sí los diversos incidentes.

En todas las familias, en todos los hogares no se pronunció aquel nombre de Wilhelm Storitz sin que evocase el recuerdo, el fantasma podríamos decir, de un personaje extraño cuya vida se deslizaba entre las silenciosas paredes y las cerradas ventanas de la morada del bulevar Tekeli.

No debe, por consiguiente, causar admiración el que digamos que tan pronto como se conoció la noticia, la población en masa se dirigió hacia ese bulevar, arrastrada por una fuerza irresistible, de la que tal vez no se daba cuenta.

Del mismo modo se había congregado la muchedumbre en el cementerio de Spremberg; pero allí los compatriotas del sabio esperaban asistir a algún prodigio, y ningún

sentimiento de animosidad les impulsaba; mientras que, por el contrario, allí había una



explosión de odio, una necesidad de venganza, justificada por los actos de semejante malvado.

No se olvide, por otra parte, para formar juicio acertado del estado de los ánimos, el horror que necesariamente debía inspirar a aquella ciudad tan religiosa el escándalo de que acababa de ser teatro la Catedral.

Semejante sobreexcitación no podía dejar de ir en aumento; la mayor parte se resistía a aceptar una explicación natural de aquellos fenómenos, en verdad incomprensibles en absoluto.

El gobernador de Raab, que no pudo menos de preocuparse de la exaltación en que la población se encontraba, hubo de encarecer al jefe de policía la necesidad de adoptar urgentemente todas las medidas que la situación reclamaba.

Era menester hallarse dispuestos a defenderse contra los efectos de un pánico que podría llevar aparejadas las más graves consecuencias.

Preciso era, además, puesto que había de revelarse el nombre y la intervención de Wilhelm Storitz, proteger la casa del bulevar Tekeli, ante la que se congregarían centenares de obreros, de campesinos y de toda clase de gentes, y defenderla contra la invasión, el saqueo y la destrucción. Mis pensamientos, sin embargo, iban evolucionando insensiblemente, y llegaba hasta a discutir muy en serio una hipótesis, que en los primeros momentos había rechazado de plano.

Si tal hipótesis era fundada, si existía realmente un hombre dotado del poder de hacerse invisible, lo que tal vez fuese increíble, pero que no creía yo debiera rechazarse en absoluto; si la leyenda del anillo de Giges, en la Corte del rey de Cándale, había llegado a convertirse en realidad, la tranquilidad pública se hallaba totalmente comprometida, y no habría en lo sucesivo seguridad personal.

Toda vez que Wilhelm había regresado a Raab sin que nadie le hubiera podido ver,

nada se oponía a que continuase en Raab, sin que hubiera medio de asegurarse de ello y de echarle mano para satisfacer la indignación pública.

Otro objeto de temor: ¿habría guardado para él solo el secreto de aquel descubrimiento que le había legado seguramente su padre? ¿No lo utilizaría también su criado Hermann? ¿No habría asimismo otros que se aprovecharan de él? ¿Quién, desde aquel momento, podría impedirles que se introdujesen en los domicilios cómo y cuándo les

pluguiese y mezclarse a la existencia de sus habitantes? Aun estando uno encerrado en su propia habitación, ¿podría tener la seguridad de estar solo, de no ser oído y de no ser visto, a menos de sumirse en una oscuridad completa?

Por otra parte, en las calles, el temor constante de ser seguido sin saberlo por algún ser invisible que no le pierde a uno de vista y que puede hacer de uno lo que se le antoje... ¿Qué medio podía emplearse para sustraerse a

los atentados de toda clase, de que se podía ser víctima a la hora menos pensada? ¿No venía esto a constituir en un plazo más o menos largo, la anulación de la vida social?

Recordamos entonces lo que había acontecido en la plaza del mercado y que el capitán Haralan y yo presenciamos. Un hombre había sido violentamente derribado, y según sus afirmaciones, por un agresor invisible. Todo inducía a creer por lo tanto que aquel hombre había dicho la verdad. Sin duda fue derribado por Wilhelm Storitz, por su criado Hermann o por cualquier otro individuo. Todo el mundo comenzó a pensar, naturalmente, en lo que a sí mismo podía ocurrirle. Cuando más tranquilo y descuidado se estuviera, podía verse uno expuesto a análogos encuentros, imposibles de prever y de evitar.

Después volvieron a la memoria ciertas particularidades: el edicto de la boda arrancado en la catedral, y cuando el registro en la casa del bulevar Tekeli, el ruido de pasos percibido

en las habitaciones, y aquella redomita caída y hecha pedazos inopinadamente y con tanta oportunidad.

Pues bien; él se encontraba entonces allí y, muy verosímilmente, estaba también su criado; no habían salido de la ciudad, como nosotros supusimos, en seguida de la velada de esponsales, y esto explicaba el agua jabonosa de la alcoba y el fuego en el hornillo de la cocina.

Sí; ambos asistían a las pesquisas en el patio, en el jardín de la casa, y al huir, fue precisamente cuando derribaron al agente de policía que estaba de guardia al pie de la escalera.

Si habíamos nosotros encontrado la corona nupcial en la terraza, fue porque Wilhelm Storitz, sorprendido por el registro, no tuvo tiempo de deshacerse de ella.

En lo que me concernía, los incidentes que habían señalado mi viaje por el Danubio se explicaban ahora suficientemente. ¡El pasajero que yo creía desembarcado en Vukovar,

continuó invisible a bordo!

«Así, pues -pensaba yo-, él sabe producir esa invisibilidad de un modo instantáneo;

aparece o desaparece a su sabor, como los magos, y al propio tiempo que a sí mismo sabe hacer invisibles los vestidos que le cubren, si bien no los objetos que tiene en la mano, ya que nosotros pudimos ver el contrato desgarrado, el ramo destrozado, la corona robada y las alianzas lanzadas a través de la nave de la catedral.

»Aquí, sin embargo, no se trata de magia, de palabras cabalísticas, de encantamientos ni de brujerías. Permanecemos en los dominios de los hechos naturales.

»Es evidente que Wilhelm Storitz posee la fórmula de una composición determinada, y que basta absorber esa composición...

»Pero, ¿cuál es esa composición?

»Indudablemente, la que se hallaba encerrada en aquella redoma que se rompió, y cuyo contenido vimos evaporarse tan rápidamente.

»Lo que ignoramos es la fórmula de esa composición.

»¿La conoceremos alguna vez? Mucho nos importaría, pero debemos desesperar de conseguir conocerla.

»En cuanto a la persona misma de Wilhelm Storitz, dado que se haga completamente invisible, ¿no será posible tampoco apoderarse de ella? Si escapa al sentido de la vista, no escapará, a lo que yo imagino, al sentido del tacto. Su envoltura material no pierde ninguna de las tres dimensiones comunes a los cuerpos, longitud, latitud y profundidad; allí está siempre, en carne y hueso, como suele decirse.

«Invisible, sea; pero intangible, no; eso está bien para los fantasmas y aquí no se trata de ningún fantasma.

»Que la casualidad haga que se le pueda coger por los brazos o por las piernas o la cabeza y se le podrá sujetar, aunque no se le vea. Y por admirable y sorprendente que sea la

facultad de que dispone, no le permitirá pasar a través de las paredes de una cárcel.»

Eran éstos, razonamientos y suposiciones, más o menos aceptables, pero que no hacían que la situación fuera menos inquietante, y menos comprometida la seguridad pública y la tranquilidad de todos.

Nadie se consideraba seguro ni dentro ni fuera de las casas, ni de día ni de noche. El

menor ruido en las habitaciones, un chasquido en el pavimento, una persiana agitada por el viento, el zumbido de un insecto en las orejas, el soplo de la brisa por una puerta, o una ventana mal cerrada, todo absolutamente parecía sospechoso.

Durante el trajín de las faenas domésticas, las comidas y las veladas, en la noche, durante el sueño, admitiendo que el sueño fuese entonces posible, jamás se sabía si algún intruso había penetrado en la habitación. Si Wilhelm Storitz u otro se encontrarían allí, espiando nuestros pasos, escuchando nuestras palabras,



penetrando, en suma, los más íntimos secretos de las familias.

Podía, sin duda, ocurrir que aquel alemán hubiese salido de Raab y regresado a Spremberg. Sin embargo, reflexionando sobre ello (tal era la opinión del doctor Roderich y del capitán Haralan, así como la del gobernador y del jefe de policía), ¿podía razonablemente admitirse que Wilhelm Storitz hubiese puesto fin a sus deplorables ataques?

Si había dejado que la concesión de la licencia tuviera lugar, era indudablemente porque a la sazón no había regresado de Spremberg; pero había interrumpido la boda, y ¿no era de presumir que intentase hacer de nuevo lo mismo si Myra llegaba a recobrar la razón?

¿Por qué había de haberse extinguido el odio que experimentaba hacia la familia Roderich antes de satisfacerlo por completo? ¿No respondían bastante elocuentemente a estas preguntas las amenazas que resonaron en las naves de la catedral?

No, no se había dicho aún la última palabra de aquel triste asunto, y estaba uno en su derecho al temerlo todo, pensando en los medios de que disponía aquel hombre para la realización de sus designios y proyectos de venganza.

En efecto: por vigilada que estuviese noche y día la casa de Roderich, ¿no llegaría a introducirse en ella? Y una vez dentro, ¿no obraría como mejor le conviniese?

Puede juzgarse, en vista de esto, la obsesión de los espíritus, lo mismo de aquellos hechos positivos, que de aquellos otros que se entregaban a las exageraciones de una imaginación calenturienta.

Pero, en fin, ¿existía un remedio a aquella situación?

Yo no veía ninguno, lo confieso.

La marcha de Marcos y Myra no hubiese cambiado la situación. ¿No tenía Wilhelm Storitz el poder de seguirles con toda libertad? Esto sin contar con que el estado en que se

encontraba Myra apenas le permitiría salir de Raab.

Por el momento, ¿dónde se encontraba nuestro inapresable enemigo?

Nadie habría sido capaz de decirlo con certeza, si una serie de acontecimientos no hubieran venido a demostrarnos, golpe tras golpe, que se obstinaba en permanecer en medio de una población a la que desafiaba y aterrorizaba impunemente.

El primero de estos acontecimientos hubo de llevar al colmo nuestra desesperación.

Dos días justos habían transcurrido desde la terrible escena de la iglesia de San Miguel, sin que ninguna mejoría se hubiese manifestado en la salud de Myra, siempre privada de razón, y que continuaba entre la vida y la muerte; estábamos a 3 de junio. Después del almuerzo, toda la familia Roderich, incluso mi hermano y yo, se hallaba reunida en la galería, y discutíamos, cuando una carcajada verdaderamente satánica resonó en nuestros oídos.

Nos levantamos dominados por el espanto; Marcos y el capitán Haralan, arrastrados por una especie de frenesí, se lanzaron, con un mismo impulso, hacia la parte de la galería de donde parecía venir aquella espantosa carcajada, pero a los pocos pasos se detuvieron. Todo ocurrió en dos segundos.

En dos segundos vi fulgurar una hoja brillante, describiendo en la luz su curva homicida; vi vacilar a mi hermano, y al capitán Haralan recibirle en sus brazos.

Me precipité en su socorro en el momento mismo en que una voz (aquella voz que al presente todos nosotros conocíamos tan bien) pronunciaba, con el acento de una indomable energía:

-¡Jamás Myra Roderich será la mujer de Marcos Vidal, jamás!

En seguida, un violento soplo de aire hizo vacilar las arañas, se abrió y volvió a cerrarse rápidamente con gran estrépito la puerta

del jardín, y comprendimos que nuestro implacable adversario se nos escapaba una vez más.

El capitán Haralan y yo extendimos a mi hermano sobre un diván, y el doctor Roderich examinó la herida; por fortuna, no era grave; la hoja del puñal había resbalado sobre el omoplato izquierdo, de arriba abajo, y todo se reducía a una espectacular herida que, a pesar de su aspecto, estaría curada en un par de días; por esta vez, el asesino se había

visto defraudado en sus intentos, pero ¿ocurriría siempre lo mismo?

Marcos fue curado y transportado al hotel Temesvar, instalándome yo a su cabecera, donde, sin dejar de velarle, me absorbí en el examen del problema puesto a mi sagacidad, y que era preciso resolver, costara lo que costase, pues corrían peligro de muerte los seres que me eran más queridos.

No había dado aún, lo confieso, ni el primer paso en el camino de la solución anhelada, cuando sobrevinieron otros aconteci-

mientos, nada dramáticos en verdad, pero extraños e incomprensibles, y que me dieron mucho que pensar.

La noche de aquel mismo día 3 de junio, una luz potente, que fue vista desde la plaza Kurtz y desde el mercado Coloman, apareció en la ventana más alta de la torrecilla del reloj del ayuntamiento. Una mecha ardiendo se bajaba, se alzaba, se agitaba, como si algún incendiario hubiese pretendido prender fuego al edificio.

El jefe de policía y sus agentes, lanzándose fuera del puesto central, llegaron rápidamente al final de la torrecilla.

La luz había desaparecido y, como ya se figuraba el señor Stepark, no se encontró a nadie. El individuo digamos Wilhelm Storzitz, había tenido tiempo de huir, o permanecer oculto en algún rincón.

Al día siguiente por la mañana, nuevo desafío lanzado a la ciudad entera, presa ya de una verdadera locura.

Acababan de dar las diez y media cuando resonó un siniestro campaneó, una especie de toque a rebato.

Aquella vez no era un hombre solo, pues era imposible que un hombre pusiese en movimiento tantas campanas. Era preciso que Wilhelm Storitz estuviese ayudado por muchos cómplices, o, cuando menos, por su criado Hermann.

Los habitantes, aun de los barrios más apartados, corrieron espantados a la plaza de San Miguel; de nuevo se presentó la policía y subió a lo más alto de la torre...

Pero en vano la recorrieron y husmearon en todos sentidos. ¡Nadie! ¡Nadie!

Cuando los agentes habían llegado a la escalera, las campanas enmudecieron y no se

halló ni rastro de los invisibles campaneros autores de aquella alarma.

Así pues, nuestros temores se realizaban: Wilhelm Storitz no había salido de Raab y había penetrado sin dificultad en la casa de Roderich por aquellos días.

Cierto que había errado el golpe, pero esto no constituía una garantía para el porvenir.

Lo que una vez le había fallado querría volverlo a realizar, y acaso lo consiguiera con mejor éxito. Importaba, pues, mucho adoptar un plan de conducta que nos garantizase contra los ulteriores ataques de aquel miserable.

No me fue difícil combinar este plan de conducta. Resolví, en primer término, reunir a las diversas personas amenazadas por cualquier motivo, y organizar un sistema de

defensa tal, que fue imposible para todo el mundo el acercarse a ellos; estudié cuidadosamente los medios de alcanzar este ideal, y tan pronto como los encontré los puse en ejecución sin dilaciones.



En la mañana del 5 de junio, menos de cuarenta y ocho horas después del atentado, mi hermano, cuya herida, completamente superficial, comenzaba ya a cicatrizar, fue transportado a casa de Roderich y acostado en una habitación próxima a la de Myra.

Hecho esto, expuse mi plan al doctor, quien, habiéndolo aprobado por entero, me dio carta blanca y declaró considerarme, a partir de aquel instante, en cierta suerte como el

comandante en jefe de una guarnición sitiada.

Comencé a ejercer mi autoridad. Dejando un solo criado para la custodia de Marcos y de Myra (¡no tuve más remedio que correr este riesgo!) empecé a hacer una visita metódica y minuciosa a la casa, con la ayuda de todos sus habitantes, incluso el capitán Haralan, y la propia señora Roderich, que, por indicación mía, dejó la cabecera de su hija.

Dimos comienzo por los tejados y desvanes, recorriéndolos, codo con codo, de un

extremo a otro; visitamos luego una por una todas las piezas, sin dejar el más pequeño rincón y sin que entre nosotros hubiese el menor espacio por el que hubiese sido posible deslizarse una criatura humana.

Al pasar, alzamos todos los cortinajes y cortinas, cambiamos de lugar las sillas, inspeccionamos las camas y los armarios, todo sin que ni por un segundo perdiéramos el contacto.

Inmediatamente de visitada de esta suerte una habitación, cerrábase la puerta y se me entregaba la llave.

En este trabajo empleamos más de dos horas, pero al fin fue terminado, y llegamos a la puerta exterior seguros de que ningún extraño podía hallarse oculto en la casa.

Cerróse bien esta puerta exterior, corriendo los cerrojos, y yo metí la llave en mi bolsillo; en lo sucesivo, nadie podría entrar sin mi permiso, y yo me prometía hacer las cosas de manera que ningún intruso, aunque fuese cien veces invisible, lograra internarse de in-

cógnito al propio tiempo que el visitante por mí recibido y reconocido.

Y de hecho, a partir de aquel instante, yo sólo fui quien respondía a las llamadas. Para cumplir mi oficio de portero me hacía acompañar por el capitán Haralan o, en su ausencia, por un criado de confianza. La puerta era tan sólo entreabierta, y luego, mientras mi compañero la sujetaba por el interior, deslizábame por el hueco que yo mismo obstruía al exterior. ¿Se admitía al visitante? Retrocedíamos un poco los tres, apretados uno contra otro, en tanto que la puerta iba cerrándose poco a poco.

Estábamos evidentemente en perfecta seguridad en aquella casa, transformada en fortaleza.

Reconozco que puede hacerse una objeción a lo que acabo de decir. Es cierto que más que el nombre de la fortaleza, hubiera merecido nuestra casa el de cárcel, pero un encarcelamiento es soportable cuando no debe eternizar-

se. ¿Sería el nuestro de larga duración? Yo no lo creía así.

No cesaba, en efecto, de reflexionar en tan singular situación, y, sin abrigar la pretensión de haber penetrado el indescifrable misterio de Wilhelm Storitz, no dejaba de haber realizado bastantes progresos en aquel camino. Algunas frases por vía de explicación, un poco áridas tal vez, me parecen aquí indispensables para la mejor inteligencia.

Cuando se hace caer sobre un prisma un haz de rayos solares, éste se descompone, como todo el mundo sabe, en siete colores, cuyo conjunto constituye la luz blanca; esos colores (violeta, añil, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo) constituyen el "espectro solar".

Pero tal vez esta gama visible no sea más que una parte del espectro completo; pueden muy bien existir aún otros colores que no sean perceptibles para nuestros sentidos. ¿Por qué esos rayos, desconocidos todavía no habían de tener propiedades enteramente distintas de

las de aquellos que conocemos? En tanto que éstos no son capaces de atravesar más que un corto número de cuerpos sólidos, como el cristal, por ejemplo, ¿por qué los otros no habrían de atravesar indistintamente todos los cuerpos materiales?

Si las cosas pasaban realmente así, nada nos advertía de ello, puesto que nuestros sentidos no son sensibles a esos rayos, caso de que existan. Podía, por consiguiente, ocurrir que Otto Sturitz hubiese descubierto rayos que gozasen de ese poder, y que hubiese encontrado la fórmula de una sustancia que, introducida en el organismo, tuviese la facultad doble de extender hasta la periferia y de modificar la naturaleza de los diversos rayos contenidos en el espectro solar.

Admitido esto, todo se explicaba.

Al llegar a la superficie del cuerpo opaco, impregnado de esta sustancia, la luz se descompone, y los rayos que la constituyen se transforman todos indistintamente en esas

radiaciones desconocidas cuya existencia imaginaba yo. Esas radiaciones atravesaban, pues, libremente ese cuerpo, y luego, sufriendo, en el momento de salir, una transformación en sentido contrario, volvían a adquirir sus diferentes formas primeras, e impresionaban nuestros ojos como si el cuerpo opaco no hubiera existido.

Es indudable que muchos puntos quedaban todavía oscuros. ¿Cómo explicar, en efecto, que no fuesen vistos los vestidos que llevaba Wilhelm Storitz, y no obstante, los objetos que tenía en las manos permaneciesen visibles?

Por otra parte, ¿cuál era la sustancia capaz de producir efectos tan maravillosos?

Esto era una cosa que yo no sabía, y era en verdad muy de lamentar, toda vez que si lo hubiera sabido habría podido hacer uso de tal sustancia y luchar con armas iguales.

Pero, ¿acaso, después de todo, era imposible vencerle sin poseer esa ventaja?

Planteaba yo, en efecto, el siguiente dilema: cualquiera que fuese aquella desconocida sustancia, o su acción era transitoria o era perpetua. En el primer caso, Wilhelm Storitz se vería obligado a absorber nuevas dosis, a intervalos más o menos largos. En el segundo, érale absolutamente preciso destruir, de cuando en cuando, el efecto de su droga con otra droga contraria, un contraveneno en cierta suerte, pues hay circunstancias en que la invisibilidad sería, no una superioridad, sino una verdadera inferioridad.

En uno y otro caso, pues, Wilhelm Storitz estaba obligado ya a fabricar, ya a tomar, en una reserva preexistente, la sustancia que deseaba emplear, ya que era indudable que no podía ser ilimitada la cantidad que llevaba su persona.

Puesto ya este jalón, preguntábame qué significado tendría, a qué respondería aquel doblar de campanas, aquellas luces agitadas frenéticamente. Aquello no conducía a nada,

era del todo incoherente, según ya hice observar.

¿Cómo explicar esto sino atribuyéndolo a que Wilhelm Storitz, orgulloso de la casi omnipotencia que se atribuía, llegaba a hechos y actos de demente, que estaba abocado a la locura? Esto constituía una eventualidad favorable, y que el examen desapasionado y sereno de los hechos tendía a hacer plausible.

En vista de todos estos razonamientos, fui a ver al señor Stepark y se lo expliqué todo.

Dile cuenta de mis reflexiones, y de común acuerdo quedó decidido que la casa del bulevar Tekeli fuese guardada día y noche por un cordón de agentes de policía o de soldados, de manera que fuera materialmente imposible a su propietario el introducirse en ella, viéndose así privado de su laboratorio y de su reserva secreta, si era que esta reserva existía.

Veríase, por consiguiente, condenado por la fuerza de las cosas, ya a volver a tomar la apariencia humana en un plazo más o menos



largo, ya a permanecer eternamente invisible, lo cual no podía ser una ventaja para Storitz.

No cabía duda, además, de que si era cierta la hipótesis del principio de locura, se sobreexcitaría más ante los obstáculos que se le oponían, y acabaría cometiendo alguna imprudencia que viniera a ponerle en nuestras manos.

El jefe de policía no puso el menor obstáculo para atender mis indicaciones. Él mismo pensaba, por su parte, aislar la casa de Wilhelm Storitz, con objeto de calmar en lo posible la excitación de la muchedumbre, tan tranquila de ordinario, y que en la actualidad podía comparársela a la de una nación invadida, y temiendo que de un momento a otro comenzase el bombardeo, preguntándose cada uno de los habitantes si la primera bomba caería sobre su casa o la del vecino.

¿Qué no podía, en efecto, temerse de aquel Wilhelm Storitz, cuya presencia en la ciudad atestiguaban elocuentemente los últi-

mos sucesos, y que podría escoger la víctima que mejor le pareciera para satisfacer sus instintos o su odio?

En casa de Roderich la situación era todavía más grave. Myra no había recobrado la razón. Sus labios se abrían sólo para pronunciar palabras incoherentes; sus ojos lanzaban miradas vagas, que no se fijaban sobre nadie; no nos oía; ni reconocía a su madre ni a Marcos, que pronto se halló en situación de acompañar a la señora Roderich a la cabecera de la enferma. ¿Era un delirio pasajero? ¿Era una locura incurable? ¿Quién habría podido decirlo en aquellas circunstancias?

Su debilidad era también extrema, como si se hubiese roto los resortes de la vida.

La señora Roderich se sostenía merced a una extraordinaria fuerza moral; apenas si se concedía algunas horas de reposo, cuando su marido la obligaba a ello.

¡Y qué sueño tan agitado el suyo! A pesar de las precauciones adoptadas, aseguraba

que el enemigo invisible estaba allí, que había penetrado en la casa, que rondaba en torno de su hija. Se levantaba llena de terror y no recuperaba la tranquilidad hasta haber visto al doctor o a Marcos velando a la cabecera de Myra. Si semejante situación se prolongaba por algún tiempo, le sería imposible resistirla.

Los colegas del doctor Roderich celebraban consulta sobre consulta, sin que hasta entonces hubiera sido posible formular un diagnóstico fundado.

Tan pronto como pudo tenerse en pie, cosa que sucedió al cabo de tres días, mi hermano no abandonó la habitación de Myra.

Por mi parte, apenas me ausentaba de la casa, y cuando lo hacía era para encaminarme al ayuntamiento. El señor Stepark me tenía al corriente de todo lo que se decía en Raab.

Por él sabía que la población entera estaba llena de mil aprensiones. En la imaginación popular no era sólo Wilhelm Storitz, sino una banda de individuos, invisibles como él,

quienes habían invadido la ciudad, entregada sin defensa a sus infernales maquinaciones.

El capitán Haralan, por el contrario, se hallaba con mucha frecuencia fuera de nuestra fortaleza. Bajo la obsesión de una idea fija, recorría incesantemente las calles sin pedirme que le acompañase. ¿Acariciaba algún proyecto y temía que yo tratase de disuadirle de él? ¿Contaba con la más inverosímil de las casualidades para tropezarse con Wilhelm Storitz? ¿Aguardaba que éste fuese señalado en Spremberg o en otra parte cualquiera para correr en su busca? Seguramente, yo no habría tratado de retenerle, sino que por el contrario, le hubiera acompañado, ayudándole a desembarazarnos de aquel malvado.

Pero, ¿era probable que se produjera aquella eventualidad? No, ni en Raab ni en otra parte cualquiera.

A la caída de la tarde del 11 de junio, sostuve una larga conversación con mi herma-

no, que me parecía más abatido que nunca y temía que fuera a caer seriamente enfermo.

Habría sido menester sacarle de aquella ciudad y llevarle a Francia, pero nunca hubiera consentido en separarse de Myra. ¿Era, con todo, imposible que la familia Roderich se alejase por algún tiempo de Raab? ¿No merecía ser estudiada la cuestión? Me propuse hablar de ella al doctor.

Aquel día, al poner fin a nuestra plática, dije a Marcos:

-Mi querido hermano, te veo a punto de perder toda esperanza; la vida de Myra no está ya en peligro, según el dictamen de los médicos, todos de acuerdo sobre este punto. Si

su razón la ha abandonado es sólo momentáneamente, créelo; no dejará de volver a encontrarse buena y sana, para tu alegría y la de todos.

-Tú quieres que no me desespere -respondió Marcos con voz ahogada por los sollozos-; pero aun en el caso de que mi pobre

Myra recobrase la razón, ¿no continuará hallándose a merced de ese monstruo? ¿Crees tú que su odio se haya satisfecho con lo hecho hasta aquí? ¿Y si quiere llevar más adelante su venganza? Ya me comprendes, Enrique. Él lo puede todo, y nosotros estamos indefensos ante él.

-No -exclamé-; no es imposible combatirle, Marcos.

-¿Y cómo? ¿Cómo? -repuso Marcos, animándose-. No, Enrique, no dices lo que piensas. Estamos desarmados contra ese miserable; no podemos librarnos de él más que encerrándonos como en una cárcel. Y nada nos asegura que, a pesar de todo, no consiga penetrar en la casa.

La exaltación de Marcos no me dejaba contestarle, no se escuchaba más que a sí mismo, y añadió, apretando los puños:

-¿Quién te dice que nosotros estamos solos en este instante? No me traslado de una

habitación a otra sin decirme que tal vez él me sigue. Se me antoja que alguien anda detrás de mí... que alguien se aparta... que retrocede a medida que yo avanzo... y que desaparece cuanto quiero asirle.

Sin dejar de hablar, Marcos se acompañaba con los movimientos y gestos de que hacía mención, y avanzaba o retrocedía como un ser invisible.

No sabía qué hacer para calmarle; lo mejor hubiera sido arrastrarle fuera de allí, llevarle lejos, muy lejos.

-¿Quién sabe -prosiguió diciendo -si nos ha sorprendido cuanto acabamos de hablar? Nosotros le creemos lejos, y tal vez está aquí... ¡Mira!... ¡Tras esa puerta!... Sí... oigo pasos... ¡Está ahí!... Se acerca... ¡Golpeemos!... ¡Mate-mos!... Pero ¿es posible? ¿Puede

morir ese monstruo?

He aquí en qué estado se hallaba mi hermano. ¿No tenía yo motivos sobrados para

temer que en una de esas crisis su razón se escapase como la de Myra?

¿Qué falta hacía que Otto Storitz lograra aquel descubrimiento maldito? ¿Por qué había de haber dejado semejante secreto en manos de un hombre demasiado armado ya para el mal?

En la ciudad la situación no mejoraba; aun cuando ningún otro incidente se hubiese

producido desde que Wilhelm Storitz había proclamado su presencia en lo alto de la torre-cilla del reloj, el espanto había invadido toda la población. No había casa que no se creyese visitada por el invisible. Ni aun las iglesias ofrecían ya un asilo en que poderse refugiar, después de lo que había pasado en la catedral.

En vano intentaban las autoridades producir y provocar una reacción; nada consiguieron, porque no hay poder contra el terror.

He aquí, entre otros mil, un hecho que pone de manifiesto a qué grado de excitación habían llegado los espíritus.



En la mañana del día 12 había yo salido de la casa para ir a ver al jefe de policía, cuando al desembocar en la calle del Príncipe Miloch, doscientos pasos antes de la plaza San Miguel, vi al capitán Haralan.

Cuando nos reunimos, le dije:

-Voy a casa del señor Stepark; ¿quiere usted acompañarme, capitán?

Sin contestarme, maquinalmente, tomó la misma dirección que yo. Nos acercábamos ya a la plaza Kurtz, cuando oímos muchos gritos de espanto.

Un carricoche, tirado por dos caballos, bajaba la calle a una velocidad excesiva; los transeúntes se separaban a derecha e izquierda para evitar el ser atropellados; sin duda el conductor había sido arrojado a tierra, y los caballos, abandonados a sí propios, se habían desbocado.

Pues bien; se les ocurrió a algunos transeúntes, no menos enloquecidos que los caballos, que un ser invisible guiaba aquel carruaje

y que Wilhelm Storitz se hallaba dentro del mismo. A nuestros oídos llegó este grito:

-¡Él... él! ... ¡Es él!...

No había tenido tiempo de volverme hacia el capitán Haralan cuando ya éste no estaba a mi lado; le vi precipitarse al encuentro del carricoche, con la evidente intención de detenerle cuando cruzase por su lado.

La calle hallábase muy concurrida a la sazón. El nombre de Wilhelm Storitz se oía por doquier. Multitud de piedras comenzaron a caer sobre los caballos desbocados. Tal era la sobreexcitación pública, que algunos tiros de mosquete partieron del almacén situado en el ángulo de la calle del Príncipe Miloch.

Uno de los caballos cayó herido por una bala en la pierna, y el carruaje, al tropezar con su cuerpo, volcó.

En seguida la muchedumbre se lanzó, abrió las portezuelas y tendió las manos con ánimo de apresar a Wilhelm Storitz; sólo encontraron el vacío.

El conductor invisible debió, sin duda, saltar del carricoche antes de volcar.

No era así, sin embargo, y presto hubo de reconocerse.

Pronto se acercó un campesino, el dueño del carruaje, cuyos caballos, detenidos en el mercado Coloman, se habían desbocado en su ausencia. ¡Cuál no fue su cólera al ver a uno de ellos tendido en tierra! No quería dar oídos a nada y llegué a temer que la muchedumbre fuera a ensañarse y maltratar a aquel pobre hombre inocente del suceso.

Arrastré tras de mí al capitán Haralan, quien me siguió sin decir una palabra al ayuntamiento.

El jefe de policía estaba informado ya de lo que había ocurrido en la calle del Príncipe Miloch.

-La ciudad -dijo- está alborotada, y no es posible prever hasta dónde llegará.

Le hice mis preguntas habituales.

-¿Ha sabido usted algo nuevo?

-Sí -respondió-, se me ha informado de la presencia de Wilhelm Storitz en Spremberg.

-¿En Spremberg? -gritó el capitán Hara-lan volviéndose hacia mí-. ¡Marchemos! Tengo su promesa.

No sabía yo qué contestar, porque estaba seguro de la inutilidad de semejante viaje.

-Aguarde usted, capitán -intervino el señor Stepark-; he pedido a Spremberg la confirmación de la noticia, y un correo debe llegar de un instante a otro.

No había transcurrido media hora cuando el esperado correo llegó. La noticia no reposaba sobre ningún fundamento serio. No tan sólo no se había visto a Wilhelm Storitz en Spremberg, sino que se creía que no debía haber salido de Raab.

Dos nuevos días pasaron sin que se produjera cambio alguno en el estado de Myra

Roderich.

En cuanto a mi hermano, me pareció un poco más tranquilo. Yo esperaba la ocasión de hablar al doctor de un proyecto en marcha.

La jornada del 14 de junio fue menos tranquila que las precedentes. Esta vez, las autoridades experimentaron su impotencia para contener a una muchedumbre llegada a tan extraordinario grado de exaltación.

Hacia las once, mientras me paseaba por el muelle Batthyani, vinieron a herir mis oídos las siguientes frases:

-¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

No había necesidad de decir quién era el que había vuelto; se adivinaba fácilmente.

Dos o tres transeúntes a quienes me dirigí, me dijeron:

-¡Acaba de percibirse humo en la chimenea de su casa!

-¡Se le ha visto -afirmó otro-; se ha visto su semblante tras los cristales de la terraza!

Sin conceder ni negar crédito a aquellos rumores, me dirigí inmediatamente al bulevar

Tekeli, donde, sin duda, iban a desarrollarse importantes acontecimientos.

¿Qué probabilidades había, sin embargo, para presumir que Wilhelm Storitz hubiese regresado a su morada? No podía ignorar que sobre ella se ejercía una activa vigilancia, y que se tenían vivísimos deseos de echarle mano; ¿cómo, pues, iba a correr semejante riesgo?

Verdadera o falsa, la noticia había producido su efecto. Cuando yo llegué, muchos millares de personas, que el cordón de agentes de policía se esforzaba inútilmente en contener, rodeaban ya la casa por el bulevar y por el camino de ronda. Por todas partes acudían masas enormes de hombres y de mujeres sobreexcitados hasta un extremo inconcebible, y lanzando gritos de muerte.

¿Qué podían los argumentos de cualquier clase contra la convicción infundada, pero arraigadísima, de que "él" estaba allí, y con él tal vez la banda de sus invisibles cómplices? ¿Qué podía la policía contra aquella muche-

dumbre innumerable, que sitiaba la casa maldita tan de cerca, que si Storitz estaba allí encerrado no conseguiría librarse y escapar?

A pesar de la resistencia de los agentes, a pesar de los esfuerzos del jefe de policía, la verja fue asaltada, la casa invadida, descerrajadas las puertas, arrancadas las ventanas, arrojados los muebles al jardín y al patio, y deshechos los instrumentos del laboratorio.

Después, las llamas brotaron de la planta baja, ganaron el piso superior, invadieron la techumbre y pronto la terraza se hundió.

En cuanto a Wilhelm Storitz, en vano se le había buscado; no estaba, o por lo menos, fue imposible encontrarle.

Una hora después, de la casa no quedaba sino las cuatro paredes.

Acaso fue preferible que se hubiese destruido. ¿Quién sabe si ese hecho traería la paz a los espíritus, llegando la población a creer que Wilhelm Storitz, por invisible que fuese, había perecido en el incendio?

## Capítulo XV

Después de la destrucción de la casa de Storitz, parecióme que la sobreexcitación de Raab se había calmado un tanto; la ciudad iba tranquilizándose poco a poco.

Como yo había supuesto, algunos habitantes se inclinaban a creer que el hechicero, hallándose realmente en su morada en el momento de ser invadida por la muchedumbre, había perecido en medio de las llamas.

La verdad es que, buscando entre los escombros y removiendo las cenizas, no se descubrió nada que pudiera justificar semejante opinión. Si Wilhelm Storitz había asistido al incendio, era indudable que lo hizo desde algún sitio donde las llamas no podían alcanzarle.



Nuevas cartas recibidas de Spremberg se hallaban de acuerdo sobre este punto: ni

Wilhelm Storitz ni su criado Hermann habían sido vistos allí, y se ignoraba en absoluto donde podían haberse refugiado uno y otro.

Por desgracia, si bien una calma relativa comenzaba a reinar en la ciudad, no sucedía lo mismo en casa de Roderich. El estado mental de nuestra pobre Myra no mejoraba nada; inconsciente, indiferente a los cuidados que incessantemente le eran prodigados, no reconocía a nadie. Así es que los médicos no abrigaban ninguna esperanza.

Sin embargo, aun cuando débil, su vida no se encontraba amenazada.

En la tarde del día 16, erraba yo al azar por las calles de la población, cuando se me ocurrió la idea de pasar a la orilla derecha del Danubio, Era ésta una excursión que se había quedado hasta entonces en proyecto, pues las circunstancias no me habían permitido hacerla aún, excursión de la que, por lo demás, no me

aprovecharía de gran cosa, dado el estado en que mi espíritu se encontraba.

Encamíneme, pues, hacia el puente, atravesé la isla Svendor y puse, por fin, el pie sobre la orilla perteneciente a Serbia.

Mi paseo hubo de prolongarse algo más de lo que pensaba y quería; habían dado ya las ocho y media cuando volvía al puente, después de haber comido en una fonda de la orilla serbia, próxima al río, en un bello sitio.

No sé qué capricho me asaltó entonces; en vez de entrar directamente en el puente, no atravesé sino su primera parte, y bajé por el paseo central de la isla Svendor.

Apenas había dado una docena de pasos, cuando descubrí al jefe de policía. Estaba solo; se acercó a mí, y entablamos en seguida conversación sobre el asunto que a ambos nos preocupaba tan hondamente.

Haría unos veinte minutos que habíamos emprendido el paseo cuando llegamos a la

punta septentrional de la isla. Acababa de caer la noche, y la sombra se extendía por los árboles y los desiertos paseos. Las quintas estaban cerradas, y no encontramos a nadie.

Había llegado la hora de regresar a Raab, y a ello nos disponíamos, cuando algunas palabras llegaron a nuestros oídos.

Me detuve y detuve al señor Stepark, cogiéndole del brazo. Luego, inclinándome de manera que fuera oído por él sólo, le dije:

-Escuche, es la voz de Wilhelm Storitz.

-¿Wilhelm Storitz? -dijo el jefe de policía en el mismo tono.

-Sí.

-No nos ha visto.

-No; la noche viene a igualar las cosas y nos hace tan invisibles como él.

La voz, sin embargo, continuaba llegando hasta nosotros, algo indistinta.

Las voces, mejor dicho, porque seguramente había dos o más interlocutores.

-No está solo -murmuró el señor Stepark.

-No. Probablemente le acompaña su fiel criado.

El jefe de policía me arrastró tras él al abrigo de unos árboles, inclinándose hacia el suelo. Merced a la oscuridad que nos protegía, tal vez pudiéramos acercarnos a los interlocutores lo bastante para oír sin ser vistos.

Pronto nos encontramos escondidos a diez pasos aproximadamente del sitio en que debía de encontrarse Wilhelm Storitz; no vimos, naturalmente, a nadie, pero no por eso dejamos de aguardar, y no tuvimos por qué lamentarlo.

Jamás se nos había presentado mejor ocasión para averiguar dónde se ocultaba nuestro enemigo desde el incendio de su casa, así como de conocer sus proyectos, y hasta, si posible fuera, de apoderarnos de su persona.

No podía en manera alguna sospechar que nosotros estuviésemos allí, con el oído

atento. Medio acostados entre la maleza, no atreviéndonos casi ni a respirar, escuchamos, con indecible emoción, las frases que se cambiaban, más o menos distintas, según el amo o el sirviente se acercaban o se alejaban de nosotros.

He aquí la primera frase que llegó hasta nosotros, y que fue pronunciada por Wilhelm Storitz:

-¿Podremos estar allí mañana?

-Sí -respondió su invisible interlocutor, el criado Hermann, según todas las probabilidades-. Y nadie sabrá quiénes somos.

-¿ Desde cuándo estás en Raab?

-Desde esta mañana.

-Bien... ¿Y esa casa está alquilada?

-Bajo un nombre supuesto.

-¿Estás seguro de que podemos habitarla a la vista de todo el mundo, que no somos conocidos en ... ?

Imposible nos fue, con gran disgusto nuestro, oír bien el nombre de la población.

Pero por las palabras oídas resultaba que nuestro adversario contaba con volver a tomar la apariencia humana en un plazo más o menos largo. ¿Por qué cometía semejante imprudencia? Supuse yo que su invisibilidad no podía mantenerse más allá de cierto tiempo, sin que resultase perjudicial a su salud.

Doy, por lo que pueda valer, esta explicación, que me parece plausible, pero que nunca tuve ocasión de comprobar.

Cuando las voces volvieron a acercarse, Hermann decía, acabando una frase comenzada:

-La policía de Raab no nos descubrirá bajo esos nombres.

¿La policía de Raab?... ¿Era, pues, en una población húngara donde iban a habitar?

Disminuyó luego el ruido de los pasos, alejándose los interlocutores, lo cual permitió al señor Stepark decirme:

-¿Qué población? ¿Qué nombre? He aquí lo que nos interesaría conocer.

Antes de que hubiese tenido tiempo de contestarle, nuestros enemigos se acercaron de nuevo y vinieron a hacer algo a algunos pasos de nosotros.

-¿Es, pues, absolutamente necesario ese viaje a Spremberg? -preguntaba Hermann.

-Sí, porque allí es donde están depositados mis fondos. Además, aquí no podría dejarme ver impunemente, mientras que allí...

-¿Tiene usted la intención de dejarse ver en carne y hueso?

-¿Y cómo evitarlo? ¿Cómo iban a pagarme, si no?

Así, pues, lo que yo había previsto se realizaba; Wilhelm Storitz se hallaba en una de esas situaciones en que la invisibilidad deja de ser una ventaja. Necesitaba dinero, y para procurárselo érale preciso renunciar a su poder.

Continuó diciendo:

-Lo peor es que no sé cómo arreglármelas. Esos imbéciles han destruido mi laboratorio, y no poseo ni un solo frasco número 2.

Afortunadamente, no han podido descubrir el escondite del jardín, pero está bajo los escombros, y te necesito para dejarlo al descubierto.

-A sus órdenes -contestó Hermann.

-Ven pasado mañana, hacia las diez; el día o la noche son lo mismo para nosotros, y así, al menos, lo veremos todo claro.

-¿Por qué no mañana?

-Mañana tengo otra cosa que hacer; medito un golpe de los míos, y del que no se alegrará mucho alguien que conozco.

Ambos interlocutores emprendieron de nuevo su paseo; cuando volvieron hablaba Wilhelm Storitz:

-No, no saldré de Raab, mientras mi odio contra esa familia no esté satisfecho; mientras Myra y ese francés...

Acabó la frase con un rugido. En aquel momento cruzaba muy cerca de nosotros, tal vez habría bastado extender la mano para co-



gerle; pero nuestra atención fue entonces atraída por estas palabras de Hermann:

-Se sabe ya en Raab que usted posee el poder de hacerse invisible, pero ignoran por qué medio lo consigue.

-Y eso se ignorará siempre -respondió Wilhelm Storitz-. Raab no ha acabado conmigo. ¡Porque han quemado mi casa creen haber destruido mi secreto! ¡Imbéciles! No, Raab no evitará mi venganza, y no dejaré de él piedra sobre piedra.

Apenas se había pronunciado esta frase tan amenazadora para la ciudad, cuando las ramas que nos ocultaban se apartaron violentamente; el jefe de policía acababa de lanzarse en la dirección que sonaban las voces.

De pronto, gritó:

-Tengo a uno, señor Vidal; coja usted al otro.

No había duda de que sus manos habían caído sobre un cuerpo perfectamente tangible, ya que no visible; pero fue rechazado con

suma violencia, y habría caído si no le hubiese yo cogido del brazo a toda prisa.

Creí entonces que nosotros íbamos a ser atacados en condiciones sumamente desventajosas, ya que no podíamos ver a nuestros agresores.

Pero no fue así; una risa irónica estalló hacia la izquierda, y percibimos un ruido de pasos que se alejaban.

-¡Golpe fallido! -exclamó el señor Stepark-. Pero ahora estamos seguros de que su invisibilidad no les impide ser cogidos y encerrados.

Por desgracia, se nos habían escapado, e ignorábamos el lugar de su retiro; el jefe de policía, sin embargo, no parecía estar descontento.

-Son nuestros -dijo en voz baja, mientras ganábamos el muelle Batthyani-. Conocemos el punto débil del adversario, y sabemos que Wilhelm Storitz debe dirigirse pasado mañana a las ruinas de su casa. Esto nos da dos medios

de vencerle. Si fracasa el uno, saldrá bien el otro.

Dejando al jefe de policía, volví a entrar en casa de Roderich, y mientras la señora y Marcos velaban a la cabecera de Myra, me encerré con el doctor. Importaba mucho ponerle en seguida al corriente de lo que había pasado en la isla Svendor.

Se lo referí todo, sin olvidar la conclusión optimista del jefe de policía, pero no sin añadir que, por mi parte, no me sentía muy tranquilo.

El doctor creyó que ante las amenazas de Wilhelm Storitz, ante su deseo de proseguir la obra de destrucción y de venganza contra la familia Roderich y contra la ciudad entera, se imponía la obligación de salir de Raab. Era menester partir, partir secretamente, y cuanto antes mejor. En seguida.

-Soy de la misma opinión -dije-, y sólo haré una objeción. ¿Se encuentra Myra en estado de soportar las fatigas de un viaje?

-La salud de mi hija no está alterada; no sufre; su razón es la única parte de ella atacada.

-La recobrará con el tiempo -afirmé enérgicamente-; y, sobre todo, en otro país donde nada tenga que temer.

-¡Ay! -gimió el doctor-. ¿Se evitará el peligro con nuestra marcha? ¿No nos seguirá Wilhelm Storitz?

-No, si guardamos el secreto acerca de la fecha de la partida y la meta de nuestro viaje.

-¡El secreto! -murmuró tristemente el doctor.

Lo mismo que mi hermano, el doctor Roderich se preguntaba si podía haber secreto bien guardado para Wilhelm Storitz, si no se encontraba en aquel mismo instante en aquel despacho, oyendo lo que decíamos y preparando alguna nueva canallada.

En resumen: la marcha quedó acordada y decidida.

La señora Roderich no hizo la menor objeción; tenía ansia de ver a Myra trasladada a

otro sitio. Marcos, por su parte, también la aprobó; no le hablé para nada de nuestra aventura en la isla Svendor; me pareció inútil.

Se la referí, por el contrario, al capitán Haralan. Tampoco éste hizo ninguna objeción a nuestro proyecto de viaje, contentándose con preguntarme:

-Acompañará usted a su hermano, ¿eh?

-Naturalmente; mi presencia cerca de él es tan indispensable como la de usted cerca de...

-No partiré -me interrumpió con el tono de un hombre cuya resolución es absolutamente irrevocable.

-¿Por qué?

-Porque quiero permanecer en Raab, pues tengo el presentimiento de que debo quedarme. No podía discutirse, y no discutí.

-Como usted quiera, capitán.

-Cuento con usted, mi querido Vidal, para reemplazarme cerca de mi familia, que es ya la de usted.

-Confíe en mí.

Me ocupé en seguida de los preparativos. Conseguí dos berlinas de viaje, muy confortables, y luego fui a ver al señor Stepark, a quien di cuenta de mis proyectos.

-Hacen ustedes perfectamente, y es de lamentar que la ciudad toda no pueda hacer otro tanto.

El jefe de policía estaba sumamente preocupado, y no sin motivo, dado lo que habíamos oído la noche anterior.

A las ocho llegaron las berlinas a casa de Roderich, donde yo había entrado a las siete, asegurándome que todo estaba dispuesto.

Una de las berlinas la ocuparían los señores Roderich con su hija. Marcos y yo subiríamos en la segunda, que saldría de la ciudad por un camino distinto, con objeto de no llamar la atención.

Entonces, ¡ay!, fue cuando se produjo el más imprevisto, el más terrible de los incidentes, un verdadero golpe de teatro, fantástico, inesperado.

Los coches nos esperaban, el primero ante la puerta principal y el otro en la puertecilla del jardín. El doctor y mi hermano subieron a la habitación de Myra para transportarla hasta el coche.

Llenos de espanto y terror se detuvieron en el umbral; ¡el lecho estaba vacío! ¡Myra había desaparecido!

## Capítulo XVI

¡Myra desaparecida ...!

Cuando aquel grito resonó en la casa, pareció no comprenderse su significación.

¡Desaparecida! Eso no tenía sentido. ¡Era inverosímil, absurdo!

Media hora antes, la señora Roderich y Marcos se encontraban aún en la habitación donde Myra reposaba en su lecho, vestida ya con traje de viaje, tranquila, con la respiración normal, hasta el punto de parecer que dormía. Un momento antes había tomado alimento de mano de Marcos, que había bajado en seguida para comer.

Terminada la comida el doctor y mi hermano habían subido para transportarla a la berlina y no la vieron sobre su lecho. ¡La habitación estaba vacía!

-¡Myra! -gritó Marcos, precipitándose hacia la ventana, que intentó abrir, sin poder conseguirlo: estaba cerrada. El rapto, si rapto había habido, no pudo verificarse por aquella parte a través de la ventana.

La señora Roderich y el capitán Haralan acudieron a nuestros gritos.

-¡Myra ...! ¡Myra ...!

Que no respondiese, se comprendía, y no era una respuesta lo que de ella se esperaba.



Pero, ¿cómo explicar que no estuviese en su habitación? ¿Era posible que ella hubiera dejado su lecho, atravesado la habitación de su madre y bajado la escalera sin que alguien la hubiera visto?

Me ocupaba en disponer los bultos pequeños en las berlinas, cuando percibí los gritos y subí corriendo al primer piso.

El doctor y mi hermano, que repetía incesantemente el nombre de su mujer, iban y venían como dos locos.

-¿Myra? -pregunté yo-. ¿Qué quieres decir, Marcos?

El doctor apenas tuvo fuerzas para contestarme:

-¡Mi hija... desaparecida!

Menester fue depositar sobre un lecho a la señora Roderich, que acababa de perder el sentido. El capitán Haralan, con el rostro convulso, los ojos encendidos, trémulo de ira, vino a mí, exclamando:

-¡Él! ¡ Siempre él!

Yo, no obstante, trataba de reflexionar.

Era muy difícil sostener la opinión del capitán Haralan. No era admisible que Wilhelm Storitz hubiese conseguido introducirse en la casa a pesar de las precauciones adoptadas. Era concebible que se hubiese aprovechado del inevitable desorden que ocasiona un viaje, mas para eso era menester que hubiera estado en acecho para aprovechar el menor descuido, y que hubiese operado con una prodigiosa rapidez.

Por lo demás, aun admitiendo todas esas hipótesis, un rapto así era inexplicable. Yo, no me había separado de la puerta de la galería, ante la cual estaba la berlina; ¿cómo, pues,

habría podido Myra franquear aquella puerta para ganar la del jardín sin haber sido vista por mí? Bueno que Wilhelm Storitz fuese invisible, ¿pero ella?

Volví a la galería y llamé al criado. Cerrada con doble vuelta la puertecilla del jardín

que da al bulevar Tekeli, recorrimos la casa de arriba abajo, sin perdonar ni el menor rincón. Lo mismo hicimos con el jardín.

No encontramos a nadie...

Volví al lado de Marcos. Mi pobre hermano lloraba convulsivamente.

Lo primero que, a mi juicio, debía hacerse, era prevenir al jefe de policía.

-Voy al ayuntamiento, venga conmigo - dije al capitán Haralan.

La berlina continuaba esperando. Tomamos asiento en ella y en pocos minutos estuvimos en la plaza Kurzt.

El jefe de policía estaba aún en su despacho. Le puse al corriente de lo ocurrido.

Aquel hombre, acostumbrado a no sorprenderse por nada, no pudo entonces disimular su estupefacción ante la noticia.

-¡La señorita Roderich, desaparecida! - exclamó.

-Sí, parece imposible, pero así es. Fugitiva o raptada, ella no está en casa.

-Debe de ser cosa de Storitz -murmuró el jefe. La opinión del jefe de policía era la misma que la del capitán Haralan.

Pasado un instante, añadió:

-Ése es, sin duda, el golpe maestro de que hablaba su criado.

El señor Stepark tenía razón. Sí, Wilhelm Storitz nos había prevenido, de cierta manera, del mal que se proponía hacernos. Y nosotros, insensatos, no habíamos tomado ninguna medida, ni adoptado precauciones para defendernos y hacer fracasar sus planes.

-Señores -dijo el jefe de policía-, ¿quieren ustedes acompañarme a la casa?

-Al instante -respondí.

-Estoy listo en seguida. Sólo necesito el tiempo preciso para dar algunas órdenes.

El señor Stepark llamó a uno de los sub-jefes y le ordenó que enviase a casa de Roderich una escuadra de policía, que debía permanecer allí vigilando toda la noche; tuvo en seguida un largo conciliábulo con un funcionario, en voz

baja, y luego la berlina nos condujo a todos a casa de Roderich.

La casa fue registrada por segunda vez también en vano.

Sin embargo, el jefe de policía hizo una observación al penetrar en la habitación de Myra.

-Señor Vidal -me dijo-, ¿no nota usted un olor particular, que ya en otra ocasión hemos percibido?

En efecto, en el aire quedaba como un vago perfume. Lo reconocí en seguida, y exclamé:

-¿El olor del líquido contenido en aquella redoma que se rompió en el momento en que usted iba a cogerla en el laboratorio de Wilhelm Storitz?

-Eso es, señor Vidal, y semejante hecho nos autoriza para hacer algunas hipótesis; si este líquido, como supongo, es el que produce la invisibilidad, tal vez Wilhelm Storitz haya hecho absorber alguna cantidad a la seño-

rita Roderich, y se la haya llevado tan invisible como lo es él mismo.

Quedamos aterrados.

Sí, en efecto, las cosas habían podido pasar así. Parecíame indudable que Wilhelm Storitz se hallaba en el laboratorio cuando el registro, y que había hecho caer la redoma para que no pudiéramos apoderarnos de ella y conocer su contenido, y acaso las cualidades que poseía.

Sí; aprovechándose del desorden producido por los preparativos del viaje, Wilhelm Storitz había penetrado en aquella habitación y se había llevado a Myra Roderich.

¡Qué noche pasamos! Yo al lado de mi atribulado hermano y el doctor junto a su esposa. ¡Con cuánta impaciencia aguardábamos el día!

¿El día...? ¿Y de qué había de servirnos que llegase el día? ¿Existía la luz para Wilhelm Storitz? ¿No sabía él rodearse en pleno día de una niebla impenetrable?

El jefe de policía no se separó de nosotros hasta la madrugada, para dirigirse entonces a su oficina. Antes de partir me llamó aparte y pronunció ante mí las siguientes frases, inexplicables, sobre todo en aquellas circunstancias:

-Una palabra tan sólo, señor Vidal -me dijo-; no desespere usted, ni pierda el valor, porque, o mucho me engaño, o están tocando ustedes el fin de sus penas.

No contesté a aquellas frases de consuelo, que me parecieron desprovistas de sentido, limitándome a contemplar al jefe de policía con gesto de estupefacción.

Hacia las ocho llegó el gobernador, asegurando al doctor que no se perdonaría medio para encontrar a su hija; el señor Roderich y yo tuvimos una sonrisa de amarga incredulidad; ¿qué podía hacer el gobernador, en realidad?

Desde las primeras horas de la mañana, la noticia del rapto había circulado por la po-

blación, provocando los sentimientos fáciles de suponer.

Antes de las nueve se presentó el teniente Armgard en el hotel poniéndose a la disposición de su camarada. Pero, ¿qué hacer, Dios mío?

Hay que suponer que el capitán Haralan no juzgó, como yo, inútil este ofrecimiento amistoso, porque, después de dar efusivas gracias a su compañero, se vistió de calle, se ajustó el cinturón con la espada y pronunció esta única palabra:

-Ven.

Mientras los dos oficiales se dirigían hacia la puerta me sentí acometido de un deseo vehementísimo de seguirles, y propuse a Marcos que nos acompañara. ¿Me comprendió? No lo sé, pero, en todo caso, nada contestó.

Cuando yo salí, ambos oficiales estaban ya en el muelle; los raros transeúntes miraban la casa con una curiosidad mezclada de terror.



¿No era de allí de donde brotaba aquella tempestad de horror que perturbaba la ciudad?

Cuando me uní al teniente Armgard y al capitán Haralan, éste me miró, pero no me sorprendió que ni siquiera advirtiese mi presencia.

-¿Viene usted con nosotros, señor Vidal?  
-me preguntó el teniente Armgard.

-Sí; ¿van ustedes...?

El teniente respondió con un encogimiento de hombros. ¿Dónde iban? Al azar, sin duda; y, ¿no era el azar, en efecto, el guía más seguro que podíamos seguir?

Al cabo de algunos pasos, el capitán Haralan preguntó, deteniéndose bruscamente:

-¿Qué hora es?

-Las nueve y cuarto -respondió su amigo, después de consultar su reloj.

Volvimos a emprender la marcha.

Caminábamos con paso incierto, sin cambiar una sola palabra. Después de atravesar la plaza Magiar y subir por la calle del Príncipe Miloch, dimos la vuelta a la plaza San Miguel,

bajo los arcos. Con frecuencia, el capitán Haralan se detenía bruscamente, como si sus pies hubiesen quedado clavados en el suelo, y de nuevo preguntaba la hora.

Las nueve y veinticinco.

Las nueve y media.

Las diez menos veinte.

Tales fueron los sucesivos informes de su compañero.

Tan pronto como obtenía el informe pedido, el capitán emprendía nuevamente su indecisa marcha.

Después de haber recorrido varias calles, salimos al bulevar Tekeli, desierto a la sazón en casi toda su longitud.

Una vez más se había detenido el capitán Haralan, como incierto acerca del partido que debía tomar. La acostumbrada pregunta brotó de sus labios:

-¿Qué hora es, Armgard?

-Las diez menos diez -respondió el teniente.

-Es la hora -dijo Haralan, que subió el bulevard con rápido paso.

Cruzamos ante la verja de la casa Storitz; el capitán ni siquiera la miró; dio la vuelta a la propiedad, y no se detuvo hasta llegar al camino de ronda, del cual se hallaba separado el jardín por un muro de dos metros y medio de altura aproximadamente.

-¡Ayúdenme! -dijo señalando el muro.

Aquella palabra valía por todas las explicaciones del mundo. En seguida comprendí el objeto que perseguía el infeliz hermano de Myra.

¿No eran las diez la hora fijada por el mismo Storitz en la conversación que el jefe de policía y yo habíamos escuchado? ¿No había yo informado de ello al capitán Haralan?

En aquel momento el monstruo estaba allí, tras aquel muro, tratando de descubrir la entrada del escondite que contenía las reservas de aquellas sustancias desconocidas, de que tan mal uso hacía; ¿conseguiríamos sorprenderle

mientras él se entregaba a ese trabajo? En realidad, no era probable, pero no importaba; había una ocasión, única tal vez, y era menester hacer lo posible por aprovecharla.

Ayudándonos unos a otros, en pocos minutos franqueamos el muro, yendo a caer al otro lado, en un paseo estrecho bordeado de espesos macizos; ni Storitz ni nadie hubiera podido vernos allí.

-Quédense ahí -dijo el capitán Haralan, que, marchando a lo largo del muro, en dirección de la casa, desapareció pronto de nuestra vista.

Durante un momento permanecemos inmóviles, pero luego, cediendo a una irresistible curiosidad, nos pusimos en marcha, encorvándonos hacia el suelo para que nuestras cabezas no sobresaliesen del macizo que tan bien nos resguardaba de todas las miradas, acercándonos de este modo nosotros también a la casa.

Ésta apareció ante nosotros cuando hubimos alcanzado el límite del macizo. Un

espacio descubierto de unos veinte metros de ancho nos separaba de ella; inclinados al suelo, y conteniendo la respiración, miramos ávidamente.

No quedaban ya más que trozos de paredes ennegrecidas por las llamas, al pie de las cuales se amontonaban piedras, trozos de madera carbonizados, hierros retorcidos, cenizas y restos del mobiliario.

El teniente y yo recorrimos con la mirada el espacio descubierto, pudiendo ver, a unos treinta pasos de nosotros, al capitán Haralan, puesto también en cuclillas y al acecho. En el sitio donde nuestro compañero se había detenido, el macizo se acercaba al ángulo de la casa, de la que sólo la separaba un paseo de unos seis metros de anchura.

Hacia este ángulo era donde miraba el capitán Haralan. No hacía un movimiento.

Replegado sobre sí mismo, presto a saltar, parecía una fiera acechando a su víctima.

Seguimos la dirección de sus miradas, y en el acto comprendimos lo que las atraía. Un singular fenómeno tenía lugar allí.

Aun cuando no se viese a nadie, los escombros estaban animados de movimientos extraños; lenta y prudentemente, como si los trabajadores no quisieran llamar la atención, las piedras, los herrajes, los mil diversos restos amontonados en aquel sitio, eran quitados de allí y colocados en un montón.

No sin experimentar una emoción extraña, mezcla de curiosidad y miedo, clavamos allí la vista, en tanto que la verdad iba abriéndose paso en nuestros espíritus. Wilhelm Storz estaba allí, y si los obreros eran invisibles, su obra no lo era.

De pronto resonó un grito lanzado por una voz furiosa. Desde nuestro escondite vimos al capitán Haralan lanzarse y franquear el paseo central de un solo salto. Fue a caer al borde de las ruinas, y pareció estrellarse contra un obstáculo invisible. Avanzó, retrocedió, abrió

los brazos cerrándolos en seguida. Encorvóse y se enderezó como un luchador en el combate.

-¡A mí, a mí! -gritó de pronto-. ¡Ya lo tengo!

El teniente Armgard y yo nos precipitamos hacia él.

-¡Lo tengo...! ¡Tengo al miserable! -repetía-. ¡A mí, Vidal! ¡A mí, Armgard!

De pronto me sentí rechazado por un brazo invisible, en tanto que una ardiente respiración llegaba a mi rostro.

Sí, era, en efecto, una lucha cuerpo a cuerpo. Allí estaba el ser invisible. Wilhelm Storitz u otro cualquiera. Fuera quien fuera, nuestras manos le habían cogido, no le dejaríamos ya y sabríamos obligarle a que nos dijera dónde estaba Myra.

Como había comprobado ya el señor Stepark, aunque tenía el poder de destruir su visibilidad, su materia subsistía, no era un fantasma, no; era un cuerpo cuyos movimientos

intentábamos paralizar a costa de muy grandes esfuerzos.

Llegamos a conseguirlo por fin. Yo tenía sujeto por un brazo a nuestro invisible adversario, y el teniente Armgard le sostenía por otro.

-¿Dónde está Myra? ¿Dónde está Myra? -preguntó con voz colérica el capitán Haralan.

Ninguna respuesta. El miserable luchaba, tratando de desprenderse de nuestras manos.

Era un individuo muy vigoroso, que se debatía violentamente para librarse de nosotros.

Si lo lograba, se lanzaría a través del jardín o de las ruinas, ganaría el bulevar, y tendríamos que renunciar a la esperanza de volver a cogerlo.

-¿Dirás dónde se halla Myra? -repitió el capitán Haralan, cegado por el furor.

Por fin se dejaron oír las siguientes palabras:



-¡Jamás... ¡Jamás!

Aquella voz era la de Wilhelm Storitz.

La lucha no podía durar. Éramos tres contra uno, y por robusto que fuera, nuestro adversario no podía resistir mucho tiempo. En aquel instante, el teniente Armgard fue empujado rudamente, y cayó al suelo; casi enseguida yo me sentí cogido por una pierna y arrastrado, teniendo que soltar el brazo que sujetaba. El capitán Haralan fue violentamente golpeado en el rostro, vaciló y comenzó a abrir las manos.

-¡Se me escapa! ¡Se me escapa! -rugió.

Sin duda Hermann había corrido, cuando menos lo esperábamos, en auxilio de su amo. Me levanté, en tanto que el teniente, medio desvanecido, permaneció tendido en el suelo, y corrí a prestar ayuda al capitán... ¡Todo inútil! No tocábamos más que el vacío.

¡Wilhelm Storitz había huido!

Mas súbitamente de entre los macizos, por la verja, por los muros y de las ruinas surgieron hombres; brotaron por todas partes a

centenares. Codo con codo, formando tres líneas, la primera con el uniforme de la policía de Raab y las dos últimas con el uniforme de la Infantería de los Confines Militares.

En un instante todos aquellos hombres formaron un vasto círculo, que iba estrechándose por momentos.

Entonces comprendí y me expliqué las frases optimistas del jefe de policía. Enterado de los proyectos de Storitz por el mismo Storitz, había tomado sus medidas con una eficacia de la que estaba yo maravillado. Al penetrar en el jardín no habíamos visto a

ninguno de aquellos hombres, y eso que eran algunos centenares.

El círculo, cuyo centro parecíamos formar nosotros, iba cerrándose. No, Wilhelm

Storitz no podría escapar. ¡Estaba cogido...!

El miserable lo comprendió así sin duda, porque de pronto, muy cerca de nosotros, se oyó una exclamación de rabia.

Luego, en el momento mismo en que el teniente Armgard, que empezaba a volver en sí, iba a ponerse en pie, su sable fue bruscamente sacado de la vaina.

Una mano invisible comenzó a blandirlo.

Aquella mano era, seguramente, la de Wilhelm Storitz. La cólera le cegaba, y puesto que no podía huir, trataba, al menos, de vengarse y matar al capitán Haralan.

A imitación de su enemigo, el capitán había desenvainado su sable.

Los dos se hallaron frente a frente, como en un duelo. Uno de los contendientes era visible, invisible el otro.

Aquel combate fue demasiado rápido para que nosotros pudiéramos intervenir.

Era evidente que Wilhelm Storitz conocía el manejo del sable. En cuanto al capitán Haralan, se limitaba a atacar, sin intentar defenderse. Un golpe de soslayo, rápidamente parado, le hirió en un hombro...

Mas de pronto su arma hundióse hacia delante. Se oyó un grito de dolor. Las hierbas del suelo se inclinaron.

No, no fue el viento lo que las curvó. Fue el peso de un cuerpo humano, el peso del cuerpo de Wilhelm Storitz, traspasado por el acero el corazón.

Una oleada de sangre brotó de la nada, y, al mismo tiempo que la vida iba extinguiéndose, aquel cuerpo invisible fue recobrando poco a poco su forma material.

En las supremas convulsiones de la agonía fue reapareciendo el cuerpo de Wilhelm Storitz.

-¿Myra? ¿Dónde está Myra? -gritó el capitán Haralan, precipitándose sobre su enemigo.

Pero allí no había ya otra cosa que un cadáver con el rostro convulso, los ojos abiertos, la mirada todavía cargada de odio. El cadáver visible del extraño personaje que fue Wilhelm Storitz.

## Capítulo XVII

De esta trágica manera pereció el hijo de Otto Storitz.

Su muerte llegaba demasiado tarde. Aun cuando la familia Roderich no tuviese ya en lo sucesivo nada que temer, aquella muerte venía a agravar la situación en vez de mejorarla, puesto que nos hacía perder la esperanza de encontrar a Myra.

Aterrado por la responsabilidad que sobre él pesaba, el capitán Haralan contemplaba con mirada sombría el cadáver de su enemigo.

Por fin, tomando una resolución, se alejó a pasos lentos en dirección a su casa, a fin de poner a los suyos al corriente de aquellos deplorables acontecimientos.

El teniente Armgard y yo, por el contrario, permanecemos en compañía del señor Stepark, llegado allí como por milagro, y sin saber nosotros por dónde.

El silencio era completo, a pesar de aquellos centenares de hombres, cuya curiosidad había llegado al paroxismo, y que se amontonaban en torno de nosotros, apretándose unos contra otros, esforzándose por ver y enterarse de todas las particularidades.

Las miradas estaban fijas sobre el cadáver, un poco vuelto sobre el lado izquierdo, con los vestidos manchados de sangre, la faz descolorida, la mano derecha sujetando aún el

sable del teniente y el brazo izquierdo replegado. Wilhelm Storitz sólo esperaba ya la tumba.

-¡Es realmente él! -murmuró el jefe de policía, después de haberle contemplado largo rato.

Los agentes se habían acercado, no sin cierto temor. También ellos lo reconocieron.

Para unir a la de la vista la certidumbre del tacto, el señor Stepark palpó el cadáver de pies a cabeza.

-¡Muerto! ¡Muerto! -declaró, al momento que se incorporaba.

El jefe de policía dio una orden, y en el acto una docena de hombres se encaminaron a los escombros, al punto mismo donde antes de la muerte de Storitz, parecían los maderos y las paredes estar animados de extraños movimientos.

-Según la conversación que sorprendimos -dijo el señor Stepark, respondiendo a una

pregunta que yo le dirigí-, ahí es donde debe de encontrarse el escondite en que el miserable guardaba esa sustancia que le permitía desafiarnos. No me iré de aquí antes de haber descubierto ese escondite y sin haber destruido cuanto contiene. Storitz ha muerto. Aun cuando la ciencia humana hubiera de maldecirme, quiero que su secreto muera con él.

En mi interior daba toda la razón al jefe de policía; aunque el descubrimiento de Otto Storz fue a propósito como para despertar el interés de un ingeniero, no podía reconocerle ninguna utilidad práctica, y comprendía que sólo podía favorecer a los malvados y avivar las malas pasiones de la Humanidad.

Pronto quedó descubierta una pequeña placa de hierro; se la alzó y aparecieron los primeros peldaños de una estrecha escalera.

En aquel momento una mano cogió la mía, en tanto que una voz plañidera murmuraba:

-¡Piedad...! ¡Piedad!

Volvíme, pero no vi a nadie; mi mano, sin embargo, continuaba prisionera, y la voz suplicante seguía oyéndose con claridad.

Los agentes habían interrumpido su trabajo, volviéndose todos hacia mi lado. Con una ansiedad fácil de comprender, extendí aquella de mis manos que no se encontraba prisionera y exploré el espacio en torno mío.



A la altura de la cintura mis dedos tropezaron con una cabellera, y más abajo un rostro inundado de lágrimas. Era indudable que un hombre, a quien no podía ver, estaba allí de rodillas y llorando.

-¿Quién es usted? -logré balbucear tras un esfuerzo y con profunda emoción.

-Hermann -me contestó.

-¿Qué quiere?

Con algunas frases entrecortadas, el invisible criado de Wilhelm Storitz nos dijo que había oído al jefe de policía formular sus proyectos de destrucción, y que si esos proyectos se ejecutaban habría de serle preciso renunciar para siempre a recobrar la apariencia humana. ¿Qué iba a ser de él, condenado a permanecer siempre solo en medio de los demás hombres?

Suplicaba, por tanto, que el jefe de policía, antes de destruir los diversos frascos que había en el escondite, le permitiese absorber el contenido de uno de ellos.

El señor Stepark prometió acceder a ello, tomando, sin embargo, las precauciones que se imponían, ya que Hermann tenía que dar cuentas a la justicia. A una orden suya, cuatro robustos agentes cogieron al invisible personaje, y se podía estar seguro de que no le soltarían.

El jefe de policía y yo, precediendo a los cuatro agentes que sujetaban al prisionero, descendimos por la escalerilla. Algunos pedaños nos condujeron hasta una cueva, que la luz que penetraba por la abierta trampilla iluminaba débilmente.

En un aparador estaban alineados una serie de frascos con la etiqueta, unos con el «Número 1» y los otros con el «Número 2» en su etiqueta.

Hermann, con tono de alguna impaciencia, reclamó uno de los últimos, que le tendió el jefe de policía.

Vimos entonces con indecible estupefacción -si bien todos debíamos esperarnos aquel

espectáculo- que el frasco describía una curva en el aire y luego se iba vaciando, como si alguien, habiéndoselo llevado a la boca, bebiera ávidamente su contenido, vaciando por completo el frasco.

Entonces asistimos a una extraña maravilla. A medida que iba bebiendo, Hermann parecía brotar de la nada; distinguióse primeramente una especie de vapor ligero en la penumbra de la cueva, después los contornos se animaron y afirmaron, y tuve, por fin, ante mí, a aquel mismo individuo que me había seguido el día de mi llegada a Raab.

A una señal del señor Stepark, el resto de los frascos fue inmediatamente destruido, y los líquidos que contenían, desparramados por el suelo, se volatilizaron inmediatamente.

Terminada aquella ejecución subimos a la luz del día.

-Y ahora, ¿qué va usted a hacer, señor Stepark? -preguntó el teniente Armgard.

-Voy a mandar este cuerpo al ayuntamiento -se le respondió.

-¿Públicamente? -pregunté yo.

-Públicamente -dijo el jefe de policía-. Es preciso que todo Raab sepa que Wilhelm

Storitz ha muerto. No se creerá hasta que se haya visto pasar su cadáver.

-¿Y después que sea enterrado? -añadió el teniente.

-Si se le entierra -dijo el señor Stepark.

-¿Si se le entierra? -pregunté.

-Sí, porque sería preferible, en mi opinión, quemar ese cadáver y arrojar sus cenizas al viento, como se hacía con los hechiceros en la Edad Media.

El señor Stepark dio las órdenes oportunas, y se fue, con la mayor parte de los agentes y su prisionero, un viejo inofensivo, ahora que no le protegía ya la invisibilidad.

El teniente Armgard y yo volvimos a casa de Roderich.

El capitán Haralan estaba ya al lado de su padre, a quien se lo había referido todo. En el estado en que la señora Roderich se encontraba, había parecido preferible no decirle nada por el momento. La muerte de Wilhelm Storitz no le devolvería a su hija.

Mi hermano tampoco sabía nada todavía. Sin embargo, era preciso ponerle al corriente, y con ese fin le hicimos llamar al despacho del doctor.

No acogió la noticia con el sentimiento de la venganza satisfecha. Estalló, por el contrario, en sollozos, mientras estas desesperadas palabras se escapaban de sus labios:

-¡Ha muerto! ¡Le han matado! ¡Murió sin haber hablado! ¡Myra! ¡Mi pobre Myra, no te volveré a ver!

¿Qué hubiéramos podido decir ante aquella explosión de dolor?

Yo lo intenté de todos modos.

No, no había que renunciar a toda esperanza. No sabíamos dónde estaba Myra, pero

un hombre, Hermann, el criado de Wilhelm Storitz, debía de saberlo, y ese hombre estaba preso. Se le interrogaría, y como no tenía el mismo interés que su amo en callarse, hablaría; se le decidiría a ello, aun cuando fuera a costa de una crecida suma.

Marcos no oía ni quería escuchar nada.

Nuestra conversación viose de pronto interrumpida por un gran tumulto en el exterior.

Se debía a que el cadáver de Wilhelm Storitz, conducido por los agentes de policía, según las órdenes del jefe, era paseado por todas las calles de la población.

El capitán Haralan y el teniente Armgard se dirigieron al ayuntamiento, a solicitar que el interrogatorio de Hermann tuviera lugar inmediatamente. Pero pronto regresaron manifestando que no había podido averiguarse nada.

En vano se habían hecho a Hermann, por el capitán Haralan y hasta por el jefe de

policía y por el gobernador, las más halagüeñas ofertas, las promesas más seductoras; en vano también se le había amenazado con los castigos más espantosos. Se empeñaba en afirmar que ni siquiera sabía que Myra Roderich hubiera sido raptada.

¡Cuán triste final de jornada pasamos!

Embutidos en los sillones, aplanados, rebosantes de tristeza y amargura, dejábamos

transcurrir el tiempo sin pronunciar una sola palabra. ¿Qué hubiéramos, en efecto, podido decirnos que no nos lo hubiéramos ya dicho y redicho mil veces?

Un poco antes de las ocho trajo un criado las lámparas. El doctor Roderich se encontraba en aquel momento al lado de su esposa, y no nos encontrábamos en el salón más que los dos oficiales, mi hermano y yo. Al retirarse el criado, después de terminar su servicio, el reloj comenzó a dar las ocho.

En aquel preciso momento, la puerta de la galería se abrió vivamente. Sin duda había

sido impulsada por alguna corriente de aire procedente del jardín, porque no vi a nadie que pudiera haberla abierto.

Pero lo más extraordinario fue que la puerta volvió a cerrarse por sí misma.

Y entonces, ¡no, yo no olvidaré jamás aquella escena! una voz se percibió. No, como en la noche de la velada de esponsales, la voz ruda que nos insultaba con el Canto del odio, sino una voz fresca y gozosa, una voz amada, cual ninguna, ¡la voz de nuestra querida Myra!

-Marcos -decía-, ¡y ustedes, señores, y tú, Haralan, ¿qué hacen aquí? Es ya la hora de comer y me estoy muriendo de hambre.

¡Era Myra, la propia Myra, Myra, que había recobrado la razón, Myra curada!

Hubiérase dicho que bajaba de su habitación como de costumbre. ¡Era Myra que nos veía, y a la que nosotros no veíamos! ¡Era Myra, invisible!

Jamás palabras tan sencillas habían producido tan gran efecto. Estupefactos, clavados



en nuestros asientos, no nos atrevíamos a movernos ni a hablar, ni a dirigirnos hacia el sitio de donde la voz procedía. Sin embargo, Myra estaba allí, viva, y como nosotros ya sabíamos, tangible en su invisibilidad.

¿De dónde venía? ¿De la casa donde la había conducido su raptor...? ¿Había entonces podido huir, atravesar la ciudad y penetrar en su casa? Las puertas, no obstante, estaban cerradas y nadie había abierto.

No -y la explicación de su presencia no tardó en dársenos-, Myra bajaba de su habitación, en la que Wilhelm Storitz la había llevado y dejado invisible. Mientras nosotros la creímos fuera de la casa, ella estaba tranquilamente en su lecho. Allí había permanecido inmóvil, muda. Allí había permanecido durante aquellas veinticuatro horas. A nadie se le había ocurrido el pensamiento de que pudiera estar allí y, en realidad, ¿por qué razón habría de habérsenos ocurrido semejante pensamiento?

Sin duda Wilhelm Storitz no pudo llevarse en seguida, pero no habría dejado de dar cima a su crimen si no lo hubiese impedido el sable del capitán Haralan.

Y he aquí que Myra, habiendo recobrado la razón -acaso bajo la influencia del líquido que Wilhelm Storitz le había hecho beber-, Myra, ignorante de todo lo que había pasado desde la escena de la Catedral, Myra estaba en medio de nosotros habiéndonos, viéndonos y sin haber podido darse cuenta todavía de que no era vista.

Marcos se había levantado con los brazos abiertos como para cogerla...

Ella prosiguió:

-Pero, ¿qué tienen ustedes? Les hablo y no me contestan; parecen sorprendidos de verme: ¿qué es, pues, lo que ha pasado? ¿Por qué mi madre no está aquí? ¿Está enferma?

La puerta se abrió de nuevo y entró el doctor Roderich.

Myra lanzóse en seguida hacia él, así al menos hubimos de suponerlo, porque exclamó:

-¡Ah, padre mío! ¿Qué pasa...? ¿Por qué mi hermano y mi marido tienen ese aspecto tan extraño?

El doctor, petrificado, se había detenido en el umbral. Había comprendido.

Myra continuaba a su lado. Le abrazaba y le decía:

-¿Qué hay? ¿Dónde está mamá...?

-Tu madre está bien, hija mía -pudo balbucear el doctor-. Ahora bajará. Espera.

En aquel momento, Marcos, que había encontrado la mano de Myra, la atrajo hacia sí, suavemente, como si hubiera guiado a una ciega. No lo era, por fortuna, y sí más bien lo

eran aquellos que no podían verla a ella. Mi hermano la hizo sentar dulcemente a su lado.

No hablaba ya Myra, sorprendida del efecto que su presencia producía, y Marcos, con

trémula voz, murmuró estas palabras, que ella no podía comprender:

¡Myra! ¡Mi querida Myra! ¿Eres tú, realmente? No me dejes más, te lo ruego...

¡Mi querido Marcos! ¡Ese aspecto trastornado! ¿Ocurre alguna desgracia?

No -dijo-; tranquilízate, ninguna desgracia ha ocurrido. Pero ¡habla, Myra, habla! ¡Que yo oiga tu voz...!

Estábamos todos con la mirada fija, inmóviles, reteniendo el aliento, aterrados ante el pensamiento de que el único que hubiera podido devolvernos a Myra bajo su forma

visible había muerto, llevándose al más allá el secreto.

## Capítulo XVIII

¿Acarrearía un desenlace feliz aquella situación? ¿Quién podría suponerlo? ¿Cómo no

pensar que Myra estaba como borrada, desaparecida para siempre del mundo visible?

Así es que a la inmensa dicha de haberla encontrado, se mezclaba el dolor y la pena, no menos inmensos, de que no apareciera ante nuestras miradas en toda su gracia y en toda su belleza.

Fácilmente podrá imaginarse lo que sería en tales condiciones la existencia de la familia Roderich.

No tardó Myra en darse cuenta del estado en que se encontraba. Al cruzar ante el espejo de la chimenea, no había visto su imagen. Se volvió hacia nosotros lanzando un grito de angustia, y no descubrió la sombra que su cuerpo debía producir.

Hubo que contárselo todo, en tanto que tristes sollozos se escapaban de su pecho, mientras Marcos, de rodillas ante el sillón en que ella acababa de sentarse, trataba en vano de calmar su dolor. La había amado visible y la amaría

invisible. Aquella escena nos desgarraba el corazón.

Hacia el final de la velada, el doctor quiso que Myra subiese a la habitación de su madre. Era preferible que la señora Roderich supiese que estaba cerca de ella y que la oyese hablar, ya que no podía verla.

Pasaron algunos días. Lo que no habían podido hacer nuestros consuelos, lo hizo el tiempo. Myra se había resignado. Gracias a su grandeza de alma, pronto la vida pareció recobrar su curso normal. Myra nos prevenía de su presencia hablando al uno o al otro.

Yo la oía decir:

-Amigos míos, aquí estoy. ¿Necesitan algo? Voy a traérselo. Mi querido Enrique, ¿qué busca? ¿El libro que dejó usted sobre la mesa? Aquí lo tiene. ¿Por qué, mi querido Haralan, me miras con esos ojos tan tristes? Te aseguro que estoy contenta... Marcos, he aquí mis dos manos... déme el brazo, Enrique, daremos una vuelta por el jardín...

La adorable criatura no había querido que se introdujese cambio alguno en la vida de familia. Ella y Marcos pasaban muchas horas juntos, sin cesar ella de consolarle, afirmando que tenía confianza en el porvenir, que llegaría un día en que aquella invisibilidad cesara. ¿Abrigaba realmente esa esperanza?

No obstante, una sola modificación hubo de hacerse en nuestra vida familiar.

Comprendiendo Myra cuan penosa resultaba su presencia en aquellas condiciones, no quiso sentarse con nosotros a la mesa.

Pero una vez terminada la comida, bajaba nuevamente al salón. Se la oía abrir y cerrar la puerta, diciendo: «Heme aquí», y no se separaba de nosotros hasta la hora de retirarse a su habitación, después de desearnos una buena noche.

Si la desaparición de Myra había producido tanta emoción en la ciudad, no hay que decir la que produjo su reaparición, no sé qué término emplear para ser exacto. De todas

partes llegaron testimonios de la más viva simpatía, y las visitas afluyeron a la casa.

Myra había renunciado a todo paseo a pie por las calles de Raab. No salía sino en coche cerrado, acompañada por alguno de los suyos. Pero prefería a todo el sentarse en el jardín, junto a los seres que amaba.

Durante todo aquel tiempo, el jefe de policía, el gobernador y yo mismo nos obstinábamos en hacer sufrir al viejo Hermann interrogatorios tan numerosos como estériles.

Habiendo demostrado los acontecimientos su buena fe en lo relativo al rapto de Myra, no había por qué inquietarle acerca del particular; pero, ¿no podía suceder que conociera los secretos de su difunto amo? ¿No podía poseer la fórmula de Otto Storitz?

¡Qué remordimiento tan grande para el señor Stepark y para mí mismo, por haber

obrado con tanta precipitación cuando descubrimos la cueva!



Sin aquella deplorable precipitación, lo que hicimos por Hermann hubiéramos podido hacerlo por Myra. Un solo frasco del misterioso líquido y nos hubiéramos visto libres de tantas angustias.

El crimen involuntario que el jefe de policía había cometido, y que yo dejé cometer, era sólo conocido de nosotros, y por un acuerdo tácito, ni entre nosotros mismos se había cambiado una sola frase acerca de él.

Cada uno de nosotros dos nos encarnizábamos con el desdichado Hermann, con la quimérica esperanza de arrancarle un secreto que sin duda no poseía.

Llegó, por fin, el día en que nos convenimos ambos de la inutilidad de nuestros esfuerzos y tentativas. Y como, en realidad, no había contra Hermann ningún cargo por el que pudiera ser llevado ante los Tribunales, fue preciso dejarle en libertad.

Pero la suerte había decidido que el pobre diablo no pudiese aprovecharse de ella.

La mañana en que su carcelero fue a darle la noticia, se lo encontró muerto en su celda, a causa de una embolia, según demostró la autopsia.

De esta manera se desvaneció nuestra última esperanza. El secreto de Wilhelm Storitz quedaría desconocido para siempre.

En los papeles recogidos con ocasión del registro de la casa de Storitz, no se encontró otra cosa que fórmulas vagas y notas diversas sobre Física y Química, absolutamente incomprendibles para nosotros. Nada pudimos sacar en limpio acerca de la diabólica sustancia de que Wilhelm Storitz había hecho tan deplorable uso.

Así, pues, del mismo modo que el verdugo sólo se hizo visible al ser herido en el corazón por el sable del capitán Haralan, así su desventurada víctima, la pobre Myra, no reaparecería ante nosotros sino tendida sobre su lecho de muerte.

En la mañana del 24 de junio, mi hermano vino a encontrarme, y me pareció hallarse relativamente tranquilo.

-Mi querido Enrique -me dijo-, he querido darte cuenta de la resolución que he tomado y creo que la aprobarás.

-No lo dudo -respondí-; habla con toda confianza, pues estoy seguro que para decidirte habrás escuchado la voz de la razón.

-De la razón y del corazón. Myra sólo es mi mujer a medias; falta a nuestro matrimonio la consagración religiosa, ya que la ceremonia se vio interrumpida antes de ser pronunciadas las palabras sacramentales. Esto crea una situación falsa, a la que quiero

poner fin por Myra, por su familia y por todo el mundo.

Estreché entre mis brazos a Marcos y le dije:

-Te comprendo, y no veo que pueda ponerse obstáculo alguno al cumplimiento de tus deseos.

-Sería verdaderamente monstruoso. Si el sacerdote no puede ver a Myra, puede oírla declarar que me acepta por marido, como yo la acepto por mujer. No creo que la autoridad eclesiástica ponga el menor reparo.

-No, querido Marcos, yo me encargo de todas las gestiones.

Dirigíme, en primer término, al cura que ofició en la misa de matrimonio, interrumpida por una profanación sin ejemplo. El venerable anciano me contestó que el caso había sido previamente examinado, y que el Arzobispo de Raab le había dado una solución favorable.

Aun cuando fuera invisible, no podía dudarse que la novia estaba viva y apta por consiguiente, para recibir el sacramento del matrimonio.

Habiéndose publicado hacía ya tiempo los edictos, nada se opuso a que la fecha de la ceremonia se fijase para el 2 de julio.

La víspera, Myra me dijo, como ya me dijera antes:

-Es para mañana, Enrique. No lo olvide.

Aquel segundo matrimonio fue, como el primero, celebrado en la catedral de San

Miguel y en las mismas condiciones. Los mismos testigos, los mismos invitados de la familia Roderich y la misma afluencia de gente.

Una gran dosis de curiosidad se mezcló, naturalmente, a aquella ceremonia. Aún subsistían algunos temores entre la muchedumbre. Era cierto que Wilhelm Storitz había muerto, y que lo estaba asimismo su criado, el viejo Hermann. Pero más de uno se preguntaba si aquella segunda misa no se vería interrumpida, como la primera, y si algún prodigio no perturbaría de nuevo la ceremonia nupcial.

He allí a los dos esposos, en el coro de la catedral. El sillón de Myra parecía hallarse desocupado; pero en realidad no lo estaba.

Marcos, de pie y vuelto hacia ella, no podía verla, pero la sentía cerca de sí, la tenía cogida de la mano, como para atestiguar su presencia ante el altar.

Detrás se hallaban los testigos: el juez Neuman y el capitán Haralan; el teniente Armgard y yo; después el señor y la señora Roderich, la pobre madre de hinojos implorando del Todopoderoso un milagro para su hija. En torno se encontraban los amigos, las notabilidades de la población, y luego todo el pueblo.

Terminada la misa, que siguió los mismos trámites que la primera, el anciano celebrante se volvió hacia el pueblo.

-Myra Roderich, ¿está usted aquí? -preguntó.

-Estoy -respondió Myra. Luego dirigiéndose a Marcos:

-Marcos Vidal, ¿consiente en tomar a Myra Roderich, aquí presente, por esposa?

-Sí -respondió mi hermano.

-Myra Roderich, ¿consiente en tomar a Marcos Vidal, aquí presente, por esposo?

-Sí -respondió Myra con voz que fue oída de todos.

-Marcos Vidal y Myra Roderich -  
terminó el sacerdote-, yo los declaro unidos por  
el

Santo Sacramento del Matrimonio.

Terminada la ceremonia, la multitud se  
agolpó en el camino que debían seguir los nue-  
vos esposos. No se percibió el bullicio de rigor  
en tales ocasiones; todo el mundo callaba, esti-  
rando el cuello con la loca esperanza de descu-  
brir algo; nadie quería ceder su puesto, y nadie,  
sin embargo, quería estar colocado en primera  
línea. A la vez sentíanse todos impulsados por  
la curiosidad y retenidos por un temor miste-  
rioso.

Por entre las dos filas de curiosos, los  
recién casados, los testigos y los amigos se  
encaminaron a la sacristía; allí, en los libros,  
a la firma de Marcos Vidal fue a unirse un  
nombre, el de Myra Roderich, un nombre  
trazado por una mano que no podía verse...  
¡que no se vería jamás!

## Capítulo XIX

Tal fue el desenlace que, el día 2 de julio, tuvo la historia que he tenido el capricho de referir. Comprendo que parezca increíble. En semejante caso sólo habría que acusar a la insuficiencia del autor. La historia es, por desgracia, muy verdadera, aun cuando sea única en los anales del pasado y aun cuando deba permanecer siendo única, así firmemente lo espero, en los anales del porvenir.

Innecesario será decir que mi hermano y Myra habían abandonado sus proyectos de otro tiempo. No podía ya tratarse de un viaje por Francia. Hasta preveía yo que Marcos sólo

haría raras apariciones en París y que su hogar se fijaría definitivamente en Raab, con gran disgusto mío, por supuesto.

Lo mejor, en efecto, era el vivir ambos, su mujer y él, al lado del señor y la señora



Roderich. El tiempo todo lo cura, y Marcos acabaría por acostumbrarse a aquella existencia. Myra, por lo demás, se ingeniaba para hacer notar su presencia. Siempre se sabía dónde estaba, y lo que hacía; era el alma de la casa, invisible como lo son las almas.

Por añadidura, su forma material no había desaparecido por completo; ¿no se tenía el admirable retrato que de ella había hecho Marcos?

Myra gustaba de sentarse cerca de aquel lienzo, y con su voz acariciadora, decía:

-Yo estoy ahí. He vuelto a ser visible y ustedes me ven, como yo me veo.

Permanecí algunas semanas aún en Raab, al lado de los recién casados, viviendo en la casa de Roderich en la más completa intimidad de aquella familia tan probada por la suerte, y no sin honda pena veía acercarse el día en que sería preciso separarme. No hay, sin embargo, vacaciones tan largas que no lleguen a acabarse, y hube de pensar en regresar a París.

Volví, pues, a entregarme a los trabajos de mi profesión, más absorbente de lo que el vulgo cree. Eran, sin embargo, demasiado salientes los acontecimientos en que me había

visto mezclado para que mis preocupaciones pudiesen hacérmelos olvidar. Pensaba, pues, sin cesar, y ni un solo día pasó sin que mis recuerdos no me hiciesen volar hacia Raab, al lado de mi hermano y de su mujer.

En los comienzos del mes de enero siguiente evocaba yo, por la centésima vez, la terrible escena cuyo desenlace fue la muerte de Wilhelm Storitz, cuando de pronto se me ocurrió una idea, tan sencilla, tan evidente, que me admiraba de que antes no se me hubiera ocurrido. Nunca había pensado en relacionar entre sí las diversas circunstancias y peripecias de aquel drama...

El día a que me refiero se impuso a mi espíritu la conclusión de que si el cuerpo de nuestro vencido enemigo había perdido el poder de la invisibilidad que poseía mientras se

hallaba vivo, su única causa debía ser la abundante hemorragia que siguió al sablazo de Haralan. Aquello fue una revelación. Se me representó en seguida, con certidumbre, que la misteriosa sustancia era mantenida en suspensión en la sangre, y que con la sangre se había eliminado.

Admitida esta hipótesis, la consecuencia se deducía por sí misma. Lo que el sable de Haralan había hecho podía volverlo a hacer el bisturí del cirujano. No se trataba, al fin y al cabo, más que de una operación de las más benignas, que era fácil ejecutar gradualmente, y que se podría repetir cuantas veces fuera necesario. La sangre que Myra perdiera, veríase reemplazada por otra sangre completamente nueva, y llegaría un día en que sus venas no contendrían ninguna partícula de la maléfica sustancia que privaba a Marcos de la dicha de verla.

Escribí inmediatamente a mi hermano en este sentido.

Mas en el momento en que mi carta iba a partir, recibí una de Marcos y juzgué preferible retrasar el envío de la mía. En su carta, anunciábame mi hermano una noticia que, por el momento al menos, hacía inútiles mis ideas. Myra se encontraba encinta, y no era ése el momento más oportuno para privarla de una sola gota de sangre.

Necesitaba todas sus fuerzas para soportar la temible prueba de la maternidad.

El nacimiento de mi sobrino -o de mi sobrina- se esperaba para los últimos días de mayo, aproximadamente.

Conocido por el lector el efecto que yo experimentaba por mi hermano, inútil será decirle que fui exacto a la cita. Desde el 15 de mayo me hallaba en Raab, y esperé el suceso con una impaciencia que no le iba en zaga a la del padre.

El 27 de mayo fue cuando se produjo, y esta fecha no se borrará jamás de mi memoria. La Naturaleza nos prestó la ayuda que yo que-

ría reclamar a la Ciencia, y Myra salió a la luz. Marcos, asombrado, conmovido, embriagado de dicha, la vio surgir lentamente de las sombras y, doblemente padre, vio nacer al mismo tiempo que a su hijo, a su mujer, que le pareció más bella aún, después de tanto tiempo de haber permanecido oculta a sus miradas.

Desde entonces, mi hermano y Myra ya no tienen historia, como no la tengo yo.

Mientras sigo entregado con ardor a las Matemáticas, Marcos continúa su carrera gloriosa de pintor célebre. Vive en París, a dos pasos de mi casa, en un hotel magnífico, donde todos los años vienen los esposos Roderich a pasar dos meses, acompañados del antiguo capitán, hoy coronel Haralan.

Esta visita es también devuelta todos los años por los dos esposos. Es el único momento en que me veo privado de mi sobrino - ¡fue, por fin, un sobrino!- a quien quiero con una ternura que participa de la del tío y de la del abuelo.

Marcos y Myra son dichosos.

¡Haga el cielo que esta felicidad dure largos años! ¡Haga el cielo que nadie conozca los dolores que ellos conocieron! ¡Haga el cielo - y ésta será mi última palabra- que jamás se

encuentre el execrable secreto de Wilhelm Storitz!